



se

JULIO VERNE

VIAJE MALDITO
POR INGLATERRA Y ESCOCIA

En 1859, Verne realiza un viaje por Inglaterra y Escocia. Según la costumbre de la época anota las impresiones que recoge en un cuaderno, que será la base de este *Viaje maldito por Inglaterra y Escocia*, libro en el que imagina un compañero de viaje que le sirve como pretexto para construir los diálogos y el intercambio de impresiones sobre los países visitados. Verne ofrece esta obra al editor Hetzel, que publicó todos sus libros, pero que rechazó éste por no ajustarse al género de novela de ciencia ficción predominante en aquel momento. El libro permaneció olvidado en los archivos familiares de Verne, hasta que fue adquirido por el ayuntamiento de Nantes. El gran valor de este descubrimiento histórico-literario, reside en que nos revela un Verne desconocido o mal conocido por nosotros. No es aquí el escritor visionario al que estamos acostumbrados, sino el atento observador de una civilización al que no se le escapa nada. Literalmente nos hace revivir a través de sus ojos una Inglaterra victoriana, en la cumbre de su poderío, pero cuyo proceso de industrialización fue pagado a un alto precio por la mayoría de la población. Edimburgo, Glasgow, Londres... se nos muestran con gracia y una fina ironía a través de Jacques Lavaret y Jonathan Savournon, que contrastan mediante agudas conversaciones sus puntos de vista, radicalmente distintos.



Jules Verne

Viaje maldito por Inglaterra y Escocia

ePub r1.1

Titivillus 19.08.2020

Título original: *Voyage à reculons en Anglaterre et en Ecosse*

Jules Verne, 1989

Traducción: María José García Ripoll

Ilustraciones: Hemeroteca de Nantes museos del castillo de los Duques de Betraña

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Para un editor, descubrir y publicar el manuscrito olvidado de un escritor tan célebre como Julio Verne es algo similar, en el campo literario, al descubrimiento por parte de un arqueólogo de un yacimiento que hubiese permanecido oculto. ¡Qué excitante y embriagador resulta entonces haber llegado, según la fórmula baudeleriana, «al fondo de lo desconocido para encontrar lo nuevo»!

Con ese ánimo nos complacemos en publicar este Viaje maldito por Inglaterra y Escocia, descubierto entre los manuscritos de Julio Verne adquiridos por la ciudad de Nantes.

Relato novelesco, atípico de la obra conocida de Julio Verne, pero cargado ya de todas las premisas de sus grandes obras futuras, el Viaje maldito, escrito por Julio Verne a la edad de treinta y un años, es apasionante en más de un aspecto: su estilo es impecable, vivaz, expresivo, y su tono, frecuentemente irónico y malicioso, es agradablemente moderno.

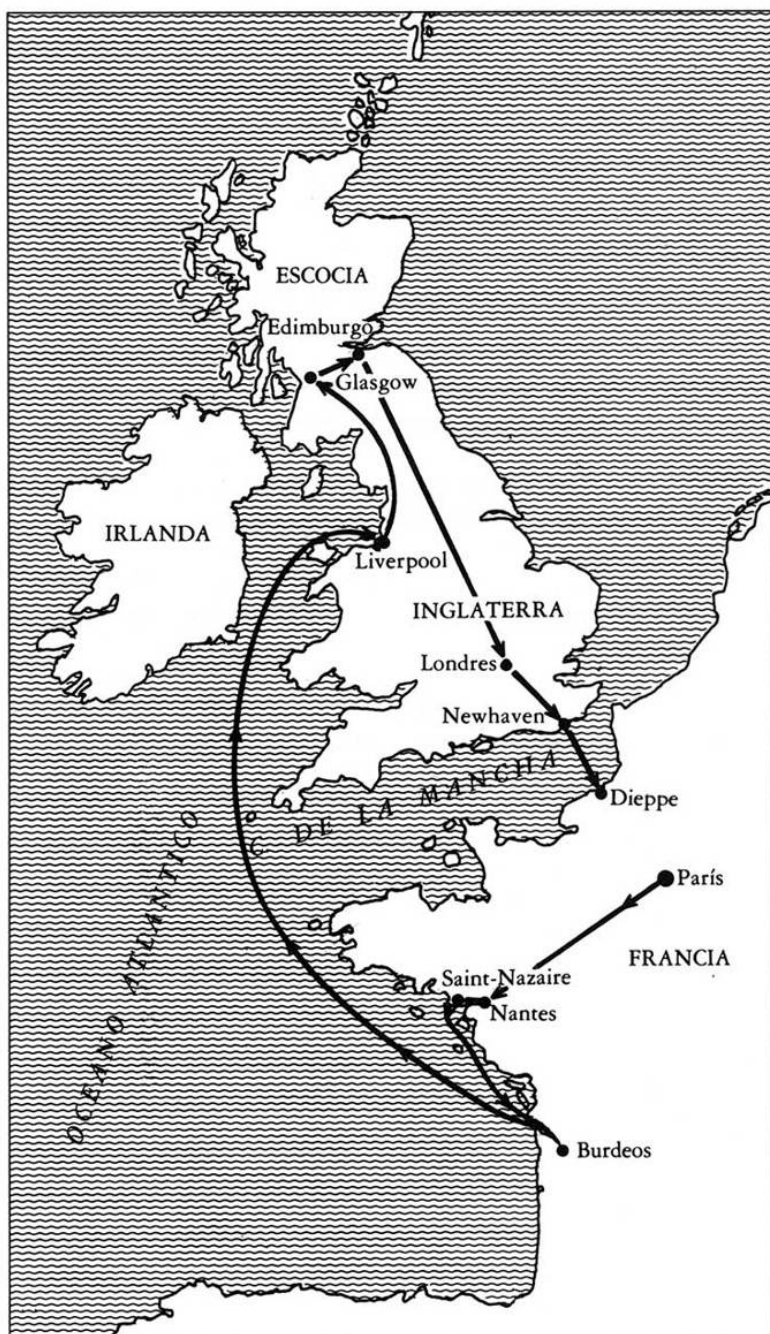
El apetito, la voluptuosidad incluso del viaje, constituyen uno de los motores de este relato profuso en colores, olores, curiosidades, en observaciones sobre las costumbres individuales y colectivas, los usos en el comer y el vestir, los precios, los comportamientos en la sociedad de la Inglaterra victoriana.

Es también un resumen de nociones esenciales de historia, de arquitectura, de literatura, todo ello a través de la visión extasiada de los dos protagonistas.

¿Qué guía sería capaz de conducirnos a una mejor visita de Edimburgo o de Londres? Escocia, sobre todo, está magnificada, siguiendo los pasos de los principales héroes románticos de la obra de Walter Scott.

Jacques y Jonathan, mordaces, exaltados o despechados, animan este relato al que Julio Verne imprime un tono a la vez onírico y práctico.

Los editores



I Cómo se emprendió el viaje a Inglaterra y a Escocia

Charles Nodier, en *Fantaisies du dériseur sense*[1] da este consejo a las futuras generaciones: «A alguien en Francia que no hubiera hecho, o no pudiese hacer el viaje a Escocia, yo le aconsejaría que visitase el Alto Franco Condado, donde encontraría con qué resarcirse. Su cielo es tal vez menos vaporoso, y la silueta móvil y arbitraria de sus nubes menos pintoresca y bizarra que en el brumoso reino de Fingal; pero excepto ese detalle, la semejanza entre los dos países poco deja que desear».

Jacques Lavaret había meditado largamente estas palabras del ameno narrador: le causaron primero una estupefacción profunda; su mayor deseo era visitar la patria de Walter Scott, abrir su oído a los rudos acentos de la lengua gaélica, inhalar las brumas saludables de la vieja Caledonia, aspirar, en una palabra, por todos sus sentidos, el elemento poético de ese país encantado. Y he aquí que un hombre inteligente, un escritor concienzudo, un legítimo académico, venía a decirle con su mejor estilo: ¡no se moleste! ¡Lons-le-Saunier le traducirá las maravillas de Edimburgo, y las montañas del Jura rivalizan con las cimas brumosas del Ben Lomond!

Pero tras el estupor vino la reflexión. Jacques reconoció el punto gracioso del consejo de Charles Nodier; comprendió, en efecto, que era mucho más fácil ir a Escocia que al Franco Condado; pues hace falta un pretexto serio, un poderoso motivo para desplazarse a Vesoul, mientras que el buen humor, la necesidad de vivir algo diferente, una feliz idea al levantarse por la mañana, la fantasía, la deliciosa fantasía, bastan para atraerle a uno hasta más allá del Clyde y del Tweed.

Jacques sonrió, pues, al cerrar el ingenioso volumen; ya que sus

numerosas ocupaciones no le permitían visitar el Franco Condado, resolvió partir a Escocia. Fue así como este viaje se realizó, y sobre todo cómo estuvo a punto de no realizarse.

En el mes de julio de 185..., el más íntimo amigo de Jacques, Jonathan Savournon, compositor muy distinguido, le dijo a bocajarro:

—Querido Jacques, una compañía inglesa pone a mi disposición uno de los vapores que realiza un servicio de mercancías entre Saint-Nazaire y Liverpool; puedo llevar a un amigo conmigo, ¿quieres venir?

Jacques apenas pudo contener su emoción; su respuesta expiró en sus labios.

—Desde Liverpool, iremos a Escocia —prosiguió Jonathan.

—¡A Escocia! —exclamó Jacques, recuperando el habla— ¡A Escocia! ¿Cuándo salimos? ¿Me da tiempo a terminar el cigarro?

—¡Calma, calma! —respondió Jonathan, cuyo carácter más moderado contrastaba con el temperamento entusiasta de su amigo—. ¡Aún no estamos calentando máquinas!

—Pero bueno, ¿cuándo partimos?

—Dentro de un mes, entre el treinta de julio y el dos de agosto.

Jacques sintió la necesidad de arrojarle en los brazos de Jonathan, que aguantó el choque como hombre acostumbrado a arrostrar la artillería de las orquestas.

—Y ahora, amigo Jonathan, ¿puedes decirme de dónde nos viene tan buena fortuna?

—¡Nada más sencillo!

—¡Sí! ¡Sencillo como todo lo sublime!

—Mi hermano —dijo Jonathan— tiene relaciones comerciales con esta compañía, a la que regularmente fleta sus navíos para transportar mercancías a Inglaterra; antaño estos barcos recibían pasajeros; están concebidos para tal uso; actualmente se destinan sólo al comercio, y seremos los únicos a bordo.



—¡Los únicos! —replicó Jacques— ¿Cómo si fuéramos príncipes? Viajaremos de incógnito con nombres falsos, tal y como se acostumbra en el mundo de las testas coronadas; yo ostentaré el título de Conde del Norte, como Pablo Primero, y tú, Jonathan, te llamarás *monsieur* Corby, como Luis Felipe.

—Como desees —respondió el músico.

—¿Y conoces el nombre de los vapores en cuestión? —preguntó Jacques, que ya se imaginaba a bordo.

—Sí! La compañía posee tres: el *Beaver*, el *Hamburg* y el *Saint-Elmot*.

—¡Qué nombres! ¡Qué magníficos nombres! ¿Y son de hélice? Si son de hélice, ¿qué más puedo pedirle al cielo?

—Lo ignoro, pero ¿qué importancia tiene?

—¡Que qué importancia tiene! Pero ¿no lo entiendes?

—Francamente, no.

—¡No! Pues, amigo mío, ¡no te lo voy a decir! ¡Esas cosas se

entienden por sí solas!

Fue así como se inició el famoso viaje a Escocia. Se entenderá el entusiasmo de Jacques Lavaret, sabiendo que hasta entonces jamás había salido de París, de ese desagradable agujero. A partir de aquel día, ¡su existencia entera se encerró en el dulce nombre de Escocia! Por lo demás, no perdió un solo instante; ignoraba la lengua inglesa; puso todo su empeño en no aprenderla, ya que no quería, como dice Balzac, pertrecharse de dos palabras a cambio de una idea; pero volvió a leer en francés a su Walter Scott; penetró del brazo de El Anticuario en el interior de las familias lowlandesas; el caballo de Rob Roy le transportó al seno de los clanes sublevados de Highlands, y la voz del duque de Argyle no pudo arrancarle de la prisión de Edimburgo. Fue un mes bien empleado aquel mes de julio, cuyas horas le parecieron largas como días, los minutos largos como horas. Afortunadamente, su amigo Charles Dickens le confió al cuidado del buen Nickleby y del buen señor Pickwick, que es pariente cercano del filósofo Shandy; por ellos fue iniciado a las costumbres íntimas de las diversas castas de la sociedad inglesa; por decirlo todo, los señores Louis Enault y Francis Wey publicaron, con el fin exclusivo de agradarle, sus obras sobre Inglaterra; Jacques, como vemos, estaba bien aconsejado; ante esas amables páginas su mente se encendió, y se preguntó si no debería hacerse miembro de la Sociedad Geográfica; ni que decir tiene que el mapa de Escocia de su atlas de Malte-Brun está para cambiarlo, acribillado como ha quedado por las puntas de su frenético compás.

II Un barco que no llega

La llegada de uno de los barcos a Saint-Nazaire estaba prevista para el 25 de julio. Jacques hizo minuciosamente la cuenta; le concedió al buen navío siete días para desembarcar sus mercancías y efectuar su nuevo cargamento; debería pues zarpar, a más tardar, el 1 de agosto. Jonathan Savournon, conteniendo las melodías que se elevaban en su corazón, se carteaba regularmente con el señor Daunt, director de la compañía de Liverpool; sabía algunas palabras de inglés que deberían bastar para su consumo particular; pronto informó a Jacques de que el navío puesto a su disposición era el *Hamburg* de Dundee, y su capitán, Speedy; acababa de salir de Liverpool rumbo a Francia.



Se acercaba el momento solemne; Jacques ya no dormía: el 25 de julio, fecha tan ansiada, llegó por fin en París y en Saint-Nazaire,

pero por desgracia, el *Hamburg* no apareció. Jacques no aguantaba más; le parecía que la compañía inglesa incumplía todos sus compromisos; ¡hablaba ya de declararla en quiebra! Obligó al amigo Jonathan a partir inmediatamente a Nantes y a Saint-Nazaire para vigilar la costa francesa.

Jonathan salió de París el 27 de julio, y su amigo, a la espera de la señal de partida, se apresuró a realizar las últimas formalidades.

Se trataba ante todo de obtener un pasaporte para el extranjero; Jacques buscó a dos personas que pudiesen responder de su moralidad ante el comisario de policía; fue entonces cuando entabló por primera vez trato con un pastelero de la calle Vivienne y con un panadero del pasaje de los Panoramas. En aquella época se había creado una lucha terrible entre esas dos corporaciones, sobre la cuestión de los pastelitos rellenos y los bizcochos borrachos que los panaderos confeccionaban a expensas de los pasteleros; así pues, tan pronto como los dos rivales se hallaron en presencia uno del otro, se arrojaron a la cara las invectivas específicas de los amasadores de harina. Pero Jacques los contuvo amenazándolos con la intervención de los guardias, a quienes, con su anglomanía, llamaba *policemen*. Los dos testigos llegaron por fin ante el *sheriff*, por no decir el comisario de policía, y los dos notables comerciantes respondieron de la moralidad de Jacques, que nunca había robado nada en sus establecimientos; recibió la autorización necesaria para abonar diez francos a las arcas del gobierno y adquirir así el derecho a viajar fuera de Francia; después se acercó a la prefectura del departamento del Sena a ver al *lord-maire* y audazmente solicitó un pasaporte para las islas británicas; su filiación le fue tomada por un empleado casi ciego, al cual algún día los progresos de la civilización sustituirán por un fotógrafo jurado; Jacques entregó el pasaporte a un hombre amable que, por dos francos, se encargó de conseguir los visados y legalizaciones necesarios en las diferentes cancillerías, y tuvo incluso la bondad de llevarle en persona ese importante documento, perfectamente en regla.

Jacques besó piadosamente su pasaporte; ya nada le retenía; el sábado por la mañana recibió una carta del buen Jonathan: le informaba de que el *Hamburg* todavía no aparecía por el horizonte, pero que podía hacerlo de una hora a otra.

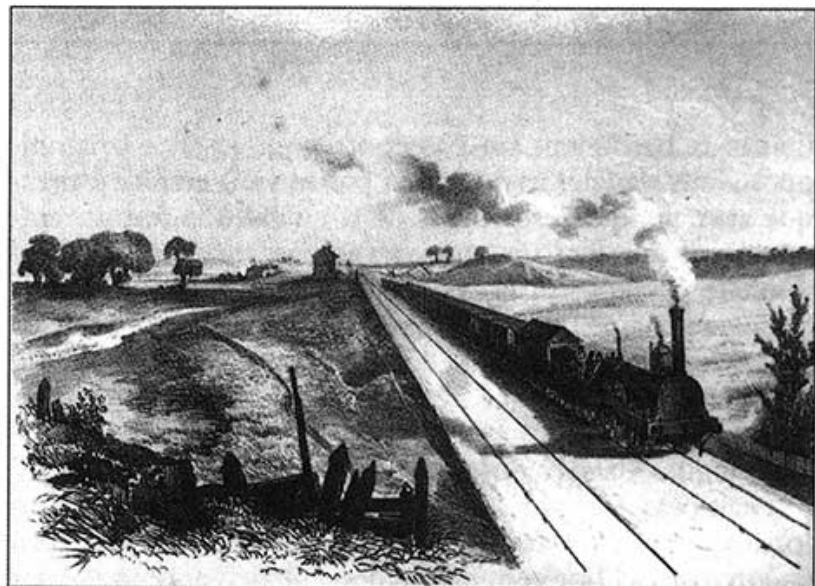
Jacques no vaciló más; estaba ansioso por dejar París, su aire

cargado, su atmósfera amoniacal, sus parques recién florecidos, y la selva virgen recientemente plantada alrededor del palacio de la Bolsa, donde se agitan incesantemente los fieles gíafares[2] del poderoso Harún-al-Rothschild.



Jacques cerró su maleta repleta de objetos perfectamente inútiles y engorrosos; forró su paraguas con su túnica de hule; se echó al hombro su manta de viaje, que representaba un tigre amarillo sobre fondo rojo; se cubrió con la inevitable gorra del turista convencido, y subió a un coche de alquiler.

En virtud de las más sencillas leyes de la locomoción, el simón lo condujo a los ferrocarriles de Orléans; una vez comprado el billete, su equipaje fue facturado; y Jacques, como hombre inteligente que era, se instaló en el primer coche del tren para llegar más rápido; sonó la campanilla; la locomotora silbó, relinchó y se desbocó, mientras el organillo del puente de Austerlitz suspiraba el «Miserere» del *Trovatore*.



III En que los dos amigos visitan Nantes

Jacques había salido a las ocho de la noche; a la mañana siguiente llegó a Nantes y se dirigió inmediatamente a la casa de Jonathan Savournon; tras dos horas de lucha consiguió despertarle.

—Tú durmiendo —exclamó—, ¡tú durmiendo, y el *Hamburg* sin llegar!

—Amigo —contestó Jonathan—, ármate de valor.

Jacques se estremeció.

—¿Qué ocurre? ¡Habla!

—El *Hamburg* ya no viene a Saint-Nazaire.

—¿Qué dices?

—He aquí la carta del señor Daunt —prosiguió Jonathan, presentándole a Jacques un papel de aspecto fúnebre.

—¿Pero estás totalmente seguro? ¿Has entendido bien ese deplorable inglés?

—Escúchame: el *Hamburg*, al salir de Liverpool, debe dirigirse a Glasgow para completar su carga; se trata, pues, de un retraso de unos días.

—Pero entonces, volverá...

—Sin duda: hacia el cuatro o cinco de agosto, estará probablemente...

—¿En Saint-Nazaire?

—¡No! ¡En Burdeos!

Jacques respiró.

—¡Pues bien, vayamos a Burdeos! Tenemos aquí barcos de vapor que hacen dos veces por semana el servicio entre Nantes y Burdeos. ¡No tenemos un minuto que perder!

—No hay prisa —dijo Jonathan.

—¿Y si perdiéramos el *Hamburg*? ¿Sabes que no nos esperará! ¡Vamos, no intentes resistirte, sería inútil! ¡Partamos! ¡El mar está

en calma!

Jonathan torció el gesto; la belleza del mar le asustaba siempre un poco. Pero en fin, como no pretendía llegar a Escocia por tierra, se resignó a intentar esa travesía preparatoria de Nantes a Burdeos.



El barco no zarpaba hasta el martes, con la marea nocturna. Los dos amigos fueron a reservar sus pasajes a la oficina del puerto, cuyo muelle ostenta un nombre bastante poético, el Foso; allí se enteraron de que dos *steamers*, el *Comte d'Erlon*

, buque de ruedas, y la *Comtesse de Frecheville*, de hélice, zarparían tres días más tarde hacia Burdeos.

Jacques, naturalmente, opinó en favor de la *Comtesse*, pero al enterarse de que el *Comte* levaría anclas una hora antes que su compañera, abandonó a esta última. Le hicieron observar sin

embargo que la *Comtesse* navegaba mejor que el *Comte*, pero no quiso dar su brazo a torcer.

—¡No me importa llegar rápido! —contestó—, ¡me interesa sobre todo partir!

Jonathan, que sentía cierta inclinación por la *Comtesse*, tuvo que ceder.



Las jornadas del domingo, el lunes y el martes les parecieron a los dos viajeros mortalmente aburridas; trataron de matar el tiempo visitando la ciudad; pero el tiempo es duro de pelar en Nantes, y no se le mata fácilmente: sin embargo, el movimiento del puerto, la llegada con cada marea de bricbarcas, de goletas, de *bougres* [3], de sardineros, le producían éxtasis a Jacques y náuseas a Jonathan. El primero se sentía atraído hacia los astilleros, desde los que botaban gran número de clípers del más bello modelo; el segundo necesitó toda su elocuencia para arrastrar a Jacques a la búsqueda de algún monumento antiguo o moderno. El castillo de los duques de Bretaña, la capilla de la reina Ana, donde se celebró su matrimonio con Luis XII, le gustaron mucho; admiró la inteligencia con que la edilidad nantesa había restaurado esas venerables ruinas: la galería superior de la capilla estaba totalmente remozada con hermosas piedras blancas.

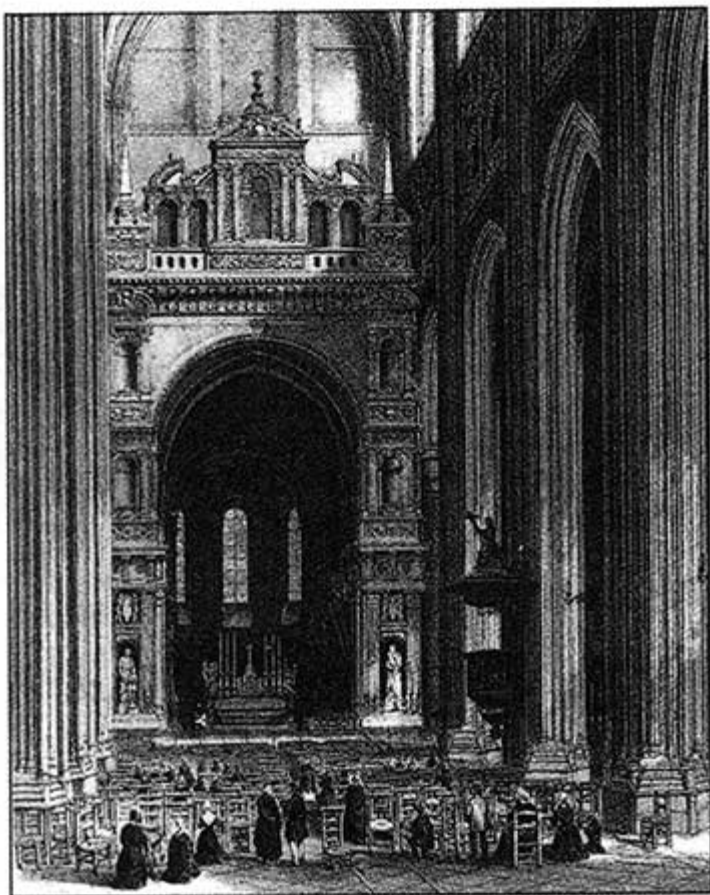
—Creo —dijo Jonathan— que los *albañiles* se han mostrado

bastante audaces...

—Expresas tímidamente tu pensamiento —contestó Jacques—; pero la palabra *albañil* es acertada. ¡Prosigamos nuestra gira arqueológica!



Jacques y Jonathan llegaron a la catedral, que ha sido respetada por los arquitectos nanteses, y cuya construcción lleva concluyendo el gobierno unos diez años, con una económica lentitud. En general, este monumento sólo ofrece un mediocre interés; pero su nave es muy hermosa, y de una altura prodigiosa: unos pilares en forma de prisma la sostienen sobre sus nervaduras finamente diseñadas, que se unen formando claves de bóveda; son pilares de un modelo hermoso y atrevido; algunas ventanas de la parte meridional pertenecen a ese gótico flamígero del siglo XIV que precedió al Renacimiento.



El gran pórtico merece ser contemplado; es una página magnífica, espléndidamente escrita en esos jeroglíficos medievales equiparables a las cigüeñas y los ibis del antiguo Egipto.

Jacques y Jonathan pasaron allí unas buenas horas de las que no tuvieron que arrepentirse.

Tras los restos de la Edad Media, quisieron contemplar los monumentos modernos, cosa que fue más difícil; el teatro y la Bolsa no podían presumir de ser muy jóvenes, y Jonathan quería juzgar de qué podía ser capaz el gusto actual en la capital del Bajo Loira. No pudo ser mejor complacido.



Al final de una larga calle divisó un edificio adornado con una gran fachada.

—¿Qué es aquello?

—Aquello —dijo Jacques— ¡es un monumento!

—¿Qué monumento?

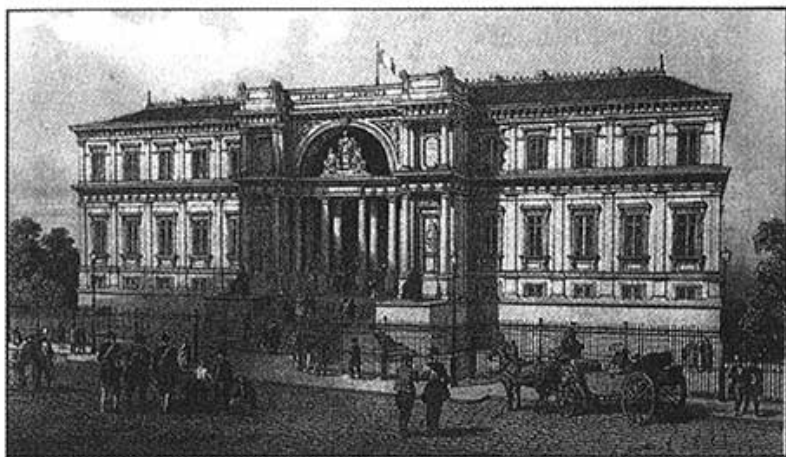
—¡Un teatro! Aunque no me extrañaría que fuese una Bolsa, a no ser que se trate de una estación.

—Imposible.

—¡Ah, no! ¡Pero si somos estúpidos! ¡Es sencillamente un palacio de justicia!

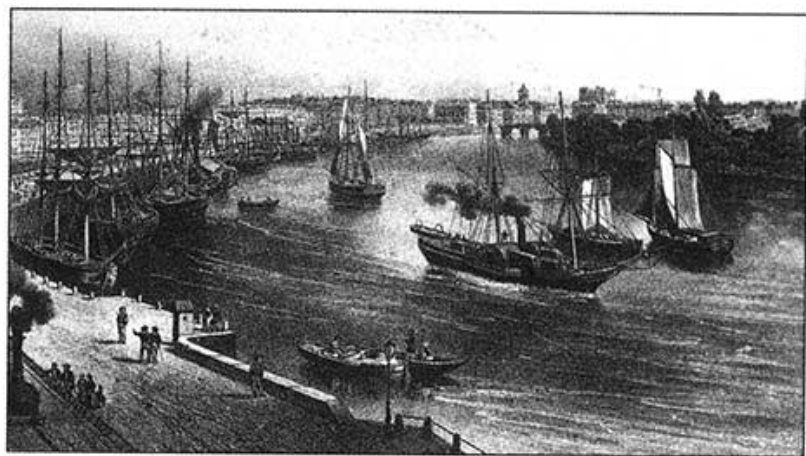
—¿Y eso por qué?

—¡Porque está escrito en letras de oro!



En efecto, el arquitecto, hombre hábil, sin duda alguna, le había puesto título a su monumento, cosa que recordaba al pintor Orbanga, el cual, tras pintar un gallo, escribía encima: esto es un gallo. Por otra parte, aquel palacio de justicia no tenía nada que envidiar a otros modernos, y Jonathan sin duda no lo hubiese siquiera mirado, a no ser por el singular propósito de la escalera de la fachada que conduce al salón de espera. Dicha escalera tuvo evidentemente como cometido el de permitir subir, no al público, sino a media docena de columnas; uno se pregunta adonde van, a la sala de lo criminal sin duda, y bien se lo merecen esas desafortunadas. Sin embargo, llegadas a lo alto de la escalera, no pueden entrar en la sala, porque llevan un arco de puente sobre la cabeza, y bajo el arco, ¡una estatua de la justicia en avanzado estado de gestación!

He ahí lo que los dos parisinos pudieron admirar durante tres días, dedicándole mucha buena voluntad; y llegó la tarde del martes.



IV Primeros momentos a bordo

La multitud se agolpaba en el muelle del Foso; ¡los dos barcos de vapor se aureolaban de humo! El *Comte* y la *Comtesse* se estremecían desde el estrave hasta el codaste; sonaban las seis en el reloj de la Bolsa.

Jacques y Jonathan estaban a bordo; ya habían elegido el marco en que pasarían la noche; Jacques no podía contenerse más; iba y venía soltando una risa involuntaria, cien veces se sentaba y levantaba, se inclinaba por encima de la borda y se emocionaba viendo correr el agua, luego corría a contemplar la máquina, cuya caldera rugía con fuerza; admiraba esos poderosos cilindros, esos pistones por el momento inmóviles; entonces volvía a la popa del navío, se acercaba a la rueda del timón, y posaba en ella una mano imperiosa. La idea que le dominaba era tener una pequeña charla con el capitán del *Comte*

d'Erlon

; pero éste estaba ocupado en ultimar su cargamento, que no estuvo terminado, hay que decirlo, hasta las ocho de la noche.

Jonathan mantenía más la calma; sus ideas seguían un rumbo diferente; consideraba que pasar veinticuatro horas en ese barco no tenía nada de encantador.

—Y además —añadía—, no se me ocurre nada más estúpido que ir a buscar a Burdeos la ruta de Escocia, ¡es absurdo!

—¿Absurdo, por qué? —replicaba Jacques— ¡todos los caminos conducen a Roma! Proverbio que es, evidentemente, de origen piamontés.

Finalmente, los pasajeros embarcaron: el capitán dio la señal; las ruedas del *Comte* se pusieron en movimiento, y el navío, después de haber borneado, tomó la corriente, y se alejó rápidamente entre los numerosos barcos del puerto.

Jacques soltó uno de esos suspiros que sólo nacen en los diafragmas satisfechos.

—¡Por fin! —exclamó.

Hay que calcular una docena de leguas entre Nantes y Saint-Nazaire, que se encuentra situada en la desembocadura del Loira. Era fácil con ayuda de la corriente franquear esa distancia en unas horas. Pero el río se llena de bancos de arena con la bajamar, en la parte cercana a la ciudad, y el canal que hay que seguir para evitarlos es estrecho y sinuoso. Si el *Comte*

d'Erlon

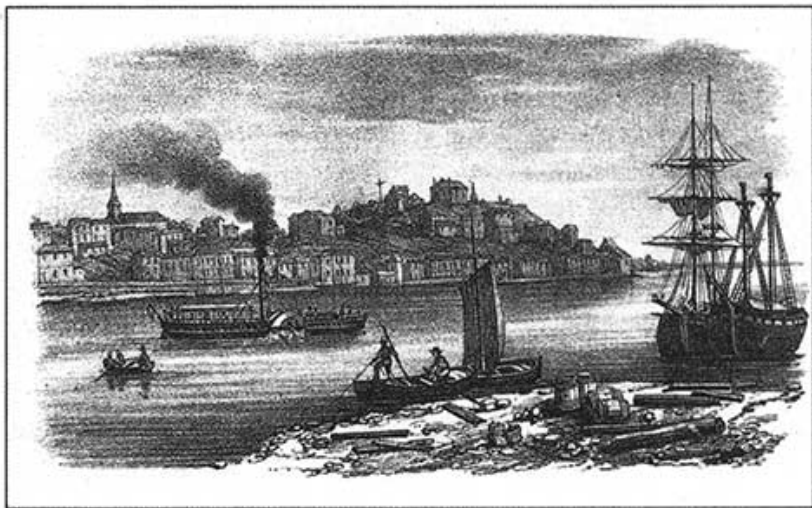
hubiese efectuado su partida al inicio de la marea baja, cualquier riesgo de encallar hubiese quedado descartado; pero se había retrasado, y el capitán no parecía convencido de poder evitar el paso de Indret.

—Una vez lo hayamos pasado —dijo—, respondo de todo.

Jacques lo miró con admiración.

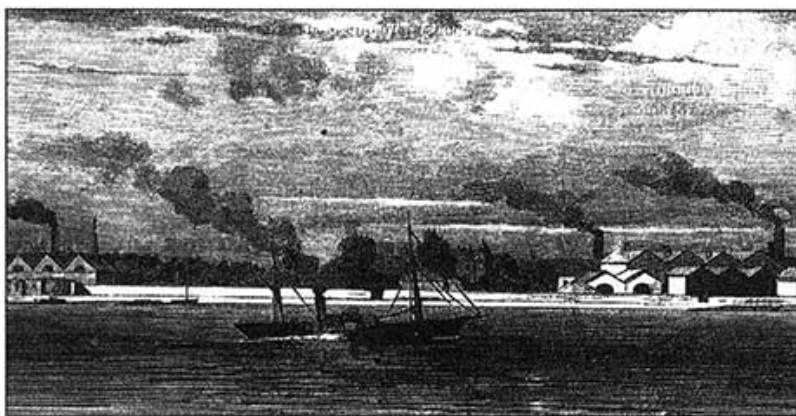
—Es un lobo de mar —pensó—. Entonces, ¿podremos estar en Burdeos...?

—¡Mañana por la noche!



El barco no era muy buen andador, pero con ayuda de la corriente, avanzaba rápidamente. A su salida del puerto de Nantes, el Loira se ensancha majestuosamente; su masa líquida está formada

en ese punto por la reunión de ocho o nueve brazos cuyas aguas amarillentas rompen contra los arcos de una legua de puentes. A la izquierda se extendían apaciblemente la isla y el poblado de Trentemoult, cuyos habitantes, de un tipo bastante curioso, han conservado costumbres primitivas, y según dicen, sólo se casan entre ellos. Hacia la derecha, el campanario de Chantenay erguía su afilada aguja en la niebla vespertina. Apenas pudieron los dos amigos divisar la silueta difusa de aquellas laderas; pasaron así Roche-Maurice y el Alto Indre. Un ruido sordo, una nube más negra, que destacaba sobre las sombras del cielo, unos penachos de fuego que se agitaban sobre las altas chimeneas de las fábricas, una atmósfera cargada de las emanaciones bituminosas de la hulla, les anunciaron la proximidad de Indret y del Bajo Indre.



Indret, antigua fundición de cañones, ha sido transformada en un vasto establecimiento para la fabricación de máquinas de vapor por cuenta del gobierno; la colina que la domina en la margen izquierda del río es bastante elevada y permite a la vista extenderse a lo lejos sobre los campos circundantes. Pero Jacques sólo dedicó una vaga mirada a las cosas de la tierra. En efecto, habían alcanzado el paso funesto; el capitán, encaramado en la pasarela colocada entre dos tambores, vigilaba la marcha del barco; el movimiento de la máquina aminoraba y el vapor silbaba entre las válvulas entreabiertas. Jacques se sentía tan emocionado como si se hubiera encontrado ante los *dangers* de Vanikoro[4]. De pronto se sintió un rozamiento bastante violento. La quilla del *Comte* raspó la

arena, y las ruedas, redoblando esfuerzos, lo arrastraron más allá del bajío.

—¡Salvados! —gritó Jacques.

—En efecto —le respondió el capitán—, pero media hora más tarde hubiésemos encallado. Ahora estamos fuera de peligro.

—¿Lo oyes, Jonathan? ¡Estamos fuera de peligro!

—En ese caso, vayamos a enfundarnos en la cama —repuso Jonathan—. Y advierte que enfundarse es la palabra adecuada, ya que hay que deslizarse dentro de un cajón de cómoda.

—¡En ello reside su encanto, Jonathan!

Dicho esto, bajaron al salón, donde ya estaban instalados algunos viajeros; las paredes se hallaban rodeadas de bancos rojos: antaño se abrían unos grandes nichos donde sólo había que introducirse horizontalmente, y echarse a dormir entre los gemidos del maderamen y el crujido de las tablazones.

Una hora más tarde, una violenta sacudida arrojaba a ambos fuera de su banco y Jonathan se encontró sentado sobre la cara de un viejo marino tendido en el banco inferior. Por lo demás, ese digno hijo de Anfitrite ni se removió, ni se despertó.

—¿Qué sucede? —gritó Jonathan, dejando su nuevo y un tanto rugoso asiento.

—Hemos encallado —dijo Jacques.

—Estamos varados —gritó alguien desde fuera.

—¡Maldición! —exclamó el capitán, saliendo apresuradamente de su camarote—. ¡Ya tenemos para toda la noche! ¡No nos pondremos a flote hasta la próxima marea!

—¡Vaya! —explicó Jonathan—, ¡doce horas de retraso!

Jacques se precipitó a cubierta; el *Comte* estaba perfectamente encallado, y se inclinaba a babor; expresiones técnicas que le llegaron a Jacques al corazón. En el fondo, ¡no le disgustaba en absoluto que hubiesen embarrancado!

El capitán no había contado con el paso del Pellerin, tras haber franqueado tan hábilmente el de Indret; pero el agua estaba lo suficientemente baja como para tener que renunciar a toda esperanza de poner a flote su navío antes de la marea de la mañana; dio, pues, la orden de apagar parte de los fuegos, y manaron torrentes de vapor. La noche, muy oscura, apenas permitía vislumbrar las márgenes cercanas. Jacques permaneció un tiempo

en cubierta, intentando escudriñar las tinieblas; pero no tardó en unirse a su compañero, que había vuelto a su nicho, pasando por encima del viejo marinero, todavía dormido.

V Jonathan sufre el mal de mar

El sol sale temprano en agosto; Jacques madrugó todavía más que él. A las cuatro subió a cubierta, arrastrando al pobre músico, que tenía los ojos hinchados; no entendía la necesidad de estar en pie. Jacques hizo que les llevaran dos tazas de un dudoso café.

—Excelente —declaró, mientras su compañero sorbía cada trago entre dos muecas—. El mejor café es indiscutiblemente una inteligente combinación de *bourbon*, de moka y de Río Núñez, ¡pero no quiero calumniar a éste, evidentemente extraído de una planta vivaz cuya raíz pivotante y fusiforme pertenece a la tribu de las chicoriáceas!

—¡Tú siempre sales con definiciones! —repuso Jonathan.

—¡Algo es algo! Además, yo no soy delicado, y viajando, todo me parece bueno.

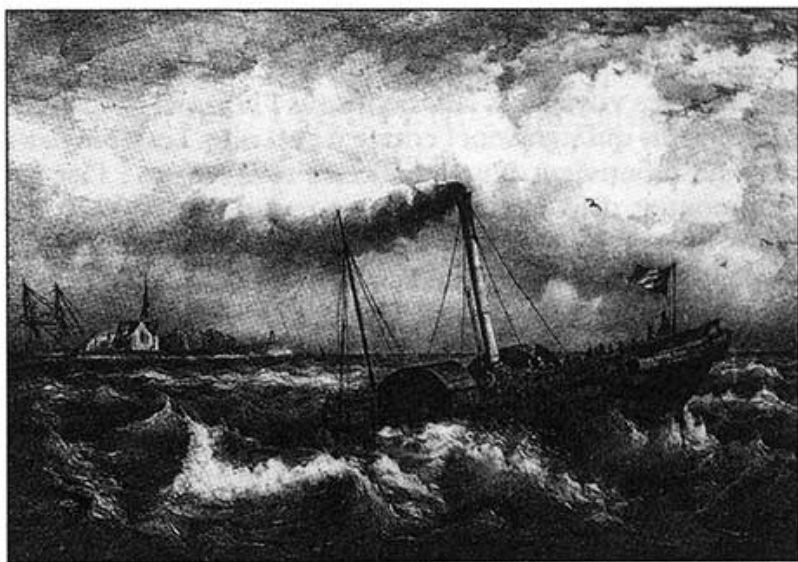


Hacia las seis, la marea ya se dejaba sentir, y momentos más

tarde, el *Comte*
d'Erlon

flotaba libremente; ya no tenía más obstáculos que temer. Así pues, pudo descender el Loira con bastante rapidez, pasando Paimboeuf, importante cabeza de distrito, y Donges, pueblecito hartamente pintoresco cuya iglesia produce un bonito efecto en la margen del río. Ya se divisaba Saint-Nazaire al fondo de su ensenada, y pronto los viajeros saludaron al reciente puerto, al que los ruaneses de Nantes presagian con terror el opulento destino del Havre. Un bosque de mástiles se erguía sobre las explanaciones que ciñen la dársena. Al oeste, una línea de agua recortaba el cielo: era el mar.

Jacques no pudo evitar aplaudir, y lo nombró con todos sus apelativos mitológicos. El tiempo era soberbio, y sin el movimiento prolongado y pesado de las olas de fondo, Jonathan se hubiese sentido perfectamente tranquilo. Pronto sonó la campanilla que anunciaba el almuerzo y los pasajeros bajaron al salón.



El almuerzo fue como todos los almuerzos a bordo de un buque de vapor; los víveres, bastante frescos, parecieron contentar a todos. En cuanto a Jacques, se abalanzó sobre ellos y se puso a devorarlos. Incluso hizo desaparecer una notable cantidad de sardinas asadas

que el capitán había recomendado a los paladares parisinos.

—¡He aquí unas sardinas pescadas en el mismo sitio por donde estamos pasando en estos momentos, y tales como no las comerán en ningún otro lugar!

—Deliciosas —declaró Jacques—, ¡incluso me atrevo a decir que suculentas, si eso le complace!

El almuerzo transcurrió óptimamente, y los dos amigos subieron a cubierta en el momento en que el viejo marinero emprendía el relato de sus campañas.

El viento era favorable; el capitán ordenó que se desplegaran las velas, llamándolas por los dulces nombres de trinquete y cangreja, que encantaron a Jacques. Mientras tanto, los demás pasajeros habían permanecido en el salón; una vez despejada la mesa, habían emprendido una de esas bácigas[5] monstruosas que tanto han contribuido a rebajar el nivel intelectual de los pueblos. Por lo demás, parecían ser gente de la mejor sociedad, y a veces hacían llegar hasta la tilla estas elegantes palabras:

—¡Ochenta de *pachas*, cuarenta de *larbins*, sesenta de *bribonas*!

Jacques estaba furioso: aquello le estropeaba su océano Atlántico.

Los viajeros ya dejaban atrás, en el horizonte, los peligrosos escollos que señalan la entrada del Loira. Ya no asomaban las testas rocosas de los *Charpentiers*; la isla de Noirmoutier desaparecía bajo los rayos del sol. Una tienda plantada en cubierta protegía a los pasajeros del calor. Jacques, con el desdén propio de un hombre de la mar, persistía en querer curtir su rostro, y se había tumbado en la chalupa suspendida a un costado del barco; allí, inclinado sobre la espuma de las olas, su rostro se bañaba en una atmósfera húmeda y salada; no tenía el menor síntoma de mareo; estaba demasiado interesado por lo que veía, lo que oía, lo que pensaba; por cierto que no creía en ese mal, lo que es un método infalible para evitarlo.

Jonathan, mucho menos fascinado, experimentaba cierto malestar; su digestión parecía difícil; no tenía ni el alma ni el temple marineros. Su mano asía los aparejos con una precipitación convulsiva; su rostro empalidecía, una extraña opresión le comprimía las sienes, y elevaba mentalmente ardientes plegarias a Nuestra Señora de los Mareos. De pronto, se le vio precipitarse hacia la popa, inclinarse sobre el agua, y entregar a los surcos el

secreto de sus males.

Jacques no pudo contener una inmensa carcajada, y el lamentable Jonathan no tuvo el valor de enfadarse.

—En el fondo —dijo con los ojos húmedos y la voz sobresaltada—, en el fondo, ¡no es tan mala cosa! ¡Me despeja!

Hacia las dos, apareció en el horizonte, a la derecha, la isla Dieu, ya que el capitán gobernaba entre tierra e isla; se acercó incluso a esta última, con la esperanza de que los pescadores le llevaran bogavantes. Una o dos barcas de velas rojas se separaron de la orilla; pero ninguna acostó a la embarcación, con gran desilusión del cocinero. El encallamiento del día anterior había desequilibrado la economía de los víveres y temía que escasearan antes de llegar a Burdeos.

—De cualquier forma —añadía el digno capitán—, ¡no podemos dejar de echar el ancla mañana por la mañana en el Garona!

Jacques admiró seriamente esa confianza del marino que puede prever así el término de tan largo viaje; mientras el navío costeaba el extremo sudeste de la isla Dieu, una llorosa melodía llegaba en alas del viento hasta el oído de Jacques; corrió hacia su amigo y le arrancó de sus sombrías contemplaciones.

—¡Ven, Jonathan! ¡Escucha! ¡La brisa viene cargada de una armonía celestial! ¡Ven! ¡Vamos a sorprender uno de esos ingenuos cantos nacidos del seno del mar!

Jonathan no pudo resistirse a esa lírica llamada; se situó a barlovento, dispuesto a fijar en su cuaderno de viaje las fugitivas emanaciones de esa melodía atlántica. Escuchó: una rústica viella tocaba: *Il baben del suo sorrizo del Trovatore*.

—Es cosa singular, y hasta deplorable —dijo Jacques—, ¿qué te parece?

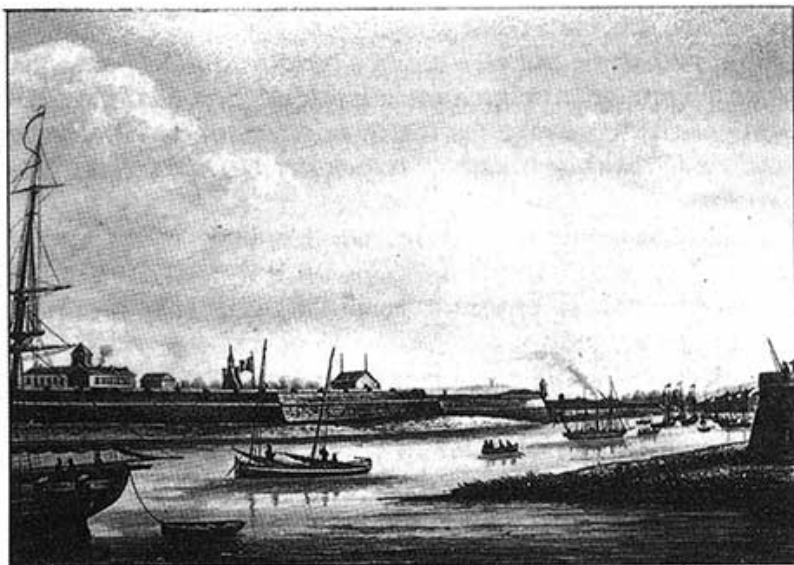
—Me parece —replicó Jonathan— que esto redobla mi mareo.

Y volvió a su puesto de observación.

La campanilla del almuerzo sonó cuando atravesaban los Sables-d'Olonne;

uno o dos sitios quedaron desocupados, y entre otros, el de Jonathan permaneció vacío; el cocinero siempre cuenta un poco con esas deserciones y no hay que recriminárselo. Durante la velada, el viento refrescó, virando al sur; el capitán hizo cargar las velas, y el navío, menos asentado en el agua, empezó a balancearse y cabecear

desagradablemente. Jonathan, que no podía permanecer en su cuarto, donde se sentía aún más enfermo, se envolvió en su manta de viaje, y se acostó filosóficamente en cubierta; Jacques, con el cigarro en la boca, se paseó con las piernas separadas para mantener el equilibrio, como un verdadero marinero de primera clase, y la noche envolvió con sus sombras a la máquina flotante.



VI Rumbo a Escocia, marcha atrás

Pronto todo reposó a bordo; sólo cuatro personas permanecían en cubierta, el hombre de guardia, el del timón, el viejo marinero y el amigo Jacques.

Estos dos últimos entablaron conversación: el lobo de mar le pareció al parisino muy instructivo, si no muy interesante; le hizo observar los faros de las islas de Ré y de Oléron, que iluminaban la costa hasta dos o tres leguas a barlovento. Jacques no podía desprender la vista de esos fuegos, ya fijos, ya giratorios, cuyos rayos, proyectados a través de las lentes de *lint-glass*, se extendían lejos sobre las olas.

Hacia la medianoche, le asaltó un invencible sueño, y volvió a su cama, pero a la salida del sol ya estaba en pie y saludaba, junto a Jonathan, a la torre de Cordouan, que señala la entrada del Gironda. La desembocadura de ese río es ancha como un brazo de mar. Los pasajeros se sintieron volver a la vida en esas aguas más tranquilas.

—Para ser un río que pasa por Burdeos —decía Jacques—, ¡lo encuentro muy apacible!

A las ocho de la mañana, el *Comte d'Erlon*

fue acostado por una chalupa de pilotos: uno de ellos subió a bordo, y sus compañeros se alejaron en busca de otros navíos.

El práctico era un hombrecillo inquieto y agradable, que no escatimaba gestos ni demostraciones, con una actividad muy meridional. Le gustó mucho a Jonathan, cuyas ideas se sosegaron. El acento del marinero bordelés le llegaba al alma. Tanto si se apoyaba en la pasarela como si se inclinaba sobre la borda, su actitud era encantadora, y tenía sin duda una intuitiva plasticidad corporal. Unas rápidas onomatopeyas surgían de sus labios, y una

risa armoniosa estallaba entre sus blancos dientes de gascón.

En cuanto estuvo a bordo, tomó la dirección del navío, y el capitán quedó descargado de su responsabilidad. Sin embargo, una inquietante conversación se entablaba entre estos dos personajes, y sus palabras parecían encerrar un funesto presagio.

—Hace rato que la marea está bajando —decía el piloto.

—¡Bah! —respondía el capitán—, tenemos tiempo de llegar.

—Yo no lo juraría.

—Acelerando la marcha del navío.

—Desgraciadamente, no tenemos el viento a favor.

—¡Bah!, ¡bah! Aun así pasaremos, no se preocupe.

«¿Pero pasar por dónde, o más bien por dónde no?» se preguntaba Jonathan, y comunicó sus presentimientos a Jacques.

—Vamos —le repuso éste—, el capitán ha dicho que en unas horas estaremos en Burdeos. Si el capitán fuese gascón, ¡no me fiaría! Pero es bretón y confío en él.

Una hora más tarde, el buen Jonathan rodaba por cubierta, y el *Comte d'Erlon*

, encallado en el limo del Gironda, permanecía tan inmóvil como la tierra antes de Galileo.

—Esto significa seis horas —dijo el piloto.

—¡Diablos! —dijo el capitán.

—¿No decías que pasaríamos, amigo Jacques?

—¡Vayamos a almorzar!

Ningún pasajero faltó a esa comida de la mañana; el aire marino había provocado en todos ellos un apetito feroz. Era por lo demás una manera eficaz de pasar el tiempo. El cocinero y el capitán se miraron y empalidecieron. ¡El barco había salido del muelle de Nantes treinta y seis horas antes para un viaje que sólo debía durar veinticuatro! Y en vista de las presentes circunstancias, ese problemático almuerzo sería seguramente seguido de una cena imposible.

—¿Crees que Burdeos existe realmente? —le preguntó Jonathan a su amigo con una triste sonrisa.

—Yo no sé si Burdeos existe, pero te aseguro que los bordeleses, sí. ¡Vamos a almorzar!

En resumidas cuentas, el cocinero de a bordo era un hombre

imaginativo, y en unas fuentes con una sospechosa salsa, aliñada con extraños condimentos, sirvió lo mejor que pudo unos residuos desconocidos. Por suerte el vino no faltaba, y dio color a las impurezas de un agua recalentada en la cala. Total, se comió con apetito sin preocuparse por la siguiente comida; luego, unos subieron a cubierta mientras los demás reemprendían su inmoderada béciga.

Esa parte del Gironda ofrecía una vista muy curiosa: la costa de la margen derecha apenas se veía, pero en la margen izquierda los viajeros pudieron admirar esa inmensa península encerrada entre el río y el océano, donde los rayos del sol se combinan de tal forma que producen los excelentes caldos del Médoc.

A las tres se empezó a sentir la marea, los fuegos de la caldera fueron enérgicamente reavivados y activados; pronto las ruedas se pusieron en movimiento, el navío se arrancó del abrazo del bajío. El pequeño piloto volvió a su puesto de observación junto al hombre del timón, e indicó con la mano las sinuosidades del canal. Pronto tuvieron a la vista la ciudadela de Blaye, célebre por un «parto» político que sacó de una situación embarazosa al gobierno de julio. Dicha ciudadela parece poco importante; la playa parece estéril, seca, dura, totalmente desprovista de sombra; uno siente que los tesoros del cielo han sido reservados para la orilla opuesta, donde florecen Château-Margaux y Château-Lafitte. Apareció Pauillac: es el principal lugar de embarque para los vinos del Médoc, y una especie de estacada bastante prolongada se extiende sobre el río para facilitar la atracada de los barcos. Las dos orillas del Gironda se estrechaban al aproximarse a la ciudad. La corriente, más rápida que la del Loira, ya que aquélla reflúa con la marea montante, venía ahora felizmente en ayuda de la máquina jadeante y por momentos sofocada.

—Tiene el pecho un poco débil —dijo Jacques— y temo que el carbón de piedra, ese bálsamo de las máquinas, llegue a escasearle.

—No hables así —repuso Jonathan—, ¡sólo faltaría eso! ¡Y pensar que emprendemos un viaje a Escocia navegando hacia Burdeos!

Por fin llegó la hora de la cena y los pasajeros se precipitaron hacia el salón con una premura de mal agüero: se sentaron, desplegaron sus servilletas, tendieron su plato al capitán, que

presidía la cena, y recibieron un líquido nauseabundo; sólo tenía de potaje el que se sirviera antes de la cena; servido después, hubiese sido agua de fregar platos. Un gato a bordo vio también terminar su dulce existencia en esas memorables circunstancias; fue condimentado con sobradas especias; ¡pero el rencoroso animal se vengó bien en el estómago del pobre Jonathan, que sin duda se había tragado sus garras! Mas cuando el capitán del *Comte d'Erlon*

se mostró magnífico, fue cuando tomó la palabra a los postres:

—Señores —dijo, presentando a sus hambrientos comensales unas sardinas—, no he querido que terminara esta corta travesía sin ofrecerles estos *royanes* [6] pescados en el Gironda.

—¡Cómo, royanes! —exclamaron todos al unísono—, ¡pero si son simplemente sardinas!

—Señores, ¡se equivocan! Son verdaderos, y añadiré que excelentes, royanes.

Los pasajeros prefirieron engullirlas a discutir. Pero Jacques llegó a la conclusión, con mucha lógica, de que las sardinas se llamaban royanes en Burdeos, y los royanes sardinas en Nantes. ¡A partir de ahí, el capitán se le antojó gascón al remontar el Garona!

VII Escala en Burdeos

En aquel momento se divisaba una larga estela de humo en el horizonte. Procedía de un barco de vapor que se dirigía rápidamente hacia el *Comte*

d'Erlon

y se acercaba a ojos vistas; avanzaba bajo la acción potente y tranquila de su hélice y sus velas cargadas a las vergas, con una gracia y una velocidad incomparables.

—He ahí un bello navío —dijo Jacques—, y que avanza más que nosotros; tengo gran curiosidad por conocer su nombre para consignarlo en mi cuaderno de viaje.

No tardó en poder satisfacer su curiosidad: apuntó con sus anteojos en dirección al barco, y leyó claramente en su costado de babor: ¡la *Comtesse de Frecheville*!

—¡La *Comtesse*! —exclamó.

En efecto, era la *Comtesse*, que habiendo zarpado de Nantes doce horas después, llegaría a Burdeos doce horas antes que el *Comte*.

—Indudablemente, la *Comtesse* es más fina —le dijo Jonathan—. ¡Qué gallardía! ¡Tenía yo razón en quererle confiar nuestros destinos!

Un zarpazo del gato tan imprudentemente devorado interrumpió su inocente broma.

El Gironda ofrecía entonces a la vista de los viajeros uno de sus más bellos espectáculos.

Se acercaban al Bec d'Ambès, en el punto en que el Dordoña y el Gascuña confunden sus aguas bajo el nombre de Gironda. Las cuatro orillas están cubiertas de árboles magníficos de un verdor delicioso; los dos ríos se compenetran bastante bien en los primeros momentos de su unión; el Bec

d'Ambès

aún recibe los rayos de su luna de miel, y no es sino más lejos, en el océano Atlántico, donde se pelean como viejos esposos y levantan sus irritadas olas.

Empezaba a caer la noche; los pasajeros, impacientes por alcanzar la meta de su viaje, permanecían en la proa del barco; clavaban la mirada en los serpenteos del río; con cada recodo aumentaba su desilusión.

—¡Es irritante! ¡Es absurdo! ¡Tampoco esta noche llegaremos! ¡Son ya cuarenta y ocho horas las que llevamos encerrados en esta maldita caja!

Luego se dirigieron al capitán, interrogaron al segundo de a bordo, interpellaron al piloto, y este último los miró con aire burlón.

Pasaron dos horas más, dos mortales horas. El *Comte*

d'Erlon

luchaba contra viento y marea. Por fin algunas luces dispersas aparecieron en la orilla derecha, algunas chimeneas de fábrica incandescentes surgieron en la orilla izquierda; algunas sombras de navíos, dormidos y anclados, se dibujaron en la vaga oscuridad; el barco costeaba la base rocosa de una alta colina, bajo la que silbaba al pasar el tren de París; de pronto una cadena se desenrolló estrepitosamente; una brusca sacudida detuvo al navío; el vapor se escapó de la caldera y las últimas gotas de agua rezumaron de las rendidas paletas. El *Comte*

d'Erlon

acababa de echar el ancla.

—¡Hemos arribado a puerto! —exclamó Jacques.

—¡A puerto! —se oyó replicar—, ¿pero dónde está Burdeos?

—Estamos en Lormont —declaró tranquilamente el capitán, una legua más abajo de Burdeos—. ¡No podremos atracar al muelle hasta mañana por la mañana!

—¡Maldición! —exclamaron los pasajeros antes de volver a su lecho de amargas.

Por fin, como nada es eterno, ni siquiera una travesía de Nantes a Burdeos, al día siguiente el navío se encontraba amarrado al muelle delante de la aduana, y los dos amigos, confiando su equipaje a uno de los mozos más vocingleros, se dirigieron al hotel de Nantes, situado en el puerto.

Habían pasado sesenta horas en el *Comte d'Erlon*

y se encontraban a 500 kilómetros al sur de París.

—¡Buen inicio para un viaje hacia el norte! —dijo Jonathan.

Puede adivinarse cuál había sido la única preocupación de Jacques mientras remontaban el Garona desde Lormont; devoraba con la vista los numerosos barcos anclados en medio del río: ¡el *Hamburg* debía encontrarse entre ellos! ¡Ojalá no hubiese salido ya durante esa maldita travesía! ¡Qué decepción, si hubiese estado navegando a todo vapor rumbo a Liverpool, mientras el *Comte d'Erlon*

remontaba trabajosamente el Gironda!

En cuanto el equipaje quedó registrado en el hotel, Jacques volvió al puerto, seguido de su fiel compañero; se dirigieron a un aduanero, al que interrogaron sobre las llegadas y salidas de los días anteriores. El funcionario, muy complaciente, les proporcionó la más completa información: ¡el *Hamburg* no figuraba en la lista de llegadas ni de partidas de barcos!

—Ya sólo nos faltaba una cosa —dijo temblando Jacques.

—¿Qué cosa, por favor?

—¡Que el *Hamburg* hubiese decidido ir a cargar a Saint-Nazaire, ahora que nosotros nos encontramos en Burdeos!

—¡Sería horrible! Pero ya sabremos a qué atenernos: empecemos por ir a casa de un buen amigo mío bordelés, y después iremos a presentar nuestros respetos al corresponsal del señor Daunt; él nos pondrá al tanto de la situación.

Sólo restaba unir la acción a tan juiciosas palabras.

Es así como, habiéndose informado de la ruta, Jacques Lavaret y Jonathan Savournon se dirigieron, cogidos del brazo, hacia la calle Cornac.

VIII Consideraciones sobre el vino de Burdeos

Era una hermosa, mañana de un viernes. El amigo de Jonathan dormía aún, aquejado de una horrible jaqueca, que había conseguido esperando la llegada del *Comte*

d'Erlon

durante todo el día anterior. Pese a ello, se levantó y Jonathan presentó a Jacques a Edmond R..., negociante; huelga decir a qué tipo de negocio se dedicaba: abogados, notarios, agentes de cambio, rentistas, magistrados, porteros o periodistas, todo el mundo vende vino en Burdeos; cada cual posee su pequeña bodega mejor o peor abastecida, y se dedica incidentalmente a ese agradable comercio.

Edmond R... era un auténtico hijo del Garona, de pelo negro y rizado, de rasgos vigorosos e inteligentes, nunca apurado, emprendedor, audaz, siempre seguro de qué hacer y qué decir, y, para completar su descripción, escribía con la mano izquierda; recibió a los dos amigos con gran alharaca, y les guió gustoso por la ciudad. Pero primero tenían que almorzar, y al fin pudieron sentarse a una mesa adecuadamente servida y comer royanes auténticos.

Edmond R... le había hecho una seña a su maestro bodeguero, y unas finas botellas llenas del delicioso licor erguían sobre la mesa sus esbeltos cuellos.



No hay que creer que el vino se beba con naturalidad en Burdeos; esa acción importante exige ciertas formalidades indispensables. De ahí que Edmond R... interrumpiera a Jacques en el momento en que se aprestaba a llevarse la copa a los labios. El vino era del pago de Estournelle, tenía quince años y merecía un respeto. Primero Edmond lo escanció en grandes copas, llenando la cuarta parte; luego, dando ejemplo a sus convidados, levantó la copa a la altura de los ojos, hincó la mirada en el líquido rubí, insinuó que ese vino rico en alcohol y alto en color tenía cuerpo, aroma, y poseía una exquisita boca; entonces bajó su copa, la agitó lentamente de derecha a izquierda, y más rápido de izquierda a derecha, hincó en ella la eminencia ósea con que la naturaleza le había dotado generosamente, e inhaló durante unos minutos las suaves emanaciones exhaladas gracias a esa inteligente rotación. Después de un mudo éxtasis, absorbió, con los ojos cerrados, todos los gozos multiplicados por los años en aquel beneficioso licor. Así es como se bebe en Burdeos; hay un no sé qué de religioso en esa ceremonia, y desgraciado de aquél que quisiera proceder de otro modo.

Jacques encontró muy divertido ese método; pero tenía el inconveniente de prolongar la comida, y ante todo ansiaba tener noticias del *Hamburg*. Así pues, cuando Edmond R... se ofreció a pasear a los dos amigos por la ciudad, Jacques quiso ante todo que

lo condujera a la casa del representante del señor Daunt, y se negó a admirar las magnificencias de Burdeos; ni siquiera volvió la cabeza para echar un vistazo a los Quinconces, atestados en ese momento con las barracas de una exposición, y llegó así ante el corresponsal tan deseado.

Este le informó de que el propio señor Daunt no tardaría en llegar a Burdeos; en cuanto al *Hamburg*, había salido de Glasgow, y se le esperaba de un día a otro. Jacques salió un poco decepcionado, y se dejó guiar.

Edmond R... no tenía prejuicios respecto a su ciudad natal: con tal de que admiraran sin reserva sus calles, sus plazas, sus monumentos, su puerto, su río y sus alrededores, no se mostraba exigente.

Jonathan, como buen compositor, deseaba estudiar la parte femenina de la población. Se acercaron, pues, al mercado próximo, donde pululaban las modistillas bordelesas, con coquetos sombreros de Madrás, que imprimen un vivo relieve a sus caritas despabiladas. Casi todas son morenas, de dientes muy blancos; su busto es deleitable, su porte provocativo y gracioso; parecen prestas a mostrarse ingeniosas, pero en ese mercado, ¡cuánto ruido, cuánto griterío, cuánta agitación!, ¡qué intercambio de audaces réplicas, qué uso de picantes metáforas!, ¡qué inventiva, qué desparpajo! ¡Se nota que por todas esas gargantas ha pasado el agua del Garona!



Burdeos tiene el aspecto de una gran ciudad con las amplias calles de los barrios recién contruidos. El teatro tiene una presencia monumental. La plaza es hermosa, y ofrece un fácil acceso al peristilo. Tal vez sea de lamentar que el célebre arquitecto Luis no dirigiera hacia el puerto la fachada del monumento.

Los dos amigos, bajo un calor de 30 grados, no podían más, y Jacques, a pesar de la excitación de Edmond, no concedía más que un mediocre interés a las bellezas de la ciudad; sólo un particular tuvo el privilegio de desfruncirle el ceño. Fue el ver a los asnos del lugar, ¡vestidos con pantalones de lienzo o de algodón, avanzando gravemente por las calles con ese extraño atavío!

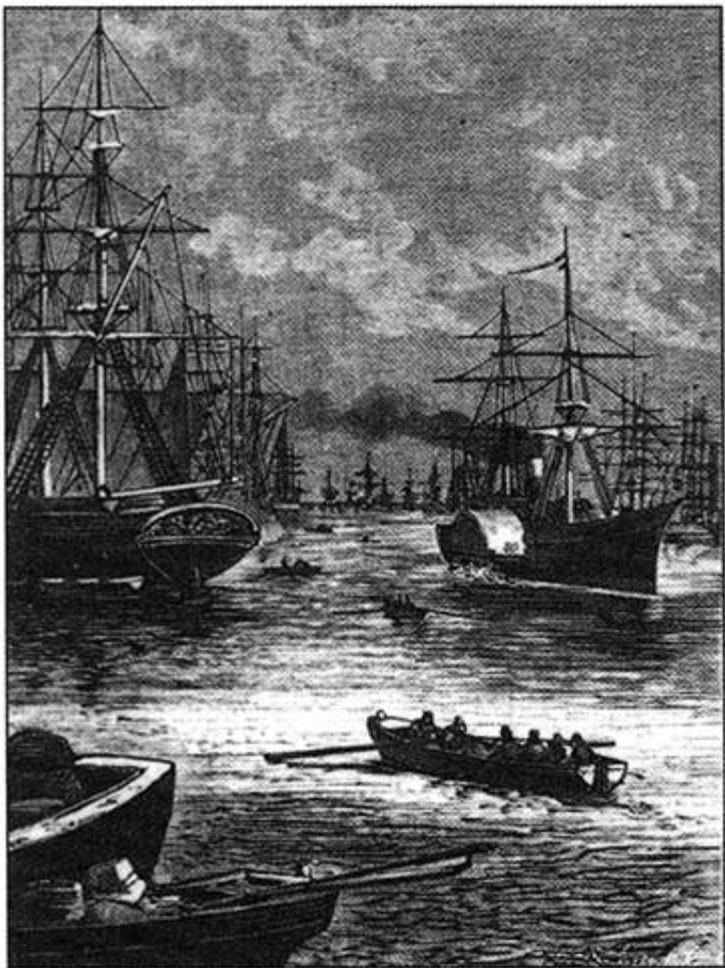
—Sólo les falta una levita negra —observó— para que parezcan

científicos.

—¡Será sin duda para protegerles de las picaduras de las moscas!

—repuso Jonathan.

—¡Pláceme! ¡Claro está que no es para presentarse en sociedad!



Los parisinos, después de estrechar la mano de Edmond R..., subieron a la habitación que les habían preparado en el hotel. Desde su ventana las vistas eran magníficas. A la derecha, el hermoso puente de Burdeos atravesaba el Garona; algo más arriba, el puente de hierro que unirá la estación de Orléans a la del Midi se extendía

ya entre los andamios; delante del puerto, en la otra orilla, el barrio de la Bastide ofrecía a la vista la línea pintoresca de sus casas y de sus villas campestres. Cientos de barcas ornadas de toldillas y de pabellones comunicaban sin interrupción las dos orillas del río. A la izquierda se arqueaba el recodo que forma el Garona a lo largo de Bacalan, y las elevaciones de Lormont se erguían en el horizonte. Un gran número de navíos de múltiples formas y de gran belleza, buques mercantes, clípers americanos, vapores ingleses, se hermanaban en medio del río; sólo estaban mantenidos por un único ancla, y con cada marea borneaban por sí solos y viraban lentamente bajo la acción de la corriente.



IX Visita a la bahía de Arcachon

Al día siguiente, por la mañana, Jacques y Jonathan corrieron al muelle; interrogaron al complaciente aduanero. ¡Ninguna novedad! Hubo, pues, que buscarle ocupación a esa jornada. Edmond R... propuso un paseo por el Garona, que fue aceptado. Se embarcaron delante del hotel de Nantes, al pie de una gigantesca máquina de arbolar.

La barca se dirigió hacia el puente de Burdeos. Edmond R..., con su inagotable elocuencia, hizo de cicerone, con gran satisfacción de sus invitados.

—¿Green —les preguntó— que este puente es simplemente un puente?

—Sin duda.

—Pues, amigos míos, es también un cuartel.

—¡Un cuartel!

—¡Y un gran cuartel! Seis mil hombres pueden alojarse bajo su tablero.

—¡Vamos! ¡Seis mil hombres! —exclamó Jacques.

—¡Seis mil hombres, por lo menos! —reiteró Edmond.

—No muestres duda al respecto, Jacques —repuso Jonathan—, si no, te diré veinte mil.

—¡De acuerdo con los seis mil gascones!

Tras admirar la audacia de los arcos, los paseantes descendieron hacia Bacalan, y regresaron siguiendo la larga línea de los muelles, hasta la Bolsa, monumento bastante poco presentable; Edmond les dirigió hacia la catedral, iglesia no citada, con toda justicia, en los anales de la arqueología. Se encaminaron luego a la torre Saint-Michel, cuyas momias pasan por ser harto curiosas. Entre otras, les enseñaron la de un estibador del puerto, héroe legendario que un buen día levantó en hombros un fardo, ¡que pesaba más de tres mil libras!

—¡Oh, oh! ¡Tres mil libras! —dijo Jacques, que seguía incrédulo—. ¿Pues cuánto pesan los kilos en Gascuña?

—No lo dudéis —repuso Edmond—. ¡Tres mil libras, y hasta cuatro mil!

—¡Bueno!

—No lo excites —dijo Jonathan—, si no, van a ser cinco mil libras.

Edmond se encogió de hombros; como buen meridional, encontraba esas hazañas perfectamente naturales.

La jornada se terminó en el teatro, donde los tres amigos asistieron a una representación provinciana de la ejecución de los *Hugonotes*.



El domingo, que Jonathan vio llegar el 8 de agosto para su pesar, transcurrió sin que los viajeros oyesen hablar de su quimérico

navío. Edmond R..., preocupado por divertir a unas personas tan desconcertadas, decidió llevarles a tomar unos baños de mar a Arcachon. Jonathan se resistió: le parecía una insensatez proseguir ese famoso viaje a Escocia alejándose todavía más hacia el sur; pero hubo de rendirse a los deseos de la mayoría; el lunes por la mañana, los tres tomaron el tren de Midi, llegando unas horas más tarde a su nuevo destino.

La bahía de Arcachon merece ser visitada; tiene una gran extensión; unas altas dunas de arena, plantadas de pinos siempre verdes, extienden sus agradables líneas por sus orillas; las saludables emanaciones de la resina impregnan la atmósfera de una esencia vivificante. Esta comarca, antaño hartó salvaje, está civilizándose, y el señor Coste, con sus criaderos artificiales de ostras, trabaja en pro del crecimiento de la población.

Del 9 al 12 de agosto, los turistas recorrieron los alrededores montando los pequeños caballos del lugar, o convirtieron su jornada en un baño perpetuo en esas tibias aguas que de noche se volvían fosforescentes; también fueron a almorzar al faro que se eleva a la entrada de la bahía, en el golfo de Gascuña. Fue el punto más meridional que Jacques y Jonathan alcanzaron definitivamente.

El jueves, un despacho telegráfico informó de la llegada del *Hamburg*; iba dirigido a Edmond R... por uno de sus empleados.

—¡Partamos! —dijo Jacques— ¡Partamos!

—Pero...

—¡No hay peros! ¡No deseo ver al *Hamburg* escabullirse durante mi ausencia!

—Pero Jacques, ¡déjale al menos tiempo de desembarcar y de embarcar sus mercancías! ¡Se necesitan por lo menos tres o cuatro días!

—¡Quiá! ¡Con los estibadores de Burdeos, y con grúas de vapor! ¡Quedaos si os apetece, yo me voy!

Y como siempre, Jonathan cedió a los deseos de su amigo, y partió, llevando también a Edmond, que persistía en no creer en la existencia del *Hamburg*.

El viernes 13 de agosto, la expedición reemprendía el viaje en ferrocarril, y al mediodía, Jacques se precipitaba al puerto; buscaba al famoso navío, ¡y no vio nada! Interrogó a su fiel aduanero, y éste le confirmó la llegada del *Hamburg*, pero no podía decirle en qué

muelle estaba amarrado. Jacques tuvo que regresar con sus amigos, que le esperaban para almorzar en la plaza del teatro; pero, una vez asegurado su asunto, rebosaba de alegría.

El almuerzo fue tan alegre como copioso: Edmond hizo probar a sus amigos cierto *Lursalluces*, al que no se refería sino quitándose el sombrero.

—¿Sabéis —les preguntó— lo que vale este vino?

—¡No! No nos lo imaginamos.

—Pues bien, os lo voy a decir, aunque no sea correcto proclamar el precio de las cosas. Cuesta veinticinco mil francos el tonel.

—¡No es posible! —dijo Jonathan.

—¡No me digas! —dijo Jacques.

—¡Veinticinco mil francos, y aún me quedo corto!

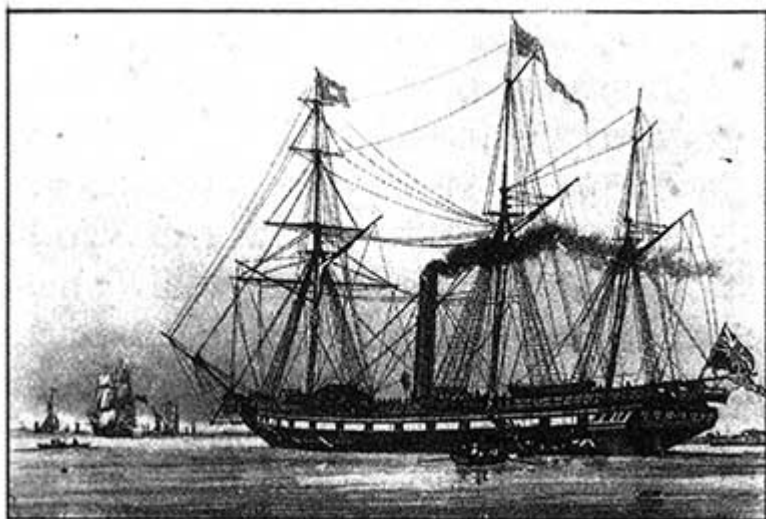
—Eso no me lo puedo creer.

—No lo excites —dijo Jonathan—, ¡o nos dirá cuarenta mil!

Al cabo de dos horas, el trío de inseparables, tras haber almorzado muy correctamente, se dirigió hacia el puerto para buscar definitivamente al *Hamburg*.

X Preparativos para zarpar

El *Hamburg* se encontraba atracado bajo las mismas ventanas del hotel de Nantes. Era un buque de hélice con una potencia de noventa caballos y de unas quinientas toneladas; llevaba la arboladura de una goleta y sus mástiles inclinados le conferían un atractivo aspecto. Los camarotes y el salón de pasajeros situados en la camareta alta del navío no acusaban la proximidad de las máquinas, confinadas en la popa, según la costumbre inglesa; un sistema de pasarelas, ingeniosamente dispuestas, permitía recorrer el *Hamburg* por completo sin poner el pie en cubierta, generalmente atestada de mercancías; en una de esas pasarelas, en el centro del navío, estaba colocada la rueda del timón; así, ningún obstáculo podía estorbar la visión del piloto y su vista abarcaba el horizonte.



Jacques advirtió esas disposiciones con una sola mirada y, seguido de sus amigos, saltó a la cubierta del buque.

Jonathan invocó sus recuerdos de la lengua inglesa, y preguntó por el capitán. El capitán apareció: era un escocés de fuertes rasgos, con una cara agradable, franca y abierta; se adivinaba en él a un valiente compañero y a un buen marino; un tono rojo y tostado realzaba su rostro de buen caledonio; daba gusto verle; acogió con grandes demostraciones a sus futuros pasajeros, y les hizo entrar en el gran salón; el *waiter*, o intendente de a bordo, dispuso sobre la mesa un enorme queso de Chéster de un pie de ancho y dos de alto; una vasta cafetera con agua hirviendo fue colocada en medio de unos grandes vasos vacíos y una alta botella de *whisky*; a pesar de su reciente almuerzo, los invitados del capitán Speedy hubieron de hacer honor al terrible queso, y al no menos terrible *whisky*. Bajo el influjo de ese aguardiente de grano, perfectamente incoloro, y cuyos principios excitantes eran estimulados aún más por la adición de agua caliente, Jacques se sintió espantosamente mal, pero su alegría no resultó mermada. El capitán conocía bien la hospitalidad escocesa, y las libaciones se sucedieron sin interrupción. Jonathan conversaba con el digno anfitrión; éste hablaba de Escocia, de Edimburgo, de Dundee, y las palabras *little girl*, *pretty girl*, brotaban a menudo de sus labios, entreabiertos por una enorme y jubilosa sonrisa. Naturalmente, Jacques no entendía una palabra, pero el capitán Speedy le parecía excesivamente espiritual.

Jonathan se informó de la salida del barco, y obtuvo la garantía de que en unos tres o cuatro días todo estaría ultimado.

Mientras tanto, Edmond R..., achispado por el chéster y por el *whisky*, tuvo una idea formidable: invitó al capitán a cenar esa misma noche; el buen hombre aceptó sin vacilar, y a la hora convenida, los invitados se encontraron reunidos ante una mesa suntuosamente servida. Cómo lograron Jacques, Edmond y Jonathan, no sólo soportar la visión de los manjares exhibidos ante sus ojos, sino además hacerlos desaparecer, es un enigma cuya solución encomendamos a las futuras generaciones. Cabe decir que el escocés les ayudó concienzudamente; ¡qué buen diente!, ¡qué juego de mandíbulas! El tono de la conversación fue bastante elevado; con sus aires amables y graciosos, Edmond prodigaba unas espantosas necedades. El capitán no entendía nada y soltaba unas

risas como para partir un plato. ¡El bordelés había tenido la pretensión de emborrachar al escocés!, ¡qué locura! En vano fueron prodigados los caldos de Burdeos, de Borgoña, de Champaña, en vano el fino coñac y las producciones de la comarca del kirch: Speedy lo trasegó todo sin inmutarse: ¡el Garona fue desbordado por el Clyde! A las doce se concluyó esa orgía; los dos parisinos, colgados de los robustos brazos del capitán, regresaron al hotel, y en el camino Jacques no cesó de hablar en un inglés que no sabía, mientras que el otro le contestaba en un francés que jamás había conocido.

El siguiente fue un día de descanso: todos permanecieron en la cama; el domingo, los ecos de Lormont fueron bruscamente despertados por el cañón del 15 de agosto, que celebraba la fiesta nacional; unos magníficos fuegos artificiales iban a concluir la jornada, pero como buenos fuegos bordeleses, se apresuraron a estallar por su cuenta, unos días antes, por lo que los festejos públicos se limitaron a cuarenta y dos salvas de cañón disparadas por la infantería de línea.

Mientras tanto, discurrían las horas, y las faenas proseguían lentamente a bordo del *Hamburg*; no se advertía el menor cambio en la línea de flotación; el buque, totalmente descargado, se elevaba deplorablemente sobre el nivel del agua. El lunes y el martes pasaron, y sólo el miércoles llegaron a bordo las sacas de trigo que debían componer el cargamento; se abrieron las escotillas, y empezó a llenarse la bodega. Jacques se había hecho amigo de un jefe de estibadores intérprete que dirigía la llegada de las mercancías; le obligaba a hacer mil preguntas al capitán, todas referidas al supuesto día de la partida. El escocés la fijó por fin para el viernes; era cuestión de instalarse, pues, inmediatamente a bordo. Pero Jonathan no quiso consentirlo; dudaba todavía, y tenía razón en dudar; por otra parte, empezaba seriamente a aburrirse: se declaraba a punto de abandonar ese absurdo viaje a Escocia que se realizaba en dirección opuesta, y hablaba de dar una vuelta por los Pirineos. Surgió una violenta discusión al respecto, exasperada aún más por los sarcasmos de Edmond, cuyas burlas sobre la vieja Caledonia y el *Hamburg* eran incesantes, y ya se sabe de qué puede ser capaz la imaginación bordelesa. Sin embargo, tanto bregó Jacques que el proyecto inicial fue mantenido; aunque no pudo

negarse a acompañar a sus amigos a una excursión al puente de Cubzac, que tuvo lugar el jueves, con un tiempo espléndido; pero poco faltó para que se echara a perder, ya que los excursionistas estuvieron a punto de hundirse en el limo del Dordoña; al contrario de Empédocles, alcanzaron la orilla tras sacrificar sus sandalias, ¡más felices y menos célebres que el filósofo de Agrigento!

Llegó el viernes sin que el cargamento estuviese aún ultimado; el capitán fijó sin remisión la partida a la mañana del domingo; el músico creyó volverse loco; Jacques apretó los dientes con ira, Edmond llevó a cabo una insensata pantomima. Durante los dos días siguientes, Jacques no pudo sosegar, y la noche del sábado, le exigió a su compañero que fuesen a dormir a bordo, aunque el barco no debía levar anclas hasta las diez de la mañana; por orden suya, los baúles fueron transportados a cubierta por el mozo del hotel, y Edmond prometió acercarse al despuntar el día para dar el último apretón de manos a sus amigos.

XI ¡Por fin, rumbo a Escocia!

El gran salón del *Hamburg*, acondicionado con todo el confort inglés, ofrecía todos los recursos posibles; rodeado de vastos divanes, sus puertas estaban decoradas por elegantes cortinas; una consola, apoyada al entrepaño del fondo, estaba repleta de libros, y dos esferas, de reloj y de barómetro, indicaban simultáneamente la hora presente y el tiempo venidero.

Dos puertas se abrían a ambos lados de la biblioteca, y daban acceso a los camarotes; cada camarote se componía de cuatro literas superpuestas de dos en dos, orientadas según el eje del navío; la pared opuesta, donde se abrían pequeñas ventanas, permitía que la vista se explayase sobre el mar; un amplio canapé se extendía debajo, y en la esquina izquierda un lavabo proporcionaba agua abundante por medio de unos grifos que ostentaban las palabras: *up, shut*.



Los nuevos pasajeros eligieron por cama las dos literas inferiores, provistas de colchones, de sábanas de lienzo demasiado cortas y de almohadas demasiado estrechas, a la usanza inglesa; se deslizaron en ellas entre risas, y Jacques se durmió con el tomo III de las *Memorias* de Saint-Simon.

Al día siguiente, entre el rugido de las calderas, el *Hamburg* ejecutó un primer movimiento en el puerto de Burdeos, bajo las órdenes de un piloto desagradable y gruñón. Ese hombre no sabía ni una palabra de inglés, lo que hacía penosa su relación con el capitán Speedy.

El barco descendió el Garona, pero no fue todavía una partida

definitiva; se detuvo en Bacalan, donde debía completar su cargamento. Las escotillas de la bodega, repleta de trigo, estaban cerradas y recubiertas de lonas impermeables; faltaba disponer en la cubierta una gran cantidad de materiales de apuntalamiento destinados a las minas que trajeron dos chalanas acostando junto al barco.

Fue en ese momento cuando Edmond se unió a sus amigos. El capitán esperaba aprovechar la marea de la tarde activando su estiba; pero era una faena bastante larga, ya que ese montón de madera debía colocarse de manera que dejase algo de sitio, y sujetarse con cadenas por las sacudidas del balanceo.

Viendo que aún tenían unas horas libres, Edmond propuso ir a almorzar a Lormont, a una legua al sur de Bacalan; invitó incluso al capitán; pero éste prefirió permanecer a bordo para acelerar las últimas disposiciones. El bote del *Hamburg* transportó a los invitados hasta la orilla derecha, no sin que antes hubiesen prometido formalmente que estarían de vuelta antes de la marea.

Jacques no tenía el menor deseo de fallar, por lo que se mostró harto desagradable durante la comida, que tuvo lugar en un florido cenador a la orilla del Garona; a las dos, los tres amigos saltaron a una barca y remontaron a vela la corriente del río; tras una tremenda discusión entre Jacques y Edmond sobre si la vela debía cambiarse a babor o a estribor, discusión que estuvo a punto de marear al pobre Jonathan, acostaron el *Hamburg*: pero —¡oh, desdicha!— los fuegos estaban apagados; el cargamento no podría terminarse antes de la noche, y una vez más, había que aplazar la salida hasta la mañana siguiente.

Aquello ya no era de sentido común, y si el equipaje de Jonathan no hubiese estado a bordo, éste habría abandonado el navío al instante. Jacques juró que ya no se alejaría de la cubierta del *Hamburg*. Sin embargo, Edmond logró llevárselos bastante lejos para cenar, y los retuvo hasta las nueve de la noche. Entonces intercambiaron emotivos adioses, entre mutuos apretones de manos. Edmond, riéndose, expresó su esperanza de volver a ver a sus amigos antes de ese imposible viaje, y se separaron.

La noche era muy oscura: Jacques y Jonathan bajaron hasta el muelle frente a los Quinconces; en lugar de seguirlo hasta Bacalan, donde temían no encontrar un medio para llegar a bordo, cogieron

una barca en ese mismo lugar; no sin dificultad pudieron decidir al barquero que los condujese, pues había que atacar la marea montante; pero al final, seducido por el alto precio de 3,50 francos, y ayudado por su hijo, un niño de doce años, decidió intentar la aventura; tomó los remos y se dirigió en línea recta hacia la Bastide, para aprovechar los remolinos y descender más fácilmente el río; la travesía fue laboriosa; la corriente era tan rápida que la barca apenas avanzaba; al cabo de una hora no había recorrido todavía ni la mitad del camino; Jacques se despojó de su chaqueta, cogió el remo del niño, y bogó vigorosamente.

No tardó otra dificultad en añadirse a la fatiga; había que encontrar al *Hamburg*; ¿cómo reconocerlo en esa noche oscura, entre tan numerosas embarcaciones? Ciertamente que Jacques había fijado su posición en su memoria; pero no había contado con la oscuridad. Durante una hora, la barca erró al azar, ¡y el barquero exhausto hablaba de volverse sin más!



—¡Sólo nos faltaba esto! —dijo Jonathan, profundamente desanimado—; ¡ya veréis que no encontraremos al *Hamburg*, y que se irá sin nosotros!

Jacques se sobresaltó.

—¡Y para esta bonita gira, habremos pasado diecisiete días en

Burdeos!

Jacques no contestó; abría desmesuradamente los ojos y rechinaba los dientes. En ese momento el barco bogaba entre la orilla y una goleta amarrada a unos metros. Jonathan, que se había levantado del banco, se golpeó súbitamente el cuello contra el cable tendido entre el navío y la tierra, y cayó patas arriba con un grito.

—Te está bien empleado —dijo Jacques, que se estaba poniendo feroz.

Pero en ese momento, creyó reconocer un leve resplandor producido en la proa de un navío por un tajamar dorado; la masa oscura que se erguía ante sus ojos le recordaba las formas estilizadas del *Hamburg*; hizo poner rumbo hacia él, y pronto se cercioró de que no se equivocaba. Por fin, tras dos horas de búsqueda, seguido de su fiel compañero, subía a bordo y se acostaba con ese viejo resto de esperanza que nunca le había abandonado.

Al día siguiente, con la marea baja, el *Hamburg* navegaba rápidamente hacia la desembocadura del Gironde.

Jacques contemplaba con altivez las orillas del río; saludaba con desdén el pico de Ambés, Pauillac y Blaye. Y el propio Jonathan sonreía al aspirar la vivificante atmósfera matutina.

—¡En ruta hacia Escocia! —exclamó el uno.

—¡En ruta! —respondió el otro.

No sucedió nada en particular a bordo. Únicamente, el compositor tuvo que hacer de intérprete entre el capitán y el piloto para ajustar los movimientos del *Hamburg* en el puerto de Burdeos; no lo logró sin dificultad, y sudaba la gota gorda para regurgitar ese inglés poco familiar.

En la desembocadura del río, una chalupa se acercó al barco; el piloto cascarrabias había terminado su servicio en el río y cedía su puesto a un compañero encargado de dirigir el barco hacia el mar; se alejó en el bote de la chalupa, y ésta, amarrada a la popa, fue remolcada por el *Hamburg*. Hubo un tiempo de espera más mientras se cumplían los trámites con un barco vigía del Estado, y el navío, dejando atrás la torre de Cordouan, surcó con su estrave las olas del océano.



XII Una noche en alta mar

El capitán Speedy todavía no era responsable a bordo. Al igual que su antecesor, el segundo piloto no sabía una palabra de inglés; puede parecer increíble y ridículo, pues el puerto de Burdeos es frecuentado por un gran número de navíos ingleses; pero así es.

Por lo demás, desde el mismo momento en que ese hombre pisó la cubierta del *Hamburg*, no pensó más que en irse cuanto antes; se acercaba la noche, y no le apetecía volver a tierra con la oscuridad. El barco navegaba rápidamente entre las boyas rojas que señalan la entrada del Gironde; después de dejar atrás la última, el piloto debía devolver al capitán la dirección del navío, y regresar a su chalupa; así pues, enfocando el catalejo, no tardó en procurar darle a entender que esa última boya estaba a la vista. El capitán dirigió el instrumento hacia el lugar indicado.

—¡No! —dijo.

—¿Cómo, no? —replicó el piloto, indicando un punto invisible del horizonte. ¿Cómo que no? ¿Es que no me entiende?

El capitán recorría la cubierta sin escucharle ya.

—Señor —le dijo el piloto a Jonathan—, tenga la bondad de explicarle que ya no tengo nada que hacer aquí; ¡ahí está la última boya, perfectamente visible a unos cuantos cables a sotavento!

—¡Pero yo no la veo! —contestó Jonathan.

—Ni yo —dijo Jacques, que había trepado a los primeros flechastes del obenque del trinquete—. ¡No veo absolutamente nada!

—Eso es extraño —dijo el piloto.

El hecho es que no se veía la menor boya; sólo el piloto la designaba con un desenfado muy meridional; varias veces volvió a la carga del capitán, que se negó a rendirse a una evidencia tan discutible; juraba entre dientes, tratándolo de perro, de John Bull y

de topo escocés, pero nada pudo conseguir. Finalmente, al cabo de una hora de discusiones, la famosa boya apareció por fin; el piloto saldó cuentas con el capitán, saltó a su chalupa, cuyo arrastre fue abandonado, y el navío quedó al mando exclusivo del capitán Speedy, que puso rumbo a alta mar para doblar la costa de Bretaña.

El mar estaba magnífico; el *Hamburg* navegaba rápidamente, sin sacudidas, y casi sin cabeceo; su trinquete, su cangreja, su gavia y sus foques desplegados al viento lo afirmaban sobre las olas; Jonathan se sentía bastante cómodo, y Jacques tan feliz como puede uno serlo en este mundo. Hacia las diez, ambos regresaron a su camarote y se durmieron en sus cajones de cómoda; durante la noche, Jacques se levantó dos veces y dejó el lecho para contemplar el magnífico espectáculo de una noche en alta mar; ávido de esas emociones, las experimentaba intensamente. Por turnos, el capitán y el segundo de a bordo, un vigoroso mozo de Liverpool, hacían la guardia, y la cubierta resonaba bajo sus pasos apresurados; de vez en cuando se acercaban al hombre del timón, consultaban la brújula iluminada por una bombilla interior, y comprobaban el rumbo exacto del navío; luego, con las manos en los bolsillos y la pipa en los labios, reemprendían su deambular sin preocuparse de los silbidos del viento, ni de las oleadas de espuma que les azotaban el rostro; algunos marineros agrupados en la sombra, a proa y a popa, permanecían inmóviles, acodados en la borda, o tendidos sobre cables enrollados, y se percibía un vago silencio que reinaba entre los gemidos de la maquina y el aleteo de las velas.

El amanecer fue espléndido, y las descripciones de Chateaubriand resurgieron en la memoria de Jacques.

—Ahora —dijo— hemos de saludar al capitán.

—Lo haré por los dos —contestó Jonathan.

—¡Es inútil! ¡Habla por ti! Yo he memorizado algunas palabras usuales, y sé lo suficiente para arreglármelas por mí mismo.

—Como desees —dijo Jonathan—, y se fue a entablar conversación con el segundo de a bordo; se enteró de que el buque se encontraba frente a la costa de Bretaña, a la altura de Belle-Ile.

Jacques se acercó a su vez al capitán.

—*Good mourning* —dijo estrechándole la mano con un brío muy marítimo; ¡*good mourning*, capitán!

Este alzó la cabeza, y contestó con unas palabras que Jonathan

tradijo por «Estoy bien, ¿y usted?». Encantado del éxito obtenido, se acercó al segundo y repitió su pequeña ceremonia:

—*¡Good mourning, master!*

El segundo aguzó el oído, y lo miró de forma singular.

—¡Eh! —dijo Jacques—. ¡Cómo me desenvuelvo! ¡Tengo realmente una gran aptitud para la lengua inglesa! Pero ahora hemos de reconfortarnos.

Este era el programa de comidas que el capitán ofrecía a sus pasajeros, por el precio de cinco *shillings* por día y por persona: primero, por la mañana, a las ocho, el té con tostadas y mantequilla; a las diez, un almuerzo con carne; a las tres, la comida, consistente en sopa, carne y pasteles, y por fin, a las siete, por la tarde, un té con queso de chéster.

Los parisinos se contentaron perfectamente con esa dieta; la carne parecía excelente, y asada como sólo lo saben hacer en Inglaterra; el vacuno y el cerdo componían su mayor parte; el jamón directamente procedente de York reanimaba el estómago con sus sabrosas lonchas; las legumbres, hervidas sin sal, se servían al natural; reemplazaban ventajosamente al pan, que no tenía comparación con las patatas irlandesas.

La bebida la constituía exclusivamente agua clara; los ingleses apenas beben durante las comidas; los americanos, más civilizados, no beben nada. En cualquier caso, el capitán Speedy y el segundo eran de una sorprendente sobriedad a bordo; aunque no despreciaron compartir con sus pasajeros unas buenas botellas de Burdeos debidas a la amistad de Edmond R... En el almuerzo se veía aparecer regularmente una inmensa sopera, llena de una apetitosa sopa donde la cebada, apenas abierta, se combinaba con enormes trozos de carne y amplias raciones de legumbres; la inevitable tarta contenía untuosas ciruelas en su seno húmedo y dorado; a los postres, el imponente queso de chéster hacía gemir la mesa bajo su peso; su color primitivo se oscurecía con el paso del tiempo, y su perfume se volvía más intenso.

Dichos manjares eran convenientemente servidos por el *waiter*, en grandes fuentes de porcelana, cubiertas de altas campanas de metal inglés decoradas con el escudo del *Hamburg* de Dundee; la conversación no languidecía, y siempre se animaba durante la absorción de la ginebra y el *whisky*.

Jacques, que se obstinaba en hablar inglés, cometía más de un equívoco, haciendo llorar de risa al buen capitán y a su segundo; Jonathan le hacía entender como mejor podía la causa de esa hilaridad. Cuando por suerte daba con la palabra exacta para expresar su idea, la pronunciaba lo suficientemente mal como para suscitar extraños malentendidos, es así como durante la cena, para pedir el pan, le dijo al capitán:

—*Give me some bread* (pronunciando *braid*).

Speedy se echó a reír.

—¿Sabes lo que acabas de pedir? —le preguntó Jonathan.

—Por supuesto, ¡he pedido pan!

—En absoluto; ¡has pedido un poco de novia!

—Pero bueno, *bread* sí significa...

—¡Sí!, cuando se pronuncia *bred*.

—Ahí está la dificultad —exclamó Jacques—. En el fondo, ¡todas las lenguas se parecen! ¡Sólo difiere la pronunciación!

XIII De cómo Jacques Lavaret experimenta algunas dificultades de pronunciación

Durante el día, el capitán hizo disponer unos cojines en la cubierta de la camareta, y sus dos invitados, fumando y conversando, se dedicaron al dulce *farniente*; se entretenían siguiendo las grandes sombras de las nubes sobre las aguas, o señalaban en el mapa de a bordo la ruta del navío; el martes por la noche, éste se encontraba frente a las islas de Ouessant, cuando topó con un numeroso tropel de lobos marinos; estos animales, muy graciosos dentro de su elemento, no son sin embargo más que simples cochinos de mar; nadaban con una velocidad maravillosa, adelantando al *Hamburg*, rodeándolo, salpicándolo incluso con sus colas vigorosas; el curioso espectáculo duró más de una hora; entonces cayó la noche, el viento refrescó sensiblemente, y el capitán ordenó tomar rizos en la gavia; el mar estaba bravo, encrespado, y ondeaba en pequeñas olas cortas sumamente duras; la gran corriente del Canal de la Mancha se dejaba sentir. Jonathan soportaba esos movimientos cabeceantes con el aguerrido ánimo de un lobo de mar.

Durante la noche, la mar se volvió realmente gruesa; el barco crujía bajo el embate del viento y las olas. Jonathan llevaba mucho rato dormido, cuando a eso de las dos Jacques lo despertó para hacerle subir a cubierta.

—¡Viajamos —le dijo— para ver efectos! Ven a ver un efecto. Y le forzó a seguirle.

El cielo estaba cubierto de nubarrones negros; la oscuridad apenas permitía distinguir la proa o la popa del barco; la punta de los mástiles se perdía en la niebla, y las velas desplegadas aleteaban sobre las vergas; la luz del habitáculo, invisible para cualquier otro que no fuese el hombre del timón, iluminaba directamente la

incrustación de cobre de la rueda; ese círculo resplandeciente en la profunda oscuridad producía un efecto fantástico; el navío parecía guiado por una mano sobrenatural, bajo la acción de esa rueda luminosa cuyos radios y cuya llanta parecían de fuego.

—¿No es magnífico? —preguntó Jacques.

—Magnífico —respondió simplemente Jonathan, volviendo a su lecho.

Por la mañana, le despertaron numerosas pisadas; estaban baldeando a fondo la cubierta; unas bombas especialmente accionadas por la misma máquina arrojaban chorros en todas direcciones, y la violencia de su caudal pronto acabó con las impurezas de a bordo.

El *Hamburg* estaba admirablemente equipado a ese respecto; poseía una máquina suplementaria que accionaba una grúa giratoria fijada en la tilla. La carga y descarga del navío se efectuaban mediante vapor y con una rapidez y una precisión muy inglesas.

Cuando el capitán subió a cubierta, Jacques volvió a saludarle con un *good mourning* que le hizo sobresaltarse.

—Qué cosa tan particular —se dijo—, parece no agradarle que le den los buenos días. ¡A veces los ingleses tienen extrañas manías! En fin...



La vista de la costa británica le arrancó de esas consideraciones; el
Lands'End

se elevaba frente a la proa del navío, con sus elevadas rocas de aspecto salvaje, y el *Hamburg* pasaba rozándolas tan cerca que se podía advertir hasta la menor anfractuosidad. Aquel era el límite extremo de la antigua Cornualles, con su suelo árido y duro, con sus espesas brumas, y cuyos parajes son visitados por frecuentes tempestades. Un faro construido con gran rusticidad se elevaba en un islote aislado; el mar, más calmo, venía tranquilamente a morir a sus pies; el cielo se impregnaba de ese tinte gris que viste la húmeda Inglaterra de una atmósfera de nieblas. Pronto las islas Sorlingues quedaron a sotavento, y el barco puso rumbo al norte buscando la entrada del Canal Saint-Georges.

Después del lavado del puente y de los trabajos matutinos, la tripulación ya no tenía mucho que hacer; pero la limpieza que parecía preocuparles tanto en lo que respectaba a su barco, no se la aplicaban a sí mismos, y todas las bombas del mundo no hubiesen bastado para desincrustarles la mugre; jamás raza más sucia, maculada y embreada pisó las tablas de un navío mercante; por lo demás, esas gentes poco ruidosas desaparecían la mayor parte del día en sus puestos de popa, interesándose poco por los dos franceses de a bordo; a las horas de las comidas, provistos de teteras de múltiples formas, pero invariablemente sucias y abolladas, iban a buscar el agua hirviendo destinada a hacerse su té, esa bebida indispensable para los ingleses de todos los rangos; ayudaba a acelerar la digestión del trozo de pan seco restregado con una cebolla cruda que era la base de su alimentación; por otra parte, la comida corría de su cuenta, y sólo a su propia economía hay que imputar la parquedad y la escasez de tales alimentos.

Al atardecer, la entrada del Canal de Bristol desapareció hacia la izquierda, y los viajeros volvieron a perder la tierra de vista; se habían aclimatado perfectamente a la vida de a bordo y cada día avivaba su apego por esa nueva existencia. Jonathan conversaba a menudo con el segundo y con el capitán, para entrenarse en el idioma; cierto es que experimentaba verdaderas dificultades para entender unas respuestas entremezcladas de dialecto. El escocés se compone de tres dialectos distintos: el inglés, el anglosajón y el erso o gaélico, que no es sino el idioma bajo-bretón. Era una tarea fatigosa y prometedora de sobradas jaquecas.

La noche del miércoles al jueves no se destacó por ningún

incidente; una vez doblado el Cabo del País de Gales, a la altura del condado de Pembroke, el *Hamburg* navegó en las aguas opacas y densas del Canal de Saint-Georges.

—*Good mourning*, capitán, —dijo Jacques alargándole la mano al escocés.

—*Good mourning* —contestó éste con tono ofendido— *you are, sir, truly tedious!*

—¿Qué tiene conmigo? —replicó Jacques, desconcertado, volviéndose hacia Jonathan que reía a carcajada limpia—. ¡Pero bueno! ¿Qué les sucederá? Uno se encoge de hombros cuando le doy los buenos días, y el otro se carcajea.

—Mi buen Jacques, ¿qué diantre le has dicho al capitán para que te conteste: «Es usted sumamente desagradable»?

—Lo que le digo cada mañana: *good mourning*.

—*Morning*, y no *mourning* —exclamó Jonathan—. *Good mourning* significa: buen velorio; es como si le dijeras a este buen hombre: ¿cuándo tendremos el gusto de asistir a su entierro?

—¡No puede ser!

—¡Sí, de veras!

—¡Entonces ya me explico todo! *Good morning, captain*.

XIV Jacques y Jonathan desembarcan en Liverpool

Hacia las cinco de la mañana del jueves, habían franqueado el Canal de Saint-Georges a la altura de la isla de Anglesey; doblaron el cabo hacia el oeste y el buque singló hacia Liverpool; el capitán esperaba llegar esa tarde.

A las seis, el *Hamburg* fue acostado por un yate bonito como una nave de recreo; era simplemente una chalupa aparejada como un balandro, que pertenecía a la compañía de los pilotos de Liverpool; echaron un bote, y el piloto subió a bordo.

Jacques y Jonathan se quedaron estupefactos: un señor recién afeitado, elegantemente enguantado, vestido con traje negro, luciendo un sombrero de seda y una corbata blanca, y un abrigo colgado del brazo con la mayor naturalidad, ¡ese era el piloto de Liverpool! ¡Su atavío de un gusto refinado rivalizaba con el rigor del más escrupuloso de los *dandys*! Y todo ello en alta mar, antes del amanecer. El hombre parecía joven y su rostro proporcionado respiraba la tranquilidad y la salud británicas. Tomó el mando del buque, se dirigió adonde estaba la brújula, indicó el rumbo a seguir, y se puso a disposición del capitán, que unas horas más tarde, le rogó que se quedara a almorzar.

—Ahí tenemos un bonito anticipo de las costumbres inglesas, amigo Jonathan.

—Es un señor mucho más distinguido que nosotros: parece un miembro del Parlamento.

—¡Especialmente si se embriaga a los postres!

Pero el piloto mantuvo una sobriedad perfecta, mientras apuraban las últimas botellas de Burdeos.

Al subir a cubierta, Jacques advirtió un gran vapor de álabe cruzándose rápidamente con ellos; sus tambores ostentaban, en

cobre dorado, las tres jambas del escudo de Sicilia.

El barco, capaz de una velocidad superior, hacía el servicio entre Liverpool y la isla de Man; el mar estaba en ese momento cubierto de un gran número de remolcadores contruidos todos sobre el mismo modelo, con un mástil de pabellón en la proa y una alta chimenea; vigilaban la llegada de los barcos que comercian entre Liverpool y el mundo entero.

Un aviso de la marina real se dedicaba a sondear los pasos que surcan la entrada del Mersey; este ancho y profundo río forma el puerto de Liverpool; se presenta majestuosamente; a la izquierda se alinean inmensas construcciones con la regularidad inglesa, y numerosos fuegos iluminan esa parte de la costa; hacia la derecha se extiende el cabo de Birkenhead con su fortaleza, cuyos cañones podrían barrer la ensenada completa; el puerto de Liverpool se extiende entre la orilla y el cabo, en la desembocadura del Mersey en el mar de Irlanda, y se adentra unas siete u ocho millas río arriba.

El *Hamburg* costeaba ya los muros de granito de las dársenas, en los que se leían en grandes letras negras los nombres de esos inmensos depósitos que no tienen rival en el mundo; al llegar ante la Torre Victoria, que defiende la entrada principal, el barco echó el ancla en medio del Mersey; la marea no le permitía penetrar en las dársenas.

Jacques y Jonathan no tenían ojos suficientes para abarcar los mil detalles de ese espectáculo; eran entonces las dos de la tarde; como no podían desembarcar antes de la visita de la aduana, decidieron, para no perder tiempo, comer a bordo; bajaron al salón y tomaron esa última comida en compañía del capitán Speedy, del segundo y del encargado de la aduana, un hombre muy amable, del que ningún signo externo indicaba el cargo; prometió a los dos viajeros despacharles rápidamente, sin ahondar demasiado en sus baúles; a los postres, Jacques hizo un brindis por el buen escocés y su navío; se expresaron profundos agradecimientos entre cordiales apretones de manos; un bote que esperaba ya largo rato junto a la borda recibió el equipaje y Jacques y Jonathan embarcaron en él con el corazón algo oprimido por dejar ese *Hamburg* que ya no volverían a ver.

Su barca se dirigió hacia una escalera de piedra labrada en el

muro de la dársena; la marea, muy baja en ese momento, dejaba al descubierto unos escalones limosos y resbaladizos, por lo que hubo cierta dificultad en poner el pie en tierra, y temieron por los baúles que oscilaban sobre los hombros del descargador. Una vez en el muelle, Jonathan logró hacer entender a su guía que les acercase un carruaje; atravesaron las dársenas, y en la puerta opuesta un cabriolé se ofreció a ellos; montaron, entregaron al porteador cierta cantidad de monedas cuyo valor más o menos ignoraban, y se hicieron conducir a un hotel cercano a la estación de ferrocarril de Edimburgo; su cochero se detuvo en la plaza de Saint George Hall, ante el hotel Quenn.

Hubo entonces que pagar al cochero, y se trataba de una operación difícil para personas poco instruidas sobre el precio de la carrera y el valor de las monedas; Jonathan, encargado de los caudales del viaje, se perdía entre tantas monedas de plata y de cobre, *crown*, *halfcrown*, *two-shillings*, *six-pence*, *four-pence*, *three-pence* y *penny*, cuyas cara y cruz, medio borradas, no permitían leer las inscripciones. La moneda de plata y de cobre de Inglaterra es muy inferior a la de Francia; en valor corriente, además, el *six-pence* puede considerarse como el equivalente a la moneda de cincuenta céntimos; y el *shilling*, que vale un franco y veinticinco, se gasta como una moneda de un franco; esa proporción subsiste prácticamente a todos los niveles, y el soberano de veinticinco francos se emplea como el luis en Francia.

Finalmente, tras numerosos tanteos, Jonathan le dio media corona. Era caro para una carrera de diez minutos.

Una vez instalados en su habitación del hotel Queen, los dos amigos mantuvieron el siguiente diálogo:

—¡Por fin —dijo Jacques—, estamos en Inglaterra!

—¡En Inglaterra, sí, pero no en Escocia, que es la meta de nuestro viaje!

—¡Qué diablos! Démonos un respiro.

—Respiraremos cuando podamos, ahora no tenemos un minuto que perder; hace veinticuatro días que salimos de Nantes; debemos estar de regreso en París los primeros días de septiembre; ¡juza tú mismo el tiempo que nos queda para llegar a Edimburgo, visitar un poco los lagos y montañas, volver a Londres y atravesar el estrecho! ¡Es absurdo! ¡Eso es lo que nos ha valido el retraso del *Hamburg*!

—¡No lo critiquemos, Jonathan! ¡Es un buen barco que navega bien!

—¡Cuando está en marcha, de acuerdo!, pero, sin intención de insultar, puede decirse que tarda en hacerlo. Por lo demás, no discutamos, y veamos lo que tenemos que hacer.

—Adelante.

—Procedamos por orden; debemos: primero, echar al correo las cartas que preparamos a bordo; segundo, informarnos de las horas de salida para Edimburgo; tercero, presentarnos en casa del señor Kennedy, *Esquire*[7], de parte de mi hermano; cuarto, finalmente, visitar Liverpool durante la tarde, incluso la noche, y mañana por la mañana.

—El programa es perfecto. ¡En marcha, pues!

—Pero ¿a dónde vamos?

—Lo ignoro —respondió Jacques— y en eso reside el encanto de nuestro viaje; cuanto más lejos se llega es cuando no se sabe adonde se va, decía un orador de la Convención.

—Con tal de que regresemos a tiempo, no tengo nada que objetar. ¡En marcha!

XV Grandeza y miseria de Liverpool

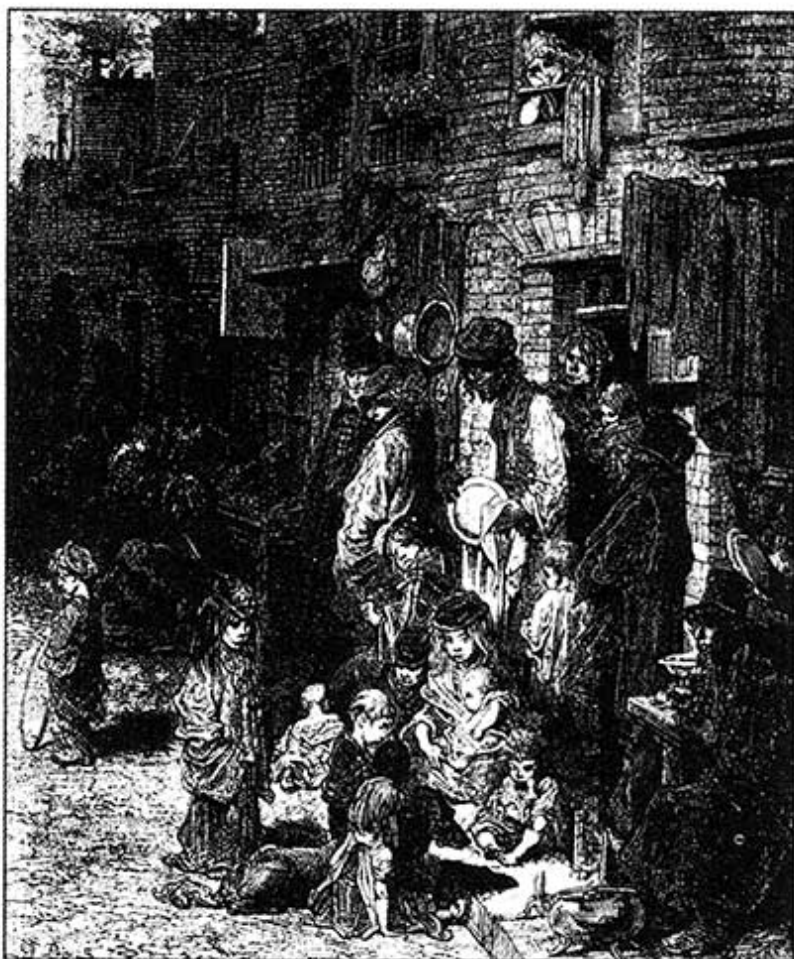
Los dos amigos se encaminaron inmediatamente al Caledonian Railway, cuya estación se encuentra en la misma plaza de Saint George Hall; la salida estaba fijada para el día siguiente a las dos de la tarde; tuvieron ciertas dificultades en obtener estas informaciones, pues los empleados de ferrocarriles son escasos en Inglaterra; en cambio, el público circula libremente en las estaciones, y se pasea a su antojo por los andenes de embarque. Jonathan tuvo, pues, que aplicar toda su inteligencia en descifrar un cartel que no brillaba por su claridad.

El franqueo de las cartas causó asimismo ciertos apuros, ya que Jonathan ignoraba precisamente la traducción de las palabras sellos de correos; finalmente, un farmacéutico se los vendió con el nombre de *stamps*

postage's

; libres ya de esa preocupación, se dirigieron a la casa del señor Joe Kennedy, en Custom House Street.

El estimable negociante les acogió con cordialidad en unas sombrías oficinas, donde era necesario encender el gas a las cuatro de la tarde; unas altas casas de ladrillo, color amarillo tirando a negro, de ventanas ennegrecidas por el humo de carbón y adornadas de pequeñas grúas móviles, intensificaban aún más las tinieblas de la calle. Mister Kennedy representaba majestuosamente al armador inglés: cabeza maciza, patillas erizadas, tez lozana, por no decir encendida; ofreció con un aire severo sus servicios a los viajeros, y los invitó a tomar esa misma noche una especie de merienda informal; éstos aceptaron encantados, deseosos de penetrar más profundamente en las costumbres inglesas; la cita fue fijada a las nueve en la taberna *Bull and Mouth*, cuya situación les fue minuciosamente indicada.



Tenían aún algunas horas libres; había que sacarles provecho; Jacques y Jonathan se dirigieron hacia el puerto, atravesando unas calles estrechas y lodosas, donde la miseria inglesa exhibía su espantoso lujo; casi todas las mujeres estaban tocadas con sombreros indescritibles, que tras haber florecido sobre los rubios cabellos de opulentas *ladies*, y de haberse marchitado en el moño de una doncella o de una vendedora, terminaban pudriéndose, esa es la palabra, en la cabeza de las criaturas más infelices del mundo: llevaban aún adheridas cintas descoloridas y flores ya sin nombre, siquiera en la botánica artificial, pegadas por esa pringosa humedad

que se compone en Inglaterra de niebla y de polvo de hulla; las pobres, vestidas de insuficientes harapos, iban descalzas por el barro negro y viscoso; en ellas se podía reconocer, con sus andares cansinos, con su porte encorvado, con su rostro estigmatizado por la miseria, a la triste población de las ciudades fabriles. En sus numerosos talleres, donde la policía no efectúa, como en Francia, suficientes investigaciones, el trabajo sobrepasa a menudo las fuerzas humanas. La mano de obra se compra a vil precio; ¡cuántas obreras, encerradas en infectas cámaras, trabajan en ellas quince horas diarias, sin vestidos, sin enaguas, y aun sin camisa, envueltas en una sábana agujereada! Se ha sabido de algunas que pasaron así años enteros sin salir, ¡sin poder salir!

En las calles donde se pudría la clase obrera, el número de niños era ilimitado. No se podía dar un paso sin toparse con una docena de esos chicuelos medio desnudos que chillaban y se revolcaban en el fango. Aunque fuese la cosa más natural del mundo, Jacques se maravillaba sin cesar de oírles hablar inglés, y a pesar de lo absurdo de su razonamiento, no podía habituarse a ello.



Por lo demás, cada quien parecía gozar de una gran libertad; los *policemen* no se inmiscuían en los asuntos de la gente, más que cuando ésta solicitaba su ayuda; parecían haber menos reyertas que en Francia, y sin duda alguna, menos ruido; la libertad de acción degeneraba incluso en libertinaje, y los oficios más extraños se ejercían a la luz del día, sin que al pudor inglés se le ocurriera sublevarse.

—Pudor de boquilla —dijo Jacques.

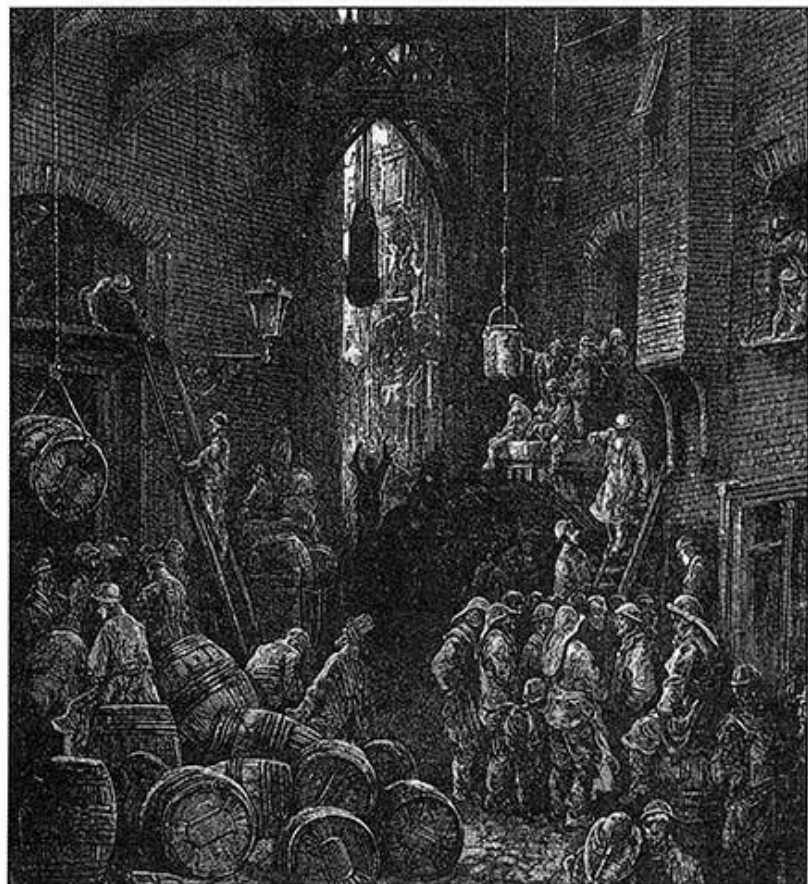
Había gran actividad en la parte de la ciudad cercana al puerto; en cada esquina se hallaban despachos de cerveza y licores; la consumición se hacía en la barra; el *ale*, el oporto, llenaban los vasos a rebosar; el primero lo encontró Jacques excelente, pero el segundo le pareció digno de ser reservado a los descargadores,

antaoño los únicos en beberlo, y que le dieron ese nombre; en cuanto a la ginebra, al *brandy*, al *whisky*, al *rum toddy*, especie de grog, al *mint julep*, jarabe de menta, al *cocktail*, picante mezcla que les sacaba las lágrimas a los bebedores, nunca quiso saber nada de ellos.



Liverpool, que hasta entonces había ofrecido el aspecto de una ciudad normal, adquiriría en el puerto la apariencia de una ciudad inmensa; sus dársenas representaban un trabajo hercúleo difícil de concebir; dobles, y a veces triples, se extienden por espacio de más de una legua; es imposible entender cómo se puede pasar de una a otra, y el mismo hilo de Ariadna no permitiría a un extranjero salir de ese laberinto líquido; los navíos están allí tan apiñados, que el agua desaparece bajo su masa; los hay, en número incalculable, de

todas las formas y de todas las naciones: clípers americanos de inmensas proporciones, en cuyas cubiertas se erigen camaretas altas capaces de contener un mundo entero; anchas galeotas holandesas, siempre nuevas y rutilantes bajo su barniz de brea, finos barcos de vapor cuyos largos y afiligranados tajamares se extienden por encima de los muelles; buques de tres palos cuyo tonelaje envidiarían las fragatas de primer orden, indicando su próxima partida en las coloreadas tablillas del espejo de popa de esos mil navíos; nombres poéticos y encantadores incrustados en letras doradas, nombres sacados de los países fabulosos de India y de Malasia, de las ardientes riberas de África, de los golfos, estrechos, ríos grandes y pequeños de América y de Oceanía; pabellones de todas las naciones de la tierra ondeando en la niebla y rompiendo la gris uniformidad con sus vistosos colores; en los cargaderos, montañas de fardos rebosantes de café, de azúcar y de algodón, pilas de madera de campeche y de caoba, todos los productos coloniales, impregnando el aire de extrañas emanaciones; un ejército de obreros, la mayoría luciendo un sombrero negro y un amplio delantal ceñido a la cintura; vagones deslizándose sobre raíles que entrecruzan sus enmarañados zigzags; extrañas máquinas destinadas a diversos usos, grúas, cabrias, el circo [8] completo de la mecánica trabajando sin interrupción, levantando bultos, sacas, panzudas cajas repletas de mercancías; en medio de ese hormiguero, los silbidos del vapor, el entrechoque de los barcos de cabotaje, el rechinar de las cadenas, o el bullicio de los calafates suspendidos a los costados de un navío, el fragor sordo de los carruajes sobre los puentes giratorios y los cascos de los caballos resonando sobre las placas metálicas, el chapoteo del agua entre los barcos entrechocados, el soplo del viento en ese bosque de mástiles, y, más allá, el murmullo sordo de la marea entrante: eso es lo que se ve y se oye en esas dársenas que encierran en sus diques un mar completo; esa es la actividad, el movimiento, el ruido, en una palabra, el aspecto general de los muelles de Liverpool.



XVI Descubrimiento de las costumbres inglesas

Tras un largo paseo durante el cual los dos amigos captaron ese prodigioso conjunto de cosas, sin pararse en los detalles, se encontraron sobre un vasto muelle flotante soportado por unas balsas metálicas; ese dique móvil, que se elevaba y bajaba con la marea, facilitaba siempre el embarque de los pasajeros en los vapores de Birkenhead; la travesía del Mersey se hace por medio de cierto número de *steamboats* provistos de un timón en la proa y otro en la popa; gobernando alternativamente uno de ellos para hacer las veces de estrave, el piloto no necesita virar, y ahorra un tiempo valioso; estos barcos siempre están atestados de viajeros, y aunque la travesía dura apenas diez minutos, van provistos de una brújula, necesaria a causa de las frecuentes nieblas del río, que no permiten divisar la orilla opuesta.

Jacques se apresuró a subir a uno de esos barcos, arrastrando a su compañero, y por el módico precio de *one penny* se trasladaron a Birkenhead; una multitud de lo más variopinto atestaba la cubierta: no existe ninguna distinción entre la primera y la segunda clase; pescaderas, obreros, negociantes, se sientan unos junto a otros en los mismos bancos, sin preocuparse por la persona que tienen al lado; cualquier distinción vulneraría la igualdad británica. Jonathan se encontraba junto a una pobre muchacha que, una vez terminada su jornada, regresaba a Birkenhead con su cesta vacía; daba pena ver los rasgos dulces y agradables de su rostro fatigado: su cabeza inclinada sobre el pecho, sus pies descalzos entrecruzados y la apática indolencia de su postura delataban una profunda resignación sin esperanzas. Jonathan entabló conversación con esa pobre niña; su madre había muerto al dar a luz a su quinto hijo, y el padre abandonó sin recurso alguno a su desgraciada familia; siendo

la mayor de los hermanos, la joven tenía a los cuatro niños a su cargo, y alcanzaba, no ya a alimentarlos, sino a aplazar el momento en que morirían de hambre. Contaba sus sufrimientos sin que los ojos, que ya habían agotado sus lágrimas, se le humedecieran. Nada más lamentable que esa historia, común a tantos obreros de Liverpool. Jonathan ofreció algunas monedas a la pequeña vendedora, y ésta pareció más que nada sorprendida de que un extranjero se interesara por su dolor; al llegar al embarcadero de Birkenhead, desapareció rápidamente, sin volver la cabeza. ¡Triste destino el que espera a esa pobre muchacha, miserable si se consagra al cumplimiento de su deber, y vergonzoso si escucha los consejos de su peligrosa belleza!

Jacques y Jonathan regresaron al muelle de las dársenas, apremiados por la hora de la cita con Joe Kennedy, y se dirigieron a la taberna entre una niebla que el gas de las farolas apenas traspasaba; además, al caer la noche, las tiendas y almacenes cierran, el comercio duerme, y las calles se envuelven en una oscuridad casi completa.

Los dos invitados del señor Kennedy fueron recibidos con una fría cortesía que les sorprendió; poco conocedores de los usos ingleses, se mantuvieron, pues, a la defensiva. La compañía se componía de una docena de mozos de apariencia apacible, que parecían cumplir con un deber reuniéndose a cenar; el señor Kennedy presentó a los dos extranjeros a uno de sus amigos, *sir* John Sinclair, con el ceremonial tantas veces descrito por Cooper; parecían estar oyendo al capitán Truck del *Transatlántico americano*:

—Mister Sinclair, éste es mister Lavaret; mister Lavaret, *sir* John Sinclair. Mister Sinclair, mister Savournon. Mister Savournon, *sir* John Sinclair.

Con semejante presentación, se dieron por conocidos.

La comida era informal; pero en Inglaterra, toda reunión debe ser presidida y aun subpresidida; hubo, pues, que proceder a nombrar a un presidente, y la elección recayó sobre *sir* John Sinclair; el *gentleman* accedió con frialdad, y ocupó el sitio de honor; el vicepresidente fue un corpulento y sanguíneo mozo, con unas espaldas de carnicero, que se sentó frente a *sir* John. Los parisinos se habían colocado uno junto a otro.

—Cuánta alharaca para comer un simple rosbif —dijo Jacques— y huevos con jamón.

—Hasta ahora, no me parece extraño; pero no nos prestan la menor atención a nosotros; comamos y observemos.

La comida se componía inevitablemente de una pieza de carne tajada del lomo de un gigantesto buey de Devonshire, y del sabroso jamón de York; los comensales engullían pedazos enormes, sin beber nada y sin casi respirar; comían con la mano izquierda, engarzando en los pinchos de sus tenedores lonchas de carne y de jamón esmeradamente combinadas, y untando todo ello con un espesa capa de mostaza; las servilletas estaban absolutamente ausentes, y todos se limpiaban la boca con el mantel; un silencio prácticamente absoluto reinaba en la sala llena de humo; los camareros vestidos de negro realizaban silenciosamente su servicio, y sólo hablaban en voz baja.

Las cosas prosiguieron así durante casi toda la comida. Jacques esperaba que los licores del postre provocaran un poco de alegría en esas máquinas inertes, pero un incidente imprevisto confirió al festín un nuevo cariz.

El vicepresidente tuvo la idea de levantarse de la mesa para salir; *sir* John Sinclair le preguntó la razón, con una gravedad magistral; el vicepresidente, mister Brindsley, no respondió y se dirigió hacia la puerta.

—Mister Brindsley —le dijo el presidente en tono imperioso—, no puede usted salir sin pedirme permiso.

—¿Y eso por qué? —replicó aquél.

—Porque yo presido esta reunión, y cualquier solicitud de ese tipo debe ser dirigida a mí.

—Que me lleven los diablos si lo hago —repuso el vicepresidente.

—¿Persiste en querer salir a pesar de mi interdicción?

—Persisto en querer salir, y salgo.

Los comensales esperaban tranquilamente el desenlace del debate.

—¡Atención! —dijo Jacques—, estamos penetrando en las costumbres inglesas.

En el momento en que Brindsley abría la puerta, *sir* John Sinclair le dijo sosegadamente:

—Mister Brindsley, ¿tendría inconveniente en despojarse de su chaqueta?

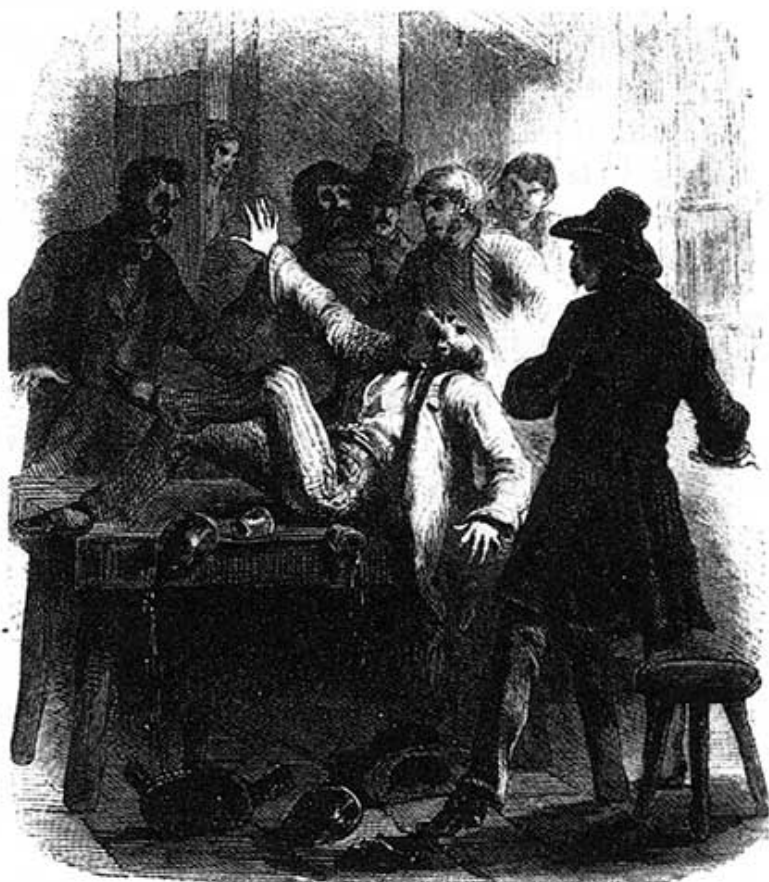
—Ningún inconveniente, ¡al contrario! —respondió éste—. ¿Se trata de un pugilato, sin duda?

—¡Como usted quiera! —replicó el presidente.

Inmediatamente apartaron la mesa, reservando un espacio suficiente para la lucha; los camareros, acostumbrados a ese tipo de ceremonias, cerraron cuidadosamente las puertas. Se acercaron los padrinos para asistir a los dos campeones, que se abalanzaron el uno sobre el otro, con un puño a la defensiva y el otro a la ofensiva.

—¡Diablos! —murmuró Jonathan—, esto se pone feo.

—¡En absoluto, es su forma de amenizar la comida!



Resonaron unos golpes violentos; los golpes parados sonaban con un ruido sordo contra el brazo; los otros amorataban ya los rostros de los contrincantes. El público evaluaba los puñetazos, y corrían apuestas respecto al desenlace de la lucha, sobre el que se elevaron discusiones particulares; se oían gritos de ¡hurra!, y los grupos que al principio permanecían serenos se agitaron con síntomas de siniestro augurio. En ese momento, el señor Kennedy se acercó a los dos amigos, y les dijo:

—Cuidado, la refriega se va a volver general, y se verán obligados a valerse de sus puños.

—Gracias —dijo Jonathan—, ya tengo bastante; no me atrae la idea de salir con un ojo saltado.

—Pero, Jonathan, para penetrar mejor en las costumbres inglesas...

—Haz lo que te plazca, Jacques, pero yo me esfumo.

—Pero, querido Jonathan, somos franceses; en el extranjero, todo francés representa a Francia; no podemos huir... además, ¡la puerta está cerrada!

—Se me ocurre una idea, Jacques, imítame y saldremos de este apuro.

La trifulca se generalizaba; el presidente, hablando la jerga del boxeo inglés, tenía las *napias* bastante dañadas, y el vicepresidente, algunos dientes rotos en las *tragaderas*; el ruido se acrecentaba; el estimable Joe Kennedy acababa también de recibir un tremendo puñetazo en el ojo y el *clarete* corría por doquier, cuando de súbito el gas se apagó; Jacques y Jonathan habían, astutamente, cerrado las espitas, y huían a favor de la oscuridad, no sin antes recibir algún que otro terrible empujón que les dio una idea exacta de la potencia del puño británico.

[illegible]

refusai, après avoir dit tout simplement, pour
~~avoir un peu de la banane~~, en fait quelle
 pour une bonne souvenance, qui sont ^{un petit plus de}
 l'après-midi. C'était bien pour une œuvre de dix
 minutes.

de nos hôtes
Ce dans une nuit le dialogue suivant:

- Sufici, dit Jacques, nous voilà donc en angle-terre !

- En Angleterre, oui! ~~rapide et sûr~~,
mais non en France qui est le but de notre
voyage!

- qui s'écrit : ~~ne plus~~ ; donc nous le

XVII Concierto nocturno

—Y ahora —dijo Jonathan cuando se hallaron en la calle—, ¡al hotel!

—Y rápido, pues no sé si a esos honorables *gentlemen* les parecerá de buen gusto nuestra broma; no es correcto perturbar de ese modo las diversiones de toda una sociedad.

—En cuanto a toparnos otra vez con esos amables comensales, querido Jacques, no es probable, partimos mañana.

—Pero Jonathan, ¿y el buen mister Kennedy? ¡Le debemos al menos una visita de digestión!

—Amigo Jacques, sólo se debe una visita de digestión cuando se ha podido digerir tranquilamente, ¡y ese no es el caso! Regresemos, pues, al hotel ¡y buenas noches a mister Kennedy, a mister Brindsley y a *sir* John Sinclair! En lo que a mí respecta, estoy impaciente por llegar a Escocia; la melodía, la inspiración musical, han desertado de este horrible país, y no las volveré a encontrar hasta el reino de Fingal.

Apenas dichas estas palabras, la cavatina del *Trovatore: Quel suon, quelle preci solenni* llegaba a los oídos de Jonathan; un pobre hombre, esgrimiendo un cornetín cubierto de una espesa capa de verdín, tocaba concienzudamente ese malhadado fragmento en la esquina de la plaza de Saint George Hall.

—¡Podría envenenarse —dijo Jacques— por soplar en ese cobre carbonatado!

—¡Y sobre todo por tocar semejante tonada! —añadió Jonathan.

Perseguidos por esa melodía de salvajes, llegaron los turistas al hotel Queen; fue para ellos una verdadera delicia hundirse por fin en camas de verdad, ornadas como en la Edad Media con cuatro columnas de las que colgaban amplias cortinas blancas; únicamente las sábanas de algodón enrolladas les produjeron al principio una

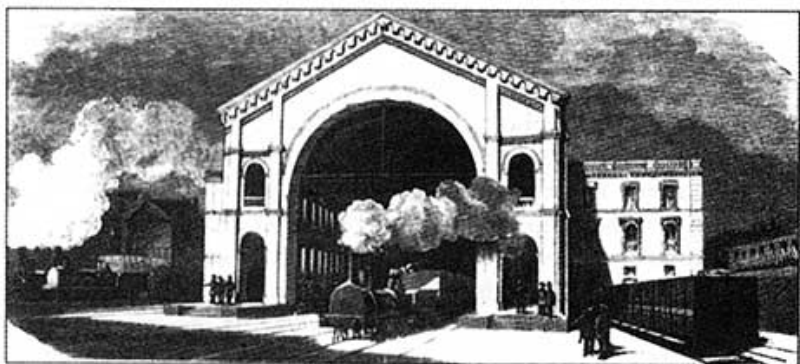
sensación bastante desagradable. En Inglaterra, las camas ocupan la mayor parte de la habitación; apenas puede uno revolverse, y a veces hay que abrir la ventana para ponerse las mangas de la chaqueta. Los tocadores son altos y anchos, provistos de utensilios de porcelana de gigantesco tamaño; unas mesitas bajas están destinadas a recibir los baúles; hay en esos hoteles cierto confort, en contradicción con la cretona barata de las cortinas y los tapices remendados; y, sin embargo, ese hotel debía ser importante, a juzgar por el precio de cinco *shillings* por noche y por cama que figura en los letreros.

Los viajeros se caían de cansancio, por lo que no tardaron en dormirse; pero su sueño fue interrumpido por primera vez por unos gritos, unos aullidos proferidos bajo su ventana: ¡cinco o seis mujeres, jóvenes aún, se disputaban y peleaban en la plaza! Cosa que no parecía turbar a nadie, a ningún *watchman* se le ocurría intervenir; las infelices se disputaban, sin duda, a algún viandante tardío con un empeño lleno de seductoras promesas; una de las más jóvenes, una vestal a su propio pesar, a juzgar por sus palabras, hizo incluso un curioso comentario al respecto; pero el latín, que no le tiene miedo a las palabras, no es lo suficientemente osado para traducirlo aquí, y ni aun el griego se atrevería a hacerlo.

Esa escena costumbrista duró hartó tiempo; Jacques, maldiciendo a esas gentes femeniles, había logrado volver a conciliar el sueño, cuando una voz metálica lo interrumpió de nuevo; aquello era insoportable; se levantó, abrió la ventana, se asomó y vio a un *gentleman* de aspecto correcto, bien vestido, tocando el trombón en un coche de punto; las largas varas del instrumento sobresalían por la ventana de la portezuela; el melómano inglés se divertía así, solo, dando la vuelta a Saint George Hall, y sus poderosos pulmones soltaban al vuelo, y hay que decirlo, pues es la pura verdad, el *Ricordati, ricordati* del *Trovatore*; y cada vez que, según los movimientos del carruaje, el pabellón del instrumento se dirigía hacia el hotel Queen, ese espantoso *Ricordati* estallaba en pavorosas notas.

—¡Pero siempre, siempre el *Trovatore*! —decía Jonathan.

—No hay duda de que es música inglesa, ¡tiene la fuerza de cincuenta caballos!



Finalmente, la fatiga pudo más que el ruido, y al despuntar el día los dos turistas saltaron de la cama para visitar otras partes de la ciudad; penetraron primero en Saint Georges Hall, donde pudieron admirar un órgano gigantesco provisto de noventa registros, y cuyos fuelles eran accionados por vapor; luego dirigieron sus pasos hacia las dos hermosas iglesias de Saint-Pierre y de Saint-Paul, cuyos muros parecen recubiertos de una espesa capa de hollín; pero los tonos oscuros, al disimular cierta cantidad de detalles, no van mal con esa arquitectura sajona, maciza y sobrecargada; pasaron ante un colegio de estilo gótico, más tarde cruzaron el patio interior de la Bolsa, ornamentado con un gran grupo de esculturas de bronce, y se pasearon delante de la aduana del puerto, cuyo aspecto es bastante monumental; llegaron así hasta cerca del *dock* New Princes, donde empieza el canal de Leeds a Liverpool; quisieron contemplar una vez más la inmensidad de las dársenas y subieron a la imperial de un ómnibus que recorre el muro exterior de los depósitos del puerto; al cruzarse con otro ómnibus, divisaron en él al bravo y digno capitán Speedy; intercambiaron un rápido saludo por señas, y sobre el mediodía Jacques y Jonathan traspasaban el peristilo del hotel Queen.

Allí les sirvieron un confortante almuerzo, al que hicieron gran honor, consistente en carne fría, cerveza, té y tostadas servidas con el nombre de *tostes* en una bandeja de plata; los gastos fueron abonados, sin olvidar la *attendance*[9], y seguidos del mozo que transportaba sus baúles, se dirigieron al Caledonian Railway.

Las salas de espera son casi o del todo inexistentes en las estaciones de ferrocarril inglesas; las horas de salida están

regularmente determinadas, pero el precio de los billetes varía según la rapidez de los trenes; los despachos de los distribuidores de billetes abren con mucho tiempo de antelación, y cada quien puede elegir su asiento y tenderse en su compartimento tan pronto como lo desee. Jacques, queriendo demostrar cómo se desenvolvía, se acercó al despacho, y con su voz más grave, declaró:

—*Two tickets of second class, if you please, for Edimburgh.*

Había puesto en ello todo lo que sabía de inglés, y recibió con orgullo dos billetes de segunda clase; en cuanto al precio, dejó que su amigo lo debatiera, eso ya rebasaba sus posibilidades. Como nadie les pidió que registraran su equipaje, se metieron con él en su compartimento y esperaron con impaciencia el momento de la salida, que llegó al cabo de una hora; la locomotora silbó de forma mucho más distinguida que una locomotora francesa, y el tren se precipitó en un túnel de 1.500 metros de largo.

XVIII Sobre la excelencia de los ferrocarriles ingleses

Al salir del túnel, el tren aceleró su marcha; los ferrocarriles ingleses ganan en velocidad a los de Francia; su movimiento es más amortiguado, lo cual debe atribuirse tanto a la calidad de los muelles como a su gran alcance y a la construcción más flexible de la vía; en cambio, están poco vigilados; ni uno solo de esos fieles guardias cuyo brazo se tiende a cada kilómetro; los convoys se siguen y se cruzan casi sin intermitencia; pero también, ¡cuántos accidentes, que por lo demás no preocupan mucho, por no hablar de los que no preocupan nada! El *coroner*[10] viene y comprueba que las víctimas han muerto de muerte violenta, y ya está todo dicho; la actividad de los negocios, las necesidades del servicio, las exigencias de las relaciones comerciales son excusas suficientes para esos pequeños crímenes. Pero hay que decir que los accidentes no son proporcionales a los riesgos a que están expuestos; bajo su aparente incuria, los empleados y maquinistas ocultan una asombrosa intuición para esas grandes explotaciones; los ingleses son, junto con los americanos, los mejores mecánicos del mundo; no retroceden ante ningún obstáculo, y a la vez que conciben una idea, conciben la máquina que debe ponerla a ejecución; en una palabra, en el campo de la mecánica, son capaces de todo; se entiende, después de eso, que durante la guerra de Crimea se fundara una compañía seria, con un capital considerable, licitando el asedio de Sebastopol. Por contrato, debía tomar la ciudad en un plazo determinado, y pagaba millones por cada día de retraso; debía fabricar las máquinas necesarias para esa nueva industria, y es evidente que hubiese llegado a un resultado más rápido con menor derramamiento de sangre; pero si la guerra ya no es más que una operación de una sociedad anónima, ¿dónde está la gloria?



—Grave cuestión —añadía Jacques al comunicar a Jonathan esas juiciosas reflexiones.

El tren no tardó en rebasar Wigan y Preston, célebre por la divertida opereta de Adam que lleva su nombre[11]; el tren atravesaba entonces las verdes campiñas de Lancashire; los prados y las fincas tienen en Inglaterra un verdor y una frescura particulares, y la vista, al contemplarlos, percibe sin duda una nueva sensación de color; este condado, alimentado por numerosos ríos, caldeado por fuentes termales, es rico en productos de todo tipo; el comercio y la industria están muy desarrollados, y los *country-men* reflejan prosperidad en sus preciosos *cottages*.

El convoy se detuvo unos instantes en la estación de Lancaster, ciudad menos industrial que sus poderosas vecinas Liverpool y Manchester, y que sufrió tanto con la guerra de las Dos Rosas. Esas ciudades históricas, grandes durante la Edad Media, se han quedado muy a la zaga de los centros fabriles; los quince mil habitantes de la antigua villa no pueden rivalizar con los doscientos mil de Liverpool, que sin embargo, a principios del siglo XVIII no era más que un burgo de siete mil almas.



Mapa de Escocia de Malte-Brun.

Después de Lancaster, Penrith, después de Penrith, Carlisle, y luego, por fin, la frontera escocesa; en cada estación, Jacques se apeaba para tomar el aire y descifrar los nombres de los diversos lugares; pero era raro que lo lograra; las estaciones están torpemente diseñadas y abarrotadas de inmensos tableros de

anuncios, donde los letreros se extienden en letras blancas sobre fondo azul. Jacques se perdía entre esas innumerables nomenclaturas, y al igual que el mono del Pireo, terminaba por tomar cualquier indicación por el nombre del lugar, cosa que le sucedió en Carlisle; al subir a su vagón, le dijo a Jonathan:

—Estamos en *Ladies' rooms*.

—¡Imbécil! —le contestó su amigo, explicándole su tremendo error.

Jacques, furioso, se asomó a la ventanilla y concentró toda su atención en las fugitivas vistas; sabía que la frontera de Escocia estaba próxima y acechaba el paso de una montaña; ¡ver una montaña! ¡Qué espectáculo para un hombre que sólo ha contemplado Montmartre! Momentos más tarde, y esta vez sin equivocarse, pudo captar el nombre de la estación: ¡Gretna Green, la primera ciudad escocesa!

¡Dulce nombre que ha hecho palpar más de un corazón! ¡Precioso apelativo, donde tantos romances cerraron su último volumen para dejar paso a la historia! No sólo el herrero, como siempre se ha creído, sino también el pescador o el posadero del lugar cumplían los requisitos para celebrar el matrimonio según las leyes escocesas, y desde el simple *cockney* hasta Carlos Fernando de Borbón, hermano del rey de Sicilia, todos iguales ante el amor, ¡cuántas parejas se unieron ante esos magistrados improvisados! Todavía se celebran algunos de esos matrimonios clandestinos, aunque el gobierno se tomó la molestia de prohibirlos ya en el año 1846. Gretna Green pasó ante el tren, lanzado a todo vapor, como el recuerdo de una época amorosa.

¡Los dos viajeros respiraban por fin el aire de la vieja Caledonia!

De repente, Jacques, asomado a la ventanilla, exclamó con emoción:

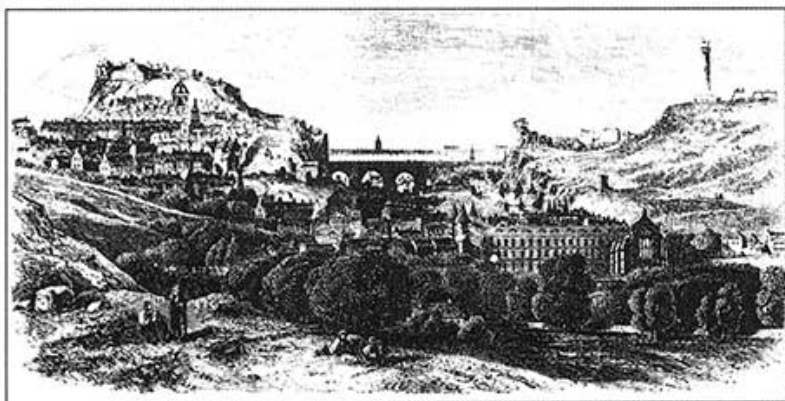
—¡Jonathan, amigo Jonathan! ¡Por fin la tengo!

—¿Qué cosa, amigo Jacques?

—¡La primera montaña de mi existencia!

—¡De veras! ¿Quieres prestármela un momento? ¡Te la devolveré, te lo prometo!

—Puedes bromear, pero mira —replicó Jacques—, ¿ves esa forma difuminada que se eleva en el horizonte? ¡Es una verdadera montaña, cuya cima se oculta entre las nubes!



Jacques tenía razón; se adivinaban las primeras ondulaciones del macizo del Skiddaw, y la cima de un monte aislado se perdía en la niebla. El *railway* se extendía entre los pliegues de esas montañas, y el aspecto del país se transformaba por completo; adquirió incluso bruscamente, sin transición, un carácter áspero y salvaje; el valle quedó encajonado en un barranco más profundo, y el tren circuló a toda velocidad por una vía vertiginosa suspendida al costado de esas viejas rocas; su rapidez tenía algo fantástico, y en cada recodo, el convoy parecía a punto de precipitarse en esos abismos, donde mugía algún torrente de aguas negras; unas piedras filosas, unos tristes brezales sobre un suelo pelado, una soledad total subsistían al verdor y a la animación de las campiñas de Inglaterra; ¡era ya el país de los Fergus y de los Mac Gregor!

Jacques y Jonathan no podían arrancarse a esa contemplación; pero al cabo de una hora, esa primera aparición de Highlands había desaparecido para dar paso a las llanuras lowlandesas. La noche avanzaba rápidamente, y los dos turistas hubieron de volverse a reclinar en sus asientos, dejando que su espíritu se impregnara en silencio de esas emociones nuevas.

Hacia las once, el tren se detuvo en Carstairs, donde el camino bifurca, por un lado, hacia Glasgow, y por el otro hacia Edimburgo; a medianoche, bajo una lluvia torrencial, los viajeros, a los que la fatiga y la oscuridad habían sumido en el sueño, se despertaron en la capital de Escocia.

XIX Llegada a Edimburgo

En la estación tomaron un coche, y siguiendo la recomendación que les habían hecho, se hicieron conducir al hotel Lambret, en Prince's

Street; las calles anchas, pero poco alumbradas, acusaban pendientes bastante empinadas. La calle del Príncipe apareció con unas casas poco elevadas a la izquierda, a la derecha la verja de un vasto jardín y unas altas y macizas siluetas perdidas en la sombra.

A su llegada al hotel, los viajeros fueron recibidos por un francés, el señor Lambret, que dirige ese establecimiento. Les designaron dos habitaciones separadas a las que se accedía por la escalera más ilógica del mundo, cosa por cierto habitual en las escaleras inglesas, en las que es difícil orientarse. Las habitaciones eran bastante mezquinas, y recordaban a los viejos hoteles de provincia, tales como se encuentran aún en Amiens o en Blois.

Después de depositar su equipaje, y de dejar la llave de su puerta en la cerradura, según la costumbre general, Jacques, seguido de Jonathan, bajó a un salón bastante bonito, donde les sirvieron la cena; rosbif frío, jamón y dos pintas de una excelente y espumosa *ale* de Escocia, en jarras de plata con el escudo de la ciudad, constituyeron todos sus componentes.

Jacques devoró; no había comido desde el almuerzo matutino en Liverpool; su cena se prolongó más que la de Jonathan, quien se dedicó a meditar sobre un inmenso mapa de Escocia suspendido en la pared de la sala; hacia la una de la mañana, regresaron a su habitación. Antes de acostarse, Jacques no pudo resistirse al deseo de abrir su ventana, que daba a la calle del Príncipe; la lluvia caía a raudales en la profunda oscuridad; la vista no podía discernir nada en la calle, excepto un espacio libre, al fondo del cual un gran número de puntos luminosos brillaban a gran altura. Jacques no

pudo explicarse ese fenómeno, y se durmió buscando su causa.

Con los primeros rayos del sol, saltó de la cama, y ya Jonathan llamaba a su puerta. Jacques se precipitó al balcón;

Prince's

Street, calle amplia y magnífica, se extendía ante sus ojos; a la derecha, un montículo muy elevado, al pie del cual se extendían magníficos jardines, sostenía sobre su cima el castillo de Edimburgo; ante él, por encima de la estación de ferrocarril, inmensas casas erigían sus diez pisos calados de ventanas: la vista abarcaba toda la ciudad vieja, encaramada en esa alta colina que se inclinaba hacia la izquierda; por encima, en el horizonte, se divisaba la cumbre de una montaña, que Jacques señaló con el dedo.

—He ahí nuestra primera excursión —dijo.

—En absoluto —repuso Jonathan—. Comenzaremos por dar la vuelta a la ciudadela; buscaremos un sitio cualquiera para almorzar, y entonces podremos permitirnos esa ascensión bastante fuerte.



Jacques se rindió a las observaciones de su amigo, y ambos salieron, con un tiempo que prometía ser espléndido.

La calle del Príncipe está trazada en el estrecho valle abierto entre la antigua y la nueva ciudad; no tiene confluencias a su izquierda, sino que bordea la estación del ferrocarril y, por el centro, la verja de un parque público con magníficos céspedes; un

edificio de ciento cincuenta pies de alto exhibe en sus ángulos, en sus cornisas, en sus numerosos pináculos y en su afilada aguja las incontables eflorescencias del gótico flamígero. Es el monumento a *sir* Walter Scott. La efigie del gran escritor, sentado en actitud pensativa, está colocada en medio de la plataforma inferior, bajo la clave de un arco ojival; esa estatua en mármol blanco goza de cierta celebridad; la figura del célebre novelista es fina e inteligente. El monumento, desmesuradamente alto para su cometido, está ornamentado de un gran número de estatuas que representan a los simpáticos héroes de Walter Scott; en los cuatro nichos de la parte inferior se puede ver, si no admirar, a la Dama del Lago, al príncipe Charles de Waverley, a Meg Merrilies y al Último Trovador.

La calle del Príncipe continúa entre la verja de Prince's

Street Garden y una fila de casas poco elevadas, casi todas ellas destinadas a los viajeros, con nombres tales como

Queens' Hotel, Gibbs' Royal

Hotel, Caledonian Hotel,

Campbell's

North British Hotel; entre los jardines se erige la institución real, de estilo griego, y la Galería Nacional, de estilo etrusco. Todos esos edificios, más o menos logrados desde el punto de vista artístico, tienen en común con todos los monumentos de Inglaterra y de Escocia el estar completamente terminados y esmeradamente conservados; nada de esas cornisas incompletas, de esas adarajas que esperan demasiado tiempo su trabazón, de esos desagradables andamios que se pudren antes de la finalización de la obra.

Llegados a la iglesia de Saint-John, al final de la calle, los dos amigos torcieron a la izquierda por Lothian Road bordeando la estación del ferrocarril caledoniano; su intención era rodear la roca sobre la que el castillo de Edimburgo está encaramado como un nido de águila. Esa colina constituía antaño la totalidad de la ciudad de Edimburgo, la vieja ahumada: *Auld Recky*, según su apelativo popular; desciende en línea recta desde el castillo hasta el palacio de Holyrood, por High Street y el suburbio de la Canongate, y está unida por unos elevados puentes a las otras dos colinas sobre las que se extienden la ciudad nueva, al norte, y los arrabales, al sur; esos accidentes de terreno se prestan a los monumentos y

panoramas; por ello en Edimburgo se los construyó con profusión, por lo que ha recibido el nombre de Atenas del Norte; orgullosa, efectivamente, de su universidad, de sus colegios, de sus escuelas de filosofía, de sus poetas y oradores, reivindica ese glorioso nombre tanto en lo físico como en lo espiritual.



Al atravesar Grass Market, Jacques le hizo notar a su amigo el aspecto abrupto y agreste de la vieja roca de basalto verde coronada por las edificaciones del castillo. Esa plaza servía antiguamente para las ejecuciones, y Walter Scott ambientó en ella uno de los episodios más emocionantes de *Las cárceles de Edimburgo*, la ejecución en la horca del capitán Porteous; Jacques, que se había empapado de esa sana lectura antes del viaje, le pareció muy culto a Jonathan. Allí *trabajaba* el *lockman*, el verdugo, llamado así por el derecho que tenía de tomar un poco de harina de cada saco expuesto en el mercado de la ciudad; junto a esa plaza, en un estrecho callejón, tuvieron lugar los sangrientos dramas de Burke el estrangulador.

Los dos amigos salieron a High Street, junto a la catedral y al palacio del Parlamento, pero sólo dedicaron una escasa atención a ambos edificios. La iglesia de Saint Giles les pareció un espécimen bastante tosco del gótico sajón; Parliament House es un edificio insignificante situado en la esquina de la plaza donde se eleva la estatua, en este caso una mala estatua ecuestre de Carlos II.

Leyendo *Las cárceles de Edimburgo*, Jacques había concebido

un amor arqueológico por esa vieja prisión de la Tolbooth, donde tanto sufrió la pobre Effie Deans; había estudiado particularmente esa parte del relato, y pretendía hacer alarde de sus conocimientos; según sus cálculos, deberían haber llegado al siniestro monumento, y lo buscaba ávidamente sin descubrir nada; se desesperó, y participó a Jonathan su desesperación.

—Preguntemos —le dijo éste.

—¿A quién?

—A un librero; entremos en esta tienda.

—Entremos, y si aquí no saben nada, no sabrán nada en ninguna parte; estamos en el sitio exacto donde se abría la cueva de la vieja *mistress* Maclenchar; ¡ahí charlaba con el amable anticuario que echaba pestes esperando la diligencia de Queensferry, llamada la mosca[12] de los espinos! ¡Me parece estar viendo al terrateniente de Monkbarns trotando en el *bow* y la Canongate, en busca de un ejemplar mutilado, o de esos pequeños elzevirios[13] que consideraba un triunfo encontrar!



Durante esa perorata, Jonathan había entrado en la librería, y salía de allí sin haberse enterado de nada; el honesto comerciante ni siquiera conocía una novela titulada *Las cárceles de Edimburgo*.

—Eso es increíble —dijo Jacques.

—Pues así es.

—No te habrás hecho entender.

—Perfectamente.

Jacques obtuvo posteriormente la explicación de ese hecho; la novela en cuestión nunca había sido publicada con ese título en Inglaterra, sino con el nombre mismo de la vieja prisión en aquel entonces, el corazón de Mid-Lothian, *Heart of Mid-Lothian*. Mid-Lothian es el nombre del condado cuya capital es Edimburgo; en cuanto a la prisión, ya no existe; fue destruida en 1817, y en aquella época, gracias a la gentileza de su viejo amigo Robert Johnstone, *Esquire*, entonces síndico de las corporaciones de la ciudad, Walter Scott obtuvo autorización para llevarse las piedras y los enormes cerrojos de la puerta, con los que decoró la entrada del patio de las cocinas en su propiedad de Abbotsford.

XX Una ciudad llena de contrastes

—Me sentiría muy afortunado —dijo Jacques cuando descendían por High Street— si encontrásemos una taberna con el escudo de Wallace, de las Tres-Grullas o de la Cota de los South-warck en su rótulo; eso le añadiría un poco de color local que en nada perjudicaría nuestro almuerzo.

—No lo desapruebo —respondió Jonathan—, pero ante todo almorcemos, con o sin escudos.

Encontrar dónde comer en Edimburgo, fuera de los hoteles, es harto difícil; no existen restaurantes, como en París, y las escasas tabernas no exhiben rótulo alguno; pero al fin, con paciencia, los hambrientos turistas descubrieron una especie de *coffee-house* delante de Tron-church, donde, por un módico precio, se deleitaron con carne fría y *ale* escocesa. A Jonathan le hubiese gustado probar algunos huevos frescos; pero no consiguió hacerse entender: la expresión *à la coque* [14] le fallaba en inglés.

Tras la sustanciosa comida, Jacques reiteró su idea de la mañana, y Jonathan tuvo que seguirle en la escalada de la montaña que había divisado desde sus ventanas; bajaron hacia el castillo de Holyrood por High Street, la popular arteria tan minuciosamente descrita por Walter Scott en su novela *El Abad*; dejaron a su derecha y a su izquierda Bridge Street, que une las tres colinas de la ciudad por medio de sus gigantescos puentes; en el extremo sur de la calle se divisa la universidad, construida sobre el emplazamiento de la casa que Bothwel hizo explotar junto con el cadáver de Darnley; por lo demás, es imposible dar un paso por Edimburgo sin hallar el vivo recuerdo de María Estuardo o sin penetrar en las conmovedoras ruinas del novelista escocés; después de High Street, la larga calle adquiere el nombre de Netherbow, y pasa ante la mansión del gran reformador John Knox, el único hombre al que no

lograron someter las sonrisas de la reina de Escocia; gracias a lo cual murió apaciblemente en su cama, el 24 de noviembre de 1572; Netherbow da paso luego a la Canongate, esa calle antigua donde antaño se resumía toda la ciudad.



Es aquel el arrabal de la miseria por excelencia, y conduce al castillo real: allí los niños desaharrapados, las mujeres y jóvenes descalzas, cubiertas de andrajos, allí los mendigos de sombrero y de famélico rostro tropiezan y se cruzan unos con otros, y merodean rozando los muros de las altas mansiones. Sin embargo, en medio de esa decrepita población, en esa atmósfera viciada tan propicia a las enfermedades epidémicas, sobre esos toscos y lodosos adoquines, al fondo de esos inmundos, sombríos, húmedos callejones conocidos como Closes, que conducen a infectos cuchitriles, uno se precipita por unas escaleras sin peldaños hasta los dos barrancos contiguos, y se encuentra con la terrible poesía de la vieja Escocia. Fue ahí donde Waverley se alojó la primera vez que llegó a Edimburgo; ahí donde el sastre le confeccionó el famoso traje escocés en tartán de guerra que tanto admiraba la viuda Flockhart. Fue ahí, sin duda, donde los montañeses descargaban sus fusiles tras la victoria del Pretendiente, y donde Flora Mac Ivor estuvo a punto de recibir una bala exaltada. La Canongate no tiene parangón; su aspecto *sui generis* es único en el mundo; sus boticas y expendedurías, sus rótulos que chirrían colgados de una cadena de

hierro, sus amplios tejadillos, el reloj de su prisión, con su aspecto desolado en medio de la calle, los tornos aún montados de las antiguas hostelerías; todo ello le confiere un carácter que sólo el pincel de Delacroix podría describir con fidelidad. En esa calle, como también en casi todas partes, el número de mujeres parece rebasar con creces al de los hombres; se debe a que la servidumbre masculina es mínima en Edimburgo; las criadas, las doncellas pululan allí, y recorren las calles tocadas con los sombreros viejos de sus amas.

Al acercarse a Holyrood, la calle se ensancha un poco: pasa frente a un hospital y a la iglesia de la Canongate, con su cementerio particular. Es un edificio gótico, sin estilo y sin presencia. La calle desemboca finalmente en una plaza al fondo de la cual se alza el palacio de los antiguos soberanos de Escocia.



En el centro de la plaza había una gran concurrencia para admirar una bonita fuente recientemente edificada; ofrecía a la vista todas las magnificencias del gótico renacentista, y por ende una escasa pureza de estilo: pero parecía tan delicadamente labrada, tan pacientemente trabajada, tan recientemente florecida, que daba gusto contemplarla; parecía haber crecido allí durante la

noche como una flor del trópico.

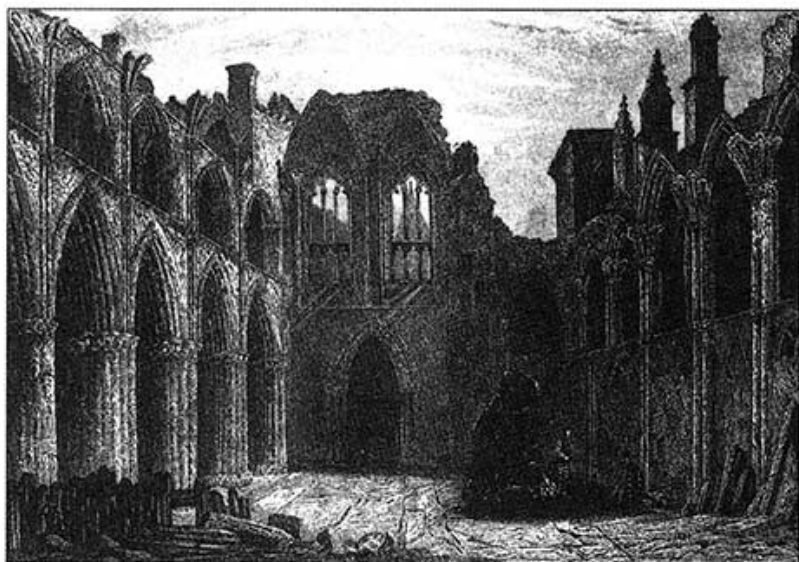
Jacques y Jonathan se dirigieron hacia Holyrood, guardado por sus soldados, que siguen luciendo el antiguo traje escocés, el *kilt* de paño verde, el gabán a cuadros, y el zurrón de piel de cabra de pelo largo, colgando sobre el muslo. Como no disponían de tiempo, se limitaron a admirar las cuatro gruesas torres almenadas de la fachada, que le confieren un aspecto medieval; por lo demás, exceptuando la capilla en ruinas que alza sus arcos ojivales detrás del palacio, es imposible adivinar cuáles son las partes nuevas o simplemente restauradas. A pesar de los fúnebres acontecimientos, de los altos crímenes que se cometieron en su interior, a pesar de los terribles recuerdos de los amores entre María Estuardo y el pobre Rizzio, esa antigua residencia no tiene aspecto triste ni lúgubre; más bien al contrario, parece un pequeño castillo de recreo al que su propietario le ha conservado por gusto su carácter medieval. Había que ser un rey destronado, como Carlos X, para no gozar en él de un descanso profundo, sin lamentaciones por el pasado ni preocupaciones por el futuro.

—¡Holyrood, Holyrood! —exclamó Jacques, recitando los hermosos versos de Victor Hugo—. Y ahora, ¡al asalto de la montaña!

—Aquí parece algo escarpada —dijo Jonathan—; tal vez alguien nos podría indicar un sendero menos abrupto.

—¡Jamás! Escalemos en línea recta, ¡adelante!

Y se internó en el parque del rey, que se extiende a la derecha del castillo; un regimiento de caballería maniobraba allí en ese momento; las brillantes armas y los rojos uniformes producían en ese paisaje un efecto encantador; algunos árboles daban sombra a las orillas de un pequeño lago, o más bien de un simple estanque que baña el pie de las colinas.



Jacques recordó involuntariamente las escenas de *Waverley*, que sucedieron en ese mismo lugar; allí se reunió el ejército de Carlos Eduardo con sus ondeantes tartanes y penachos, desplegando sus pendones donde se podían leer las divisas de adhesión de los Clauronald, de los Macfarlane, de los Tullibardine y de los Gordon. En medio se erguía el estandarte del caballero, con su divisa: *Tandem triumphans*, que no tardaría en justificar en la batalla de Prestonpans.

Hacia la derecha se oían a intervalos regulares violentas detonaciones, que repercutían en las cavidades de la montaña; una compañía de *riflemen* vestidos de oscuro, practicaba el tiro con carabinas de precisión. Paulatinamente, al elevarse sobre las cimas redondeadas que les circundaban, los viajeros abarcaban esos diferentes detalles; Jacques se había jurado no volver la cabeza hasta llegar a la tan anhelada cima.

Hubo primero que atravesar Victoria Drive, magnífica calzada circular para los carruajes, que Walter Scott se precia de haber conseguido gracias a unas líneas de su *Cárceles de Edimburgo*; traza un cuadro encantador de esos senderos que serpentean al pie de las rocas de Salisbury; esas rocas forman la base inferior de Arthur's

Seat, la Silla de Arturo; es el nombre de la montaña que Jacques escalaba en ese momento. Se eleva a unos mil pies, cosa que éste nunca quiso creer; le parecía medir no más de trescientos; poco familiarizado con ese nuevo espectáculo, iba a experimentar más de una decepción de ese tipo. Finalmente, precediendo con mucho al pobre Jonathan jadeante, alcanzó la cima de

Arthur's

Seat, sudando a mares, sin pulso y sin aliento; cerró un instante los ojos, se volvió hacia la ciudad y miró.

Jamás espectáculo tan espléndido sorprendió a ojos tan deslumbrados. El

Arthur's

Seat erguía su cabeza aislada en medio de las colinas circundantes; a sus pies se extendía el panorama de Edimburgo, con sus barrios nuevos y las rectas calles de la ciudad moderna, con el confuso revoltijo de casas y la extraña red de las calles de la *Auld Recky*; dos puntos dominaban esa extensión: el castillo sobre su roca de basalto, y Calton Hill, que sostiene sobre su cima redondeada las ruinas de un monumento griego; unas magníficas calzadas arboladas convergían hacia la capital; al norte, un brazo de mar, el Firth of Forth, penetra profundamente en la costa, allí donde se abre el puerto de Leith; arriba se extiende la armoniosa costa del condado de Fife, y al este la inmensidad del mar, que desde esas alturas siempre parece calmo y azul; una vía tan recta como la de El Pireo, según el comentario de Charles Nodier, une esa nueva Atenas al mar del Norte. El lejano pico del Ben Lomond se dibuja al oeste, y a su derecha se extienden las playas de Newhaven y de Portobello, con sus balnearios. La pluma resulta torpe para describir el aspecto imponente de ese panorama. Jacques callaba, presa de esa emoción silenciosa que producen los grandes espectáculos de la naturaleza. Jonathan lo había alcanzado, y compartía su muda admiración; permanecieron así largo rato, mientras el viento y la marea los impregnaban de sus penetrantes aromas.

—Bajemos —dijo finalmente Jacques—, bajemos rápido, pues no tardaríamos en sentir el deseo de no abandonar nunca jamás este fascinante espectáculo. Vamos, Jonathan.

Habían accedido a la Silla de Arturo por su lado más abrupto; un sendero menos empinado corría por la ladera opuesta; unas

muchachas, rosadas y alegres, trepaban por él, riendo y gritando:

—¡Oh, mis piernas, mis pobres piernas, *my poor legs*!

Jonathan, orgulloso de entenderlas, les dirigió su más amable sonrisa; mientras descendía de la montaña, había proyectado darse un baño de mar en Portobello, y seguido de Jacques, se dirigió hacia allí a campo través. Llegar fue cosa de media hora.

Portobello es un pequeño grupo de casas en una hermosa playa. ¿De dónde procede ese nombre italiano entre todos los duros apelativos gaélicos? Jonathan no pudo explicarlo más que por la presencia en la corte de María del cantante Rizzio y de sus compañeros; allí, sobre la rubia arena, se podía descubrir la vida de los balnearios, popularizada por los grabados ingleses: numerosas familias pasaban en esa playa las horas más cálidas del día; los niños jugaban, las sirvientas y las institutrices vigilaban sus juegos, las madres y las jóvenes y encantadoras *misses* desaparecían en el agua. Los hombres se bañaban a unos diez metros de las mujeres. Una cabina móvil les transportaba más allá de las primeras olas.

—¡Ahí tienes la mojigatería inglesa! —dijo Jacques—. En Francia no hacemos esas separaciones.

—¡Es lamentable! Muy lamentable —respondió Jonathan—; pero en fin, ¡adaptémonos a las costumbres del país!

Y entraron cada quien en su cabina rodante.

—Jonathan —gritó Jacques al cabo de unos instantes—, pídele un traje de baño al encargado del balneario.

—¡Diablos! Me resulta difícil: no conozco esa palabra.

—¡Hazte entender por señas!

Jonathan llamó al hombre de los baños; por más que se esforzó, no pudo sacar nada en claro, e informó a Jacques del dichoso resultado.

—Henos en un apuro —dijo este último—. ¿Cómo?, ¿no has podido!

—¡Imposible! ¡Es un verdadero bretón!

—Pero no podemos...

La frase se interrumpió en sus labios; por la puerta entreabierta de la cabina, acababa de advertir a un magnífico bañista, un inglés de pura cepa, que salía del agua lenta y elegantemente en la más perfecta desnudez...

—Jonathan, fíjate...

Jonathan quedó estupefacto; otros bañistas salían en ese momento hacia la playa, tan poco vestidos como el primero, ¡y sin preocuparse por las *mistresses* y las *miladies* de la orilla!

Los dos amigos ya no vacilaron más tiempo; corrieron hacia la primera ola y se zambulleron en ella sin volver la cabeza.

—Vaya con el pudor inglés —dijo Jacques, sacudiendo sus cabellos húmedos.

—¡Sin duda, lo chocante sería lo contrario!

La temperatura del agua les pareció poco elevada a unos bañistas que pocos días atrás habían nadado en la bahía de Arcachon; así pues, tras unos comprensibles titubeos para volver a su cabina en esa primitiva indumentaria, salieron de las amargas aguas caminando hacia atrás, corriendo el riesgo de provocar las carcajadas de las señoritas por su postura y su precipitada retirada.

XXI Inglaterra: Una gran *lady* de paseo

Tras ese delicioso baño, se dirigieron a la taberna, o más bien a la *bóveda* cercana, donde un vaso de excelente *ale* les sentó maravillosamente bien. El ómnibus que hace el trayecto entre Portobello y Edimburgo pasaba en ese momento; subieron a la plataforma y consiguieron encontrar dos asientos entre la muchedumbre que atestaba la imperial: niños, ancianos, mujeres, perros, todo se admitía en esa máquina oscilante; había viajeros hasta en el último rincón, y el cochero, hombre grave y serio, de traje y sombrero negros, sólo se mantenía sobre su asiento gracias a un milagro de equilibrio. Llegaron finalmente a la estación, tras rodear Calton Hill y bordear por Regent Road la nueva cárcel de la ciudad; es un revoltijo de pequeñas construcciones sajonas, escalonadas sobre una pequeña colina, con murallas almenadas, garitas de piedra, ventanas selladas por enormes barrotes, y numerosos matacanes; parece una ciudad medieval en miniatura, mantenida con suma limpieza y hasta encerada.

El ómnibus se detuvo delante del teatro, monumento del que más vale no hablar, y casi frente al edificio de los archivos, provisto de una cúpula sin gracia.

Desde allí, los dos amigos se dirigieron al hotel Lambret para consultar un mapa de Edimburgo; he aquí con qué objeto: el hermano de Jonathan había desposado a la sobrina de un respetable escocés, que residía en Edimburgo con toda su familia. Al presentarse en su casa, Jonathan —cuya llegada, por lo demás, había sido anunciada— no dejaría de ser amablemente recibido; penetrando así en el interior de esa honorable familia se iniciaría más profundamente a las costumbres del país; le propuso, pues, a Jacques que le acompañara, y éste aceptó encantado.

Mister B... vivía hacia las afueras de la ciudad, en Inverleith

Row; para llegar allí había que atravesar los barrios nuevos de Edimburgo, cruzando esas calles modernas cuyas denominaciones de *place, terrace, road, row, street*, contribuyen tanto a desorientar al viajero.

Jacques agobiaba a Jonathan con preguntas sobre mister B...; siempre empapado de su Walter Scott, se preguntaba si debería llamarlo Su Honor o Su Señoría, y se esperaba ver a un señor de otros tiempos en traje típico.

Tomaron la calle Saint-Andrew y llegaron a la plaza donde se eleva el monumento a Melville. Es una columna estriada coronada por una estatua, que recuerda la columna de Trajano en Roma; pues hay que destacar que casi todos los edificios de Edimburgo son una copia o una reducción, por lo general poco lograda, de algún monumento célebre de la antigüedad. A uno de los costados de la plaza se encontraba el Banco Real, que no hay que confundir con el Banco Escocés, ni con el Banco de la Compañía Inglesa, cuyo palacete de columnas corintias se eleva un poco más lejos, ni con el Banco Comercial, híbrida construcción donde el estilo griego y el romano se disputan la ornamentación, ni con todos los demás bancos, en fin, que proliferan en las ciudades de Inglaterra.

La calle Saint-Georges va desde la plaza Saint-Andrew hasta Saint-Georges Church, paralela a

Prince's

Street; es espléndida, perfilada por palacetes de compañías de seguros, de bibliotecas, de museos y de iglesias, que pregonan todos ellos su aspiración a monumento. En aquel momento, el puntiagudo campanario de la iglesia de San Andrés lanzó al vuelo el alegre repicar de su carillón. Jonathan anotó en su cuadernillo la serie de sonidos que se sucedían por quintas descendentes: do, fa, si, mi, la, re, sol, do: la secuencia producía un efecto sonoro particular que sorprendió el oído del músico.



Los transeúntes, ciertamente, le prestaban poca atención; su caminar era el de gente atareada, pero grave; esa parte de la población contrastaba intensamente con la de la Canongate: las mujeres, vestidas con atuendos de bastante mal gusto y extravagantes colores, caminaban con aplomo y rigidez, dando británicos y largos pasos; el talle de sus vestidos, situado muy bajo, les alargaba el busto en detrimento de la cintura, plana y casi sin perfil, e iban tocadas con un inevitable sombrero de ala ancha; viendo pasar a una de esas poco agraciadas mujeres, Jacques le dijo a Jonathan:

—¿Nunca se te ha ocurrido una curiosa idea al observar el mapa de Escocia e Inglaterra? Pues ese mapa representa perfectamente a

una gran *lady* paseando. La cola de su vestido de volantes fruncidos cuelga hasta el océano Atlántico; su talle largo llega hasta ese cinturón de condados que lo ciñe entre el mar de Irlanda y el mar del Norte: va arqueando el busto, y yergue su rostro anguloso, en el que el Firth of Forth le dibuja una boca enorme; y luce un sombrero redondo, del que escapan sus tirabuzones en forma de islas flotantes y enmarañadas. Observa, y con un poco de buena voluntad, te darás cuenta de que tengo razón.

Mientras así charlaban, los dos amigos llegaron ante una detestable estatua de Jorge IV, y tomando Hanover Street, se metieron por la calle que bordea el jardín de la reina, especie de plaza alargada; todas esas calles son magníficas, trazadas en ángulo recto, amplias y limpias, pero casi desiertas; las casas, poco elevadas, se componen generalmente de un sótano para las cocinas, un entresuelo, un primer y un segundo piso; sólo poseen tres ventanas en la fachada, y no están ocupadas más que por una sola familia: se accede a ellas mediante un puentecito protegido por un pórtico griego; Jacques se entretenía leyendo en las puertas de una sola hoja la profesión de sus inquilinos: los *surgeon*, los *physician*, los *sollicitor* le divertían mucho; los rótulos, que no entendía, también tenían la virtud de regocijarle; sólo uno, que se repetía con frecuencia, le parecía amenazante y terrible, y una y otra vez se asombraba leyendo la temible palabra: *jupholsterer!*

—Significa simplemente tapicero —le explicaba Jonathan.

—¿Y quieres decirme, por favor, con qué derecho un tapicero se denomina así?

XXII Los encantos de *miss* Amelia

Caminando siempre en dirección al Leith, llegaron, no sin dificultad, a la bella avenida llamada Inverleith Row; media milla más, y estaban frente a la puerta de mister B... Una verja que encerraba un pequeño patio con árboles la precedía. Era un bonito pabellón de aspecto pulcro y coqueto, con amplias ventanas ávidas de luz y de aire. Jonathan tocó el timbre, y una sirvienta salió a abrir la puerta; en su mejor inglés, Jonathan preguntó por mister B..., y seguido de Jacques, por una escalera reluciente y recubierta de una estrecha alfombra, accedió al salón situado en el primer piso.

Dos mujeres realizaban trabajos de costura en el salón; eran *mistress* B... y *miss* Amelia, su hija, una joven muy agradable, cuya viveza, solicitud y gracia contrastaban con la rigidez británica. Los parisinos se presentaron ellos mismos; su llegada era esperada, y gracias a *miss* Amelia, las presentaciones se hicieron rápidamente; mister B... no hablaba francés, pero su hija, que había vivido algún tiempo en Nantes y en París, se expresaba perfectamente a pesar de su acento escocés. Jacques, encantado de poder conversar con cierta continuidad, se mostró sumamente solícito con *miss* Amelia.

Las damas ordenaron que trajeran en una bandeja dos vasos y dos botellas, una de oporto y otra de *sherry*, nombre inglés del vino de jerez; ambos vinos componen obviamente la base de las bodegas inglesas, pues se ofrecen y prodigan en todos lados. Jacques y Jonathan aceptaron el reconfortante licor con algunas pastas, y luego solicitaron el favor de ser presentados a mister B...

—Mi padre está ausente en este momento —respondió *miss* Amelia—, pero si quieren complacernos aceptando cenar con nosotros le podrían conocer.

Jacques se disculpó por su compañero y por él; no quería abusar

de su hospitalidad, por más que se hallasen en Escocia.

—No es abusar —respondió la amable *miss*—; la cena será sin ceremonia. Pero *monsieur* Savournon es músico; yo adoro la música, y podríamos pasar la velada entre mi órgano y su piano.

—Pues bien, señorita, el domingo, si ello les conviene a mister y a *mistress* B...

—¡Oh! —dijo *miss* Amelia—, ¡oh!, no es posible. Cenarán con nosotros, desde luego, pero el domingo no podemos tocar música; no acostumbramos hacerlo; para los católicos y los protestantes, es una regla sin excepción.

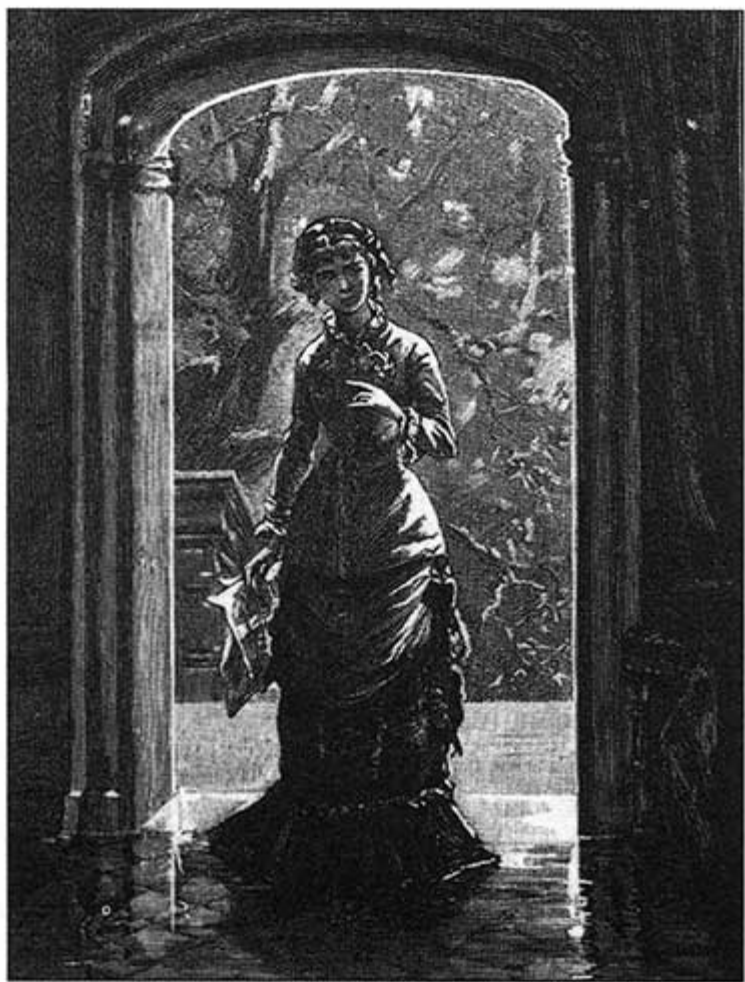
Jacques y Jonathan aceptaron esa doble invitación hecha con tan amable insistencia.

—Y ahora —prosiguió *miss* Amelia—, voy a ponerme un sombrero y un chal, y hasta la hora de la cena, les enseñaré las curiosidades de los alrededores.

Y seguida de su madre, *miss* Amelia salió del salón.

—Una escocesa encantadora —declararon de común acuerdo los dos amigos.

El salón era una gran estancia, fresca y clara, decorada según todas las exigencias del confort inglés. Las amplias ventanas, como en toda Inglaterra, se abrían de arriba hacia abajo por medio de un resorte y de un contrapeso; recuerdan a las antiguas ventanas de guillotina, pero son sumamente ligeras, y los cristales enmarcados en un fino armazón de hierro dejan pasar la luz a raudales. Esa disposición, que suprime los batientes, permite colocar en el interior unas celosías de láminas apretadas y tenues. La chimenea de mármol negro era alta, ancha y casi sin saliente, con un hogar previsto para la combustión del carbón de piedra; un reloj sencillo y pequeño reposaba entre dos candelabros de bronce. Pero éstos, fijados a la repisa de la chimenea, recibían mediante un conducto oculto el gas necesario para alimentar su triple mecha. El gas se distribuye así a todos los ángulos del salón y a la araña del techo. Resulta a la vez claro y cómodo. Los sillones, de formas y tapicerías variadas, ofrecían a la gente cansada las más propicias curvas. No había lugar allí para ninguna de las modas ni de las costumbres francesas: menos lujo, y mucha más comodidad; un piano de cola de Broadwood y un órgano melodioso completaban el conjunto, dotado de un tono y una armonía muy particulares.



Como a menudo ocurre en Escocia, el catolicismo y el protestantismo compartían las convicciones de la hospitalaria familia: mister B... era un rígido protestante, mientras que su mujer y su hija practicaban la religión católica; pero con su tolerancia, su sociabilidad, su poesía, esta última atemperaba con su dulzura las severidades del puritanismo. Los calvinistas de Escocia, siguiendo a John Knox, han llevado lejos esa rudeza en la práctica religiosa, separándose incluso de la iglesia anglicana; mientras que esta última, al tiempo que admitía los dogmas de Calvino, ha conservado los obispos y cierta jerarquía sacerdotal; los

presbiterianos de Escocia proclaman la igualdad absoluta entre los ministros del culto, que libres de toda liturgia y de toda práctica externa, no tienen por misión sino la de interpretar la Biblia mediante la razón individual. Jacques se propuso seguir con interés los detalles de las dos religiones fusionadas en la familia B...

Miss Amelia volvió sola al cabo de unos minutos, y con la libertad de las jóvenes inglesas, guió a sus dos invitados en su nueva excursión.

—Señores —les dijo— voy a conducirles a los jardines botánicos, que están situados en la misma Inverleith Row; hoy es sábado, los invernaderos estarán todavía abiertos y podrán ver allí unas plantas curiosas.

Jacques ofreció su brazo a *miss B...*, que lo aceptó con gracia, y no tardaron en llegar ante la entrada de los *Botanical Gardens*. Tras una puertecita sin ornamentos externos, el jardín parece una propiedad particular, pulcramente cuidada; el césped es magnífico, como en toda Inglaterra, y los paseantes deambulan por él tan libremente como por los senderos de arena. *Miss Amelia* se dirigió hacia los invernaderos, que consisten en una vasta rotonda de cristal que abriga plantas exóticas de todos los climas. La cúpula de esta rotonda está coronada por una galería de hierro desde donde se goza de una magnífica vista, que abarca toda la ciudad de Edimburgo.

El agradable paseo duró cosa de una hora, entre las incesantes preguntas de Jacques sobre Escocia, y las continuas interrogaciones de *miss Amelia* sobre Francia; finalmente, de vuelta en Inverleith Row, con toda naturalidad y como si de un lugar de recreo se tratara, *miss B...* condujo a sus nuevos amigos al cementerio de Edimburgo, al otro lado de la calle.

Era por cierto un jardín delicioso, con verdes parterres y setos de boj a lo largo de los senderos; daba gusto ver las tumbas bajo esas frescas enramadas; provocaban deseos de tumbarse en ellas para el descanso eterno. La imagen de la muerte no reviste allí el aspecto fúnebre de los mausoleos y las columnas truncadas de Francia; las tumbas parecen agradables casitas donde se desarrollara una vida atractiva y tranquila. Ese particular sentimiento impresionó fuertemente a Jacques, y entendió por qué, simple y naturalmente, *miss Amelia* les había conducido a ese parque encantador.



XXIII Una reunión de familia

A su regreso, los visitantes encontraron en el salón a mister B... y al reverendo mister S... Mister B... les recibió con una cordial gravedad, y les habló en su lengua materna, que utilizaba con una comedida lentitud; parecía ser la mejor persona del mundo, con sus ademanes distinguidos y sosegados. En vano esperaba Jacques ver el gabán y el *kilt* escocés: mister B... lucía simplemente un traje negro.

El reverendo mister S..., sacerdote católico, parecía íntimo de la casa; su rostro afable y bondadoso, sus ojos profundos y cálidos, su porte discreto y modesto, revelaban en él al modelo perfecto del eclesiástico inglés; ¡qué diferencia con esos ministros presbiterianos, mitad sacerdotes y mitad comerciantes, dedicados a las especulaciones del comercio y a la salvación de las almas, cuyo tipo más detestable es el misionero inglés de las colonias!

Mister S... había viajado mucho por Europa; visitante de paso en Roma, Viena, París, poseía amplios conocimientos, y hablaba admirablemente francés, sin el menor acento; dirigía entonces en el condado de Fife una pequeña parroquia.

La cena estaba servida, y bajaron al comedor situado en la primera planta. Al penetrar en él, Jacques quedó sorprendido por su aspecto severo e imponente: le parecía estar viendo una de esas amplias salas de la Edad Media donde se reunía a comer la familia bajo la solemne presidencia del padre; reinaba allí un silencio casi religioso; los colores oscuros de las tapicerías y muebles reforzaban aún más esa impresión.

Jonathan ocupó su sitio entre *mistress* B... y el reverendo mister S..., y Jacques a la derecha de *mistress* B... y a la izquierda de *miss* Amelia. Antes de sentarse, todos permanecieron en pie unos instantes, recitando mentalmente el benedícite.

Sirvieron una sopa compuesta de carne y de caldo, y *miss* Amelia participó a sus invitados que se trataba del *hotchpotch* nacional; consumieron, pues, aquel potaje rindiéndole los honores que merecía.

—Hemos querido, señores —dijo mister B...—, no cambiar nada de nuestras costumbres escocesas.

—Se lo agradecemos de todo corazón —respondió Jonathan—. Mi amigo ha asistido a menudo en su imaginación a las comidas de los héroes de Walter Scott, ¡y en estos momentos cree ser el convidado de Fergus Mac Ivor Vich Ian Vohr!

—Sólo hay una cosa que *monsieur* Jacques echa de menos —intervino *miss* Amelia— ¡y es que no luzcamos todos el traje de las Highlands!

—Estos señores quedarán plenamente complacidos, si quieren penetrar más hacia el norte —dijo el reverendo S...—; en los campos, junto a los lagos, en los valles, en las montañas, los habitantes conservan aún algunas huellas de tiempos pasados, el atuendo y el orgullo escocés.

—¿Tienen sin duda el propósito de subir hacia las tierras altas? —preguntó mister B...

—En realidad —respondió Jacques— pensamos pedirle su parecer al respecto. Pretendo no partir de Escocia sin haber gozado de ella algo más.

—¿Y qué le parece nuestro país? —prosiguió *miss* Amelia—. Responda con la franqueza de nuestra tierra.

—Es un magnífico país —respondió Jacques—, y además extraordinariamente interesante de visitar; puede decirse, de forma general, que en él nada se hace, se dice, se piensa, se entiende o se ve como en Francia; de modo que cada palabra, cada acción, cada mirada, se presta al asombro o al estudio. Sólo hemos podido juzgar superficialmente, y sin embargo estamos maravillados; en lo que a mí respecta, en ningún momento he encontrado la realidad inferior a lo que había soñado de la vieja tierra caledonia.

—Yo comparto totalmente la opinión de mi amigo —prosiguió Jonathan— y estoy seguro de que aún nos sentiremos más fuertemente impresionados si podemos hacer alguna excursión a las montañas.

—Tienen razón —respondió el reverendo mister S...—, y nada

más fácil: si quieren complacerme visitándome en el castillo de mi hermano, en O..., en el Fife, será para ustedes el punto de partida de una excursión verdaderamente interesante. Allí podrán comprobar la existencia de esos tres amores que nada podría arrancar del corazón de un escocés: el amor a su patria, por la que demuestra un ardiente patriotismo; el amor a su clan, por el que profesa un apego sin límites, y, finalmente, el amor a su propia familia, de la que honra a sus parientes y primos hasta la novena generación; es ese un vestigio de la Edad Media y del feudalismo que no tengo el valor de combatir. ¿Vendrán ustedes, señores?

—Acepten, acepten —intervino con viveza *miss Amelia*—; verán el castillo más bonito de Escocia en un parque encantador, donde les recibirán con la más pródiga hospitalidad.

—No nos resulta difícil creerla, *miss Amelia* —respondió Jonathan.

—Siento —prosiguió mister S...— que mi hermano y mi cuñada no estén presentes para hacerles los honores de su castillo; pero haré cuanto pueda para sustituirles.

—Se lo agradecemos sinceramente —respondió Jacques—. Pero esa excursión, ¿durará mucho tiempo? Estamos un poco apremiados por el tiempo.

—Disponen de más tiempo del que necesitan, ténganlo por cierto; sólo tendrán que remontar el Firth of Forth en un barco de vapor, y estarán a una hora de distancia de O...

—De ahí —intervino mister B...— nada más fácil que atravesar Escocia por Stirling hasta Glasgow, y regresarán a Edimburgo por el lago Lomond, el lago Katrine, y las montañas.

—Ya está decidido —añadió *miss Amelia*—; ningún turista deja de hacer esa excursión; es magnífica, y basta con dos días para contemplar cosas admirables. Yo me encargo de prepararles un itinerario, y no perderán una sola hora ni una sola vista.

—Aceptado —exclamaron los dos parisinos—. ¿Y cuándo partiremos?

—El lunes por la mañana —dijo mister B...—; no olviden que el domingo estaré a su disposición para visitar Edimburgo, y que mañana volverán a comer con nosotros. Por cierto que nosotros también partiremos el mismo lunes, y probablemente no podremos volvernos a ver a su regreso de los lagos.

Jacques y Jonathan dieron efusivamente las gracias a su anfitrión, y se remitieron a él para que determinase todo de la manera más satisfactoria.



XXIV Sobre la gastronomía escocesa

El sábado, la comida transcurrió entre interesantes pláticas, en que Jonathan hizo gala de su inglés más puro. Imponentes trozos de carne rostizada, unos gigantescos rosbifs, aparecieron bajo su campana de plata. Las verduras, sólo hervidas en agua y sin ningún aliño, se mezclaban en el plato de los comensales con las lonchas de carne y de jamón. Jonathan, al que había correspondido una magnífica cebolla de Portugal, gorda como el puño, tuvo alguna dificultad en acabar con ella, y no sin esfuerzo y sin contener alguna mueca, consiguió salvar su honor, empeñado en esa lucha. Unas *grouses*, especie de perdices, de carne fresca y realzada con un ligero sabor a brezo, constituyeron el segundo plato. Todos sorbían de vez en cuando un vasito de jerez o de oporto. Pero cuando mister B... advirtió que los estómagos parisinos se avenían mal con ese régimen, hizo servir algunas pintas de una cerveza muy agradable conocida con el nombre de *table-beer*. La indispensable tarta hizo su aparición para el postre, y luego cada comensal procedió a la confección de una extraña bebida apropiada para terminar el ágape. Los parisinos imitaron como mejor pudieron a su anfitrión; pusieron en el fondo de un gran vaso, destinado a ello, unas cucharadas de gelatina de tamarindo, sobre la cual vertieron agua hirviendo y ron. La mixtura se agitaba con una larga cucharilla especial; luego se trasladaba a un vaso pequeño reservado a esa ceremonia. Ese pequeño vaso servía para absorber dicha bebida, y hubo que llenarlo y vaciarlo varias veces, lo que hizo que Jacques abrigara algún temor respecto a su cabeza poco resistente. Una vez terminada la comida y dadas las gracias, todos retornaron al salón.

Enseguida se despidió el reverendo mister S...; tenía que regresar a O... esa misma noche; les recordó a los viajeros su

promesa, encomendó a *miss* Amelia la misión de indicarles la ruta y los medios de transporte, y convino en esperarles el lunes hacia las once en el malecón de Cramby Point.

Aunque la comida había sido hartamente abundante, no pasarían más de dos horas antes de sentarse de nuevo a la mesa para tomar el té de la tarde. *Miss* Amelia propuso otro paseo para ocupar el tiempo; Jacques y su amigo aceptaron como si sus jornadas no hubiesen estado ya bien aprovechadas e incluso más; el placer suprimía la fatiga. Mister y *mistress* B..., *miss* Amelia y sus invitados salieron, pues, y remontaron Inverleith Row. Llegaron a Newhaven, a cosa de una milla del puerto de Leith; es un pequeño grupo de casas junto a la orilla del mar, que forman un pueblecito de pescadores; su aspecto es más bien triste. La marea estaba baja en ese momento y dejaba al descubierto una playa negruzca y rocosa; un malecón sustentado con cadenas de hierro como un puente colgante se adentraba bastante en el mar, y de trecho en trecho, algunas barcas varadas se inclinaban sobre el costado. Hacia la izquierda, casi a una milla, un hermoso espigón de piedra, Granton Pier, daba acceso a los navíos que recorren el Firth of Forth.

—He ahí, señores —dijo mister B.—, el lugar donde embarcarán para O...; ahí se encuentran también los buques que llevan el servicio regular entre Londres y Edimburgo.

—Bien —respondió Jacques—; el lunes por la mañana, antes de embarcar en el Forth, nos informaremos de las salidas de los buques hacia Londres; tal vez regresemos por vía marítima.

—Eso aún está por decidir —repuso Jonathan—; si podemos evitar esa travesía, será mucho mejor. Por lo demás, ya lo pensaremos.

A las ocho y media, la mesa estaba de nuevo dispuesta en casa de mister B..., y cada quien ocupó su lugar para el té. Tomar el té es una ceremonia que tiene su importancia en Inglaterra, donde se da un considerable consumo de esa planta, cuya exportación supera los doce millones de kilogramos. La infusión del té es vigilada con todo esmero por los consumidores, y *miss* Amelia, con una gracia encantadora, asumió esa importante misión. Cuando la decocción llegó al punto deseado, *miss* Amelia la vertió en las tacitas de sus invitados, le añadió un poco de leche clara, y culminó todo ello con unas gotas de nata líquida. Nunca Jacques y Jonathan habían

probado un licor más delicioso, servido con tanta precisión y amabilidad. Unas pastas de forma particular, llamadas *muffins* y reservadas para ese uso, acompañaban el incomparable té, y sin duda el mismo emperador de Rusia no consume otro mejor.

Se había hecho de noche; los comensales retornaron al salón, y Jonathan agradeció mediante deliciosas melodías la gentileza de esa excelente familia; cantó, tocó el piano, y hasta el mismo Jacques lo acompañó al órgano con algunos acordes bastante acertados. *Miss Amelia* parecía apreciar mucho la música, y se abandonaba a ese vivo encanto, a ese sentimiento perfecto que los verdaderos artistas vierten en la interpretación de sus propias obras. Comunicó a Jonathan algunos ingenuos cantos recogidos en el país de las tierras altas, y éste los reprodujo en el piano, armonizándolos de una forma simple y a la vez colorida.

—Cierto —le dijo a *miss Amelia*— que estas melodías algo monótonas están llenas de carácter y de color; pero se basan en una serie de intervalos que son casi siempre los mismos, y hay una forma muy sencilla de ejecutar cantos escoceses al piano, y es tocando sólo las teclas negras; la casualidad ha hecho que la disposición del instrumento tenga ese curioso resultado.

Y uniendo el ejemplo al precepto, improvisó unas bonitas melodías según ese procedimiento. *Miss Amelia* estaba encantada. Tras esas delicadas melodías, el piano resonó bajo las cuatro manos parisinas, y las bacanales de Orfeo espantaron los tímidos ecos de la mansión. Luego el piano calló, quedando en reposo durante todo el domingo para santificarlo con su silencio religioso. Los dos amigos se despidieron de sus amables anfitriones, dándose cita con mister B... para el día siguiente a la una, junto a la estatua de Pitt, en George Street.



XXV Jacques y Jonathan visitan Edimburgo

Hay que confesar, sin embargo, que Jacques y Jonathan sentían agotadas sus fuerzas, y su mente tenía dificultades para asimilar las mil impresiones de esas importantes jornadas; regresaron al hotel Lambret, arrastrando el paso por aquellas calles desiertas y poco alumbradas; después de tales fatigas, el sueño, por suerte, no se hace esperar.

A la mañana siguiente, saltaron de la cama, se vistieron con presteza, y reemprendieron su marcha a través de las curiosidades de la ciudad; se dirigieron primero hacia Calton Hill, cuyos singulares monumentos les habían llamado la atención desde la cima de la Silla de Arturo.

Ese domingo en Escocia las calles estaban más tristes, más abandonadas que nunca, y las tiendas, puritanamente cerradas sin excepción; apenas osaba algún impío transeúnte hollar el solitario pavimento; cualquier idea, cualquier acción parecía sepultada en el solemne hastío del protestantismo, viento seco y árido, cuyo soplo marchita la mente y el corazón. Aquello dejaba en el espíritu una triste impresión de los domingos de Edimburgo.

Calton Hill es una colina poco elevada, sobre la cual la edilidad edimburguesa ha erigido diversos monumentos; siguiendo la costumbre, todos ellos imitan a algún monumento de la antigüedad. Así, en los primeros peldaños de su escalera, el monumento a Dugah-Stewart reproduce la linterna de Demóstenes; más arriba, el Observatorio está construido sobre el modelo del Templo de los Vientos en Atenas. En la cumbre se eleva hasta una apreciable altura el monumento a Nelson, coronado de una señal para los navíos que surcan el Forth: se trata de una torre con una forma deplorable, que ofende la vista con su ingrato perfil. Junto a ella se

yerguen las doce columnas corintias del pórtico de un templo inconcluso; es el Monumento Nacional de Escocia; en un arranque de patriotismo, tras la batalla de Waterloo, y para perpetuar su memoria, fue votado por aclamación; pero pronto llegaron a faltar los fondos, y sólo queda de aquel proyecto una ruina moderna; iba a ser la reproducción exacta del Partenón, la obra maestra de la arquitectura antigua. Por lo demás, ese pórtico incompleto tiene un bonito efecto sobre esa colina. Hay que decir que si todos esos monumentos, con su mala ejecución y sus horrendos detalles, aislados carecen de gracia y de estilo, en conjunto se complementan, y *resultan bien* en el paisaje. Es preferible esa pretensión de recordar otra cosa, a la de no parecerse a nada [15], como tantos monumentos en Francia.

El panorama es muy hermoso desde la terraza de Calton Hill; ahí es donde la elegante sociedad de la villa saca su hastío a pasear, cada vez que una fiesta o un domingo no les obliga a consumirlo a domicilio. Jacques y Jonathan estuvieron por lo tanto solos, y contemplaron en silencio el mar del Norte y las costas circundantes.

—¿Dónde almorzaremos? —no tardó en preguntar Jacques.

—Como siempre, ¡en nuestra taberna de High Street!

—Bien por la taberna; bajemos.

Pasaron frente a la Escuela Superior, vasto templo grecoegipcio con aires de haber llegado de Atenas con dedicatoria de Teseo; bordearon la prisión, y por el puente del Norte, que domina el mercado de frutas y verduras, y la General Railway Station, alcanzaron su anhelada taberna. Pero nada de almuerzo, la puerta estaba cerrada; llamaron, y nada. Buscaron otra *coffee-house* cualquiera, y nada; preguntaron dónde podrían conseguir algo de almorzar: nada. El domingo no se come en Edimburgo, ni en toda Escocia; cocineros y vendedores están en la prédica o en el oficio. Los parisinos ignoraban sin duda esa particularidad; regresaron, pues, al hotel Lambret, cayéndose de inanición.

—Es una exageración —dijo Jacques—. ¿Es que los domingos sólo tienen alma?

Por fin, en el hotel, pudieron almorzar copiosamente, y hasta demasiado copiosamente, pues dos pintas de esa famosa *ale* de Escocia, de la que no receló lo suficiente, a punto estuvieron de enfermar seriamente a Jacques; tuvo que tomarse una hora de

reposo, y se despertó con una fuerte jaqueca. En ese estado fue como Jonathan le llevó a encontrarse con mister B..., junto a la estatua de William Pitt.

El principal objetivo de esta nueva excursión era una visita al castillo de Edimburgo atravesando los jardines de Prince's

Street; en otros tiempos, esa hondonada, tan maravillosamente transformada, no era sino un lago que defendía las proximidades de la fortaleza. Fue en parte rellenada con las tierras extraídas de la construcción de la ciudad nueva; sus céspedes son verdes y frescos, y cada quien se pasea por ellos a su antojo. Mister B... y sus dos invitados descansaron unos instantes en uno de los bancos del hermoso paseo, y retornaron a la ciudad alta por el puente de Waverley. Dicho puente domina la segunda parte de la hondonada, ocupada por la General Railway Station, donde convergen los distintos ferrocarriles de Edimburgo, como el Edimburg and Glasgow y el North-British; conduce al Banco de Escocia, edificio situado en una magnífica posición, y desemboca en Lawn Market, prolongación de High Street y de la Canongate, que conduce directamente al castillo. El campanario de Victoria Hall erguía en el aire su aguja gótica, y unos pasos más arriba, mister B... señaló a los visitantes la casa del poeta Alian Ramsay, que empezó siendo peluquero y fue apodado el Teócrito escocés. Era, en el siglo XVIII, el Jasmin[16] del lugar. Las casas de esa parte de Castle Hill pertenecían antaño a la nobleza de Edimburgo y le servían de residencia, casi de fortaleza. La explanada que precede al castillo es bastante amplia; está decorada con una estatua de bronce del duque de York, en traje de gala de caballero de la Jarretera.

El castillo de Edimburgo se eleva unos ciento quince metros sobre el nivel del mar; a Jacques le costó creerlo, con sus falsas ideas sobre las diferentes altitudes; pero hubo de rendirse a las buenas razones de su amable cicerone; éste, mientras les paseaba por los patios interiores, les hizo una reseña histórica de esa vieja fortaleza, que en tiempos de los reyes poetas, se llamaba el campo de las muchachas, *Castrum puellarum*; forma parte, junto con los de Dumbarton, de Stirling y de Blackness, de los cuatro castillos que, desde la unión de los dos reinos, debían estar siempre fortificados. La terraza de los baluartes es un lugar de paseo para

los habitantes de la ciudad vieja, y domina un magnífico panorama, que se extiende sobre el mar y las montañas circundantes. En el baluarte del rey, mister B... señaló un enorme cañón del siglo xv, compuesto de barras de hierro ajustadas mediante gruesos aros. Diríase un enorme tonel de metal. Pero en una fiesta pública explotó, y aún muestra una gigantesca herida en su costado abierto. Los visitantes estaban demasiado cansados para penetrar en las salas interiores; quedaron, pues, privados de ver las joyas de la corona de Escocia; desde una de las plazas de armas, mister B... les enseñó la ventana de la famosa habitación donde María Estuardo dio a luz a Jaime VI, posteriormente Jaime I de Inglaterra. La imagen de la pobre reina sigue viva entre esas murallas, y el corazón se conmueve pensando en la que fue la más bella y la más amada de su siglo.

—Además —dijo Jacques—, era medio francesa, y todo francés debe honrar el recuerdo de la conmovedora sobrina de los duques de Guisa.

XXVI Nueva lección de pronunciación

—Y ahora, señores —dijo mister B...—, sólo nos queda regresar a Inverleith Row, donde debe esperarnos la cena.

—Con mucho gusto —respondió Jacques—, pero si lo permite tomaremos un coche, pues estoy extenuado.

—Nada más fácil, en la estación de la calle del Príncipe; por suerte sólo tenemos que ir cuesta abajo.

Al cabo de unos minutos, habían atravesado los jardines, y un carruaje se dirigía hacia la residencia de mister B... La cena fue servida con el mismo obsequio que el día anterior, y se distinguió por cierto *haggis*, especie de pudín compuesto de carne y de harina de cebada propio de Escocia, el cual fue dignamente apreciado. Tras las diferentes ceremonias de los postres, *miss* Amelia se dispuso a componer el programa de la excursión a los lagos; había realizado por sí misma esa gira de artistas, y su memoria fue maravillosamente útil para combinar las horas de salida y los medios de transporte.

Los turistas debían ir directamente a O... por el Forth, de ahí llegar hasta Glasgow en ferrocarril, por Stirling, y regresar por el lago Lomond y el lago Katrine. Dos días bastarían para ese magnífico paseo. *Miss* Amelia escribió la hoja de ruta de su propio puño, con esa letra fina y alargada, tal vez la única cosa elegante que hayan podido inventar las inglesas. Jacques le pidió el valioso documento, y para hacer gala de su saber, le dijo contorsionando la mandíbula:

—*Miss, give me, if you please, one document for reading!* (pero pronunciando *raiding*).

Miss Amelia pareció extrañada, y le contestó:

—Eso que pide no es posible, puesto que irá usted por mar.

—Y bien, *miss*, qué relación...

—Pero no puede ir allí a caballo.

Jonathan, por más que se esforzase, no podía menos que reírse a carcajadas.

—*Miss*, esa es otra de las jugarretas que le gasta a Jacques su estupenda pronunciación.

—¿Cómo es eso? ¿Qué es lo que le he pedido a *miss* Amelia?

—¡Le has pedido ese documento para montar a caballo! *For raiding!*

Miss Amelia compartió la hilaridad de Jonathan. El pobre Jacques había pronunciado *raiding* en lugar de *riding*, y se juró a sí mismo no permitir más que esa espantosa lengua volviese a ensuciar sus labios.

A eso de las diez, los viajeros se despidieron de la amable familia; se volverían a ver a la mañana siguiente, de paso hacia Granton Pier, para depositar en la casa los baúles que no se iban a llevar a la excursión, y compartir el té matutino.

Al día siguiente, el tiempo, que había sido hasta entonces magnífico, pareció ensombrecerse; el viento viraba al oeste, amontonando grandes nubarrones en el horizonte.

—¡Diantre! —dijo Jonathan— ¡vamos a tener lluvia!

—Pues bien, veremos lagos y montañas bajo un nuevo aspecto, amigo Jonathan; no nos quejemos, y partamos...

Pidieron un coche; Jonathan abonó la cuenta del hotel Lambret, donde las habitaciones, como en toda Inglaterra, cuestan el precio exorbitante de cinco *shillings* por noche; a las ocho y media, tomaban el té por última vez con la familia B...

A las nueve, el coche se detenía en el dique de Granton Pier; la lluvia empezaba a caer; se elevó un viento violento, y a punto estuvo Jacques de perder su sombrero; de no ser por un joven *gentleman* descalzo y con harapos que lo detuvo al borde mismo del abismo, adiós sombrero. Jacques recompensó el servicio mediante la dádiva de *one penny*, que el muchacho recibió fríamente con gran dignidad.

La primera preocupación de Jacques fue dirigirse a los paquebotes que realizan el servicio entre Edimburgo y Londres, para pagar el viaje de regreso. Se trata de magníficos vapores, acondicionados con el esmero y las comodidades que aportan los

ingleses sobre todo a sus construcciones marítimas. Allí, con la ayuda de Jonathan, Jacques se informó de que la travesía se hacía en cuarenta horas como mínimo, al precio de veinte *shillings* en camarote de primera. La próxima salida tendría lugar el miércoles siguiente con la marea de las dos.

—El precio es correcto, pero la ruta algo larga, y el tiempo muy inseguro.

Jonathan hablaba así considerando las olas bastante fuertes que rompían mar adentro.

—Eso lo decidiremos en camino —repuso Jacques—. Está sonando la campana del barco del Forth, embarquemos, ¡embarquemos!

El vapor, el *Prince de Galles*, estaba atracado junto al malecón; su chimenea vomitaba torrentes de humo, y su caldera roncaba sordamente. A bordo reinaba una gran actividad, y a la llamada de la campana, los viajeros retrasados acudían apresuradamente. El *steamboat* comunicaba los principales pueblos o aldeas de las orillas del Forth: siempre va atestado de pasajeros, que se sientan en un rincón y ya no se mueven hasta la llegada. Había allí una multitud de comerciantes, de *country-men*, de propietarios, de ministros protestantes; éstos, con su larga levita negra y sus calzas cortas, se distinguían por la frescura de su rostro y la gravedad de sus gestos; uno de ellos, un joven de treinta años, de agradables rasgos, apoyado elegantemente en su bastón, recordaba a uno de esos curiosos tipos del *Vicario de Wakefield*.

A pesar de la lluvia que caía con cierta violencia, ningún viajero buscaba refugio en el salón; los escoceses y los ingleses suelen estar acostumbrados a ese contratiempo y no paran mientes en él; por lo demás, saben viajar, no cargan con equipaje inútil; se abrigan bajo su manta de viaje, y se confortan el ánimo con la ginebra o el *whisky* de su inseparable botella; entrando así en calor, desafían al viento y a la lluvia; es lo que ellos llaman *vestirse por dentro*.

En esto, sonó la última campanada; Jacques y Jonathan bajaron a cubierta por una pasarela bastante empinada que le producía vértigo a este último; la cadena fue devuelta a la tierra y el *Prince de Galles* no tardó en salir de la dársena que le protegía de las olas del mar del Norte.



XXVII Escocia es un país lluvioso

El Firth of Forth, siempre presente cuando se habla de Edimburgo, es un golfo encerrado entre la orilla del Fife, al norte, y los condados de Linlithgow, Edimburgo y Haddington, al sur; está alimentado por el Forth, río poco importante que baja desde el Ben Lomond y desemboca en el mar en Kincardine, cerca de Alloa... El *steamboat* hace en tres horas la travesía entre Granton Pier y la extremidad de ese estrecho designado con el nombre de Firth.



Las orillas son extrañamente recortadas; obligan a realizar mil sinuosidades para abordar en las distintas estaciones, que en su mayoría están provistas de embarcaderos. Las ciudades, los pueblos, las casitas, se esparcen sobre las orillas, en una campiña bastante fértil y arbolada; los dos viajeros apenas lograban distinguir ese paisaje encantador rayado por la lluvia; se abrigaban lo mejor que podían bajo el vuelo de la galería de la camareta alta, o bajo la larga pasarela de los tambores; además no tenían el consuelo de poder fumar, ya que sólo la proa del barco estaba reservada a ese

tipo de distracción.

Desde hacía rato se venían oyendo unas detonaciones sordas en la parte occidental del golfo; Jacques intentaba en vano descubrir su causa. Se hicieron más nítidas cuando el *Prince de Galles* dejó atrás el pueblo de Aberdour y la isla de Colm. Pero pronto, al costear el islote fortificado de Garvie, junto al gran burgo real de Queensferry, en el sitio exacto donde el Forth se hace más estrecho, los pasajeros del *steamboat* se hallaron en presencia de un buque de línea de la marina inglesa. Era una nave de doble cubierta haciendo prácticas de tiro con los cañones de la batería baja.

—Pero si nos va a disparar —exclamó Jonathan.

—Te parece así —respondió Jacques—, porque calculas mal su posición: fíjate mejor.

El tiro de rebote producía un curioso efecto; la bala, levantada por las olas que cogía de refilón, reaparecía a una distancia considerable, y señalaba su trayectoria mediante una estela espumosa. En cuanto a Jonathan, estaba en lo cierto con su temor, ya que unos días más tarde, el mismo *Prince de Galles* recibió una bala en pleno casco. Desafortunadamente, pues hubiera sido muy inglés, nadie resultó alcanzado.

El *Prince de Galles* no tardó en dejar a su derecha el castillo de Rosyth, donde en otros tiempos residía una rama de los Estuardos, de la que descendía la madre de Cromwell: singular paralelo da que pensar.

—¡Aún bajo una recia lluvia! —dijo Jacques, que en esos lugares históricos siempre era poseído por el duende de la historia.

El castillo de Blackness, fortificado conforme a los artículos del tratado de la Unión, el pequeño puerto de Charleston, donde lord Elgin embarca la cal de sus inmensas canteras, quedaron finalmente rebasados a la izquierda, y la campana del *Prince de Galles* señaló la estación de Cramby Point.

El tiempo se había vuelto pésimo en aquel momento: la lluvia, azotada por un viento violento, se elevaba en húmedas ráfagas, y para colmo, el barco no pudo acercarse al embarcadero; los parisinos hubieron de bajar, en medio de una verdadera tempestad, a una barquita, en plena mitad del Forth, que en ese lugar puede tener dos o tres millas de ancho.

Antes que nada, Jacques buscó con la mirada el espigón de

Cramby Point, y apareció la vaga silueta de un viajero solitario refugiado bajo un amplio paraguas.

El *Prince de Galles* continuaba su marcha después de abandonar la pequeña barca. El barquero se vio obligado a izar una pequeña vela para alcanzar Cramby Point, y tras numerosos esfuerzos infructuosos, acostó el espigón; hubo que alcanzar la plataforma mediante una escala perpendicular que se hundía en el mar, y cuyos peldaños estaban cubiertos de hierbas y algas depositadas por la bajamar; finalmente, después de estar veinte veces a punto de romperse la crisma, los empapados viajeros llegaron junto al reverendo mister S..., que les tendió una mano chorreante.

—Señores, sean bienvenidos —dijo en su perfecto francés—, ¡y disculpen ustedes este tiempo adverso!

—Unos viajeros como nosotros —respondió Jacques— no son tan quisquillosos.

—La lluvia arrecia —añadió mister S...—. Entremos en aquel albergue situado al otro lado del malecón.

Jacques y Jonathan siguieron al reverendo; sus feligreses lo recibieron de muy buen grado en su aislada vivienda; pronto ardió en la chimenea un chispeante fuego, y los tres viajeros no tardaron en desaparecer entre el espeso vapor que brotaba de sus ropas. Al cabo de unos minutos, las ráfagas parecieron amainar un poco, y mister S... reemprendió valerosamente la ruta de O...

Siguieron la orilla del Forth durante cerca de una milla; la playa era bastante pedregosa, salvaje, plana y sinuosa; pero a poca distancia el sendero se internó tierra adentro bajo unos grandes árboles chorreantes; en esas condiciones, se hacía imposible conversar; el reverendo caminaba en cabeza, seguido de Jacques, que precedía a Jonathan; el sinuoso camino serpenteaba por el accidentado terreno, bajo el que se extiende la parte más rica de las hullas de Escocia. Hubiera sido practicable como mucho para los pequeños caballos del país, que recuerdan a los *poneys* del norte; de trecho en trecho, se extendían vastos pastizales alrededor de alguna granja aislada, cubiertos de gran número de animales que pacían tranquilamente bajo la lluvia; Jacques observó unas vacas totalmente desprovistas de cuernos, y unas pequeñas ovejas de sedosa lana, que parecían juguetes de niño. El pastor de esos grandes rebaños, sin duda refugiado bajo alguna roca, no se dejaba

ver; pero el *collie*, raza de perro particular a esa comarca, famoso por ser activo y vigilante, merodeaba alrededor de los pastizales, y reunía a los animales dispersos.

El reverendo señaló la sorprendente fertilidad del suelo que atravesaban al alejarse paulatinamente del Forth; en esos condados del sur, antaño cubiertos de abetos y robles, se practica ahora el sensato y fructífero cultivo del trigo, de la cebada y el centeno; pero, por lo general, el clima húmedo confiere al suelo escocés una marcada inferioridad sobre el de Inglaterra. Por otra parte, el aspecto de esa campiña no recordaba en nada a las campiñas francesas; había en la disposición de los campos, en sus espesos setos, en la distribución de los grupos de árboles, en esa atmósfera especial, algunas diferencias que la mente sentía más que analizaba. Jacques descubría allí el íntimo sentimiento de una naturaleza nueva, que el viajero va a buscar lejos de su país natal; después de hora y media de marcha, el reverendo señaló que se acercaban a O...; los parisinos caminaban ya por el parque que rodea al castillo, creyendo ir aún por los campos. A la vuelta de una gran cortina de robles, una hermosa senda de arena se extendió bajo sus pasos, y cuando el viento y la lluvia arreciaban, llegaron a una puerta lateral de la vivienda, sin haber podido siquiera fijarse en su forma exterior.

XXVIII Tras los pasos de Walter Scott

Un sirviente, o más bien una especie de intendente de traje negro, los recibió en una magnífica antesala, decorada con cofres y asientos de gran belleza.

—Despoje a estos caballeros de sus gabanes —dijo mister S...—, y prepare ropa de repuesto para ellos; pero ante todo, pasemos un instante al comedor, y tomemos algún cordial reconfortante.

Mientras así decía, precedió a sus invitados hasta una vasta sala iluminada por inmensas ventanas; allí se encontraban reunidos todos los refinamientos del lujo moderno: tres vasitos se llenaron de un excelente aguardiente que el reverendo bebió de un sorbo sin pestañear. Jonathan, por cortesía, creyó deber imitarlo, y estuvo a punto de atragantarse bajo el impacto de ese enérgico licor, aunque sólo le costó un ataque de tos.

—Y ahora, caballeros —dijo mister S...—, les conduciremos a sus habitaciones, donde encontrarán las ropas que he puesto a su disposición.

Jacques y Jonathan subieron al primer piso por una escalera auténticamente real, y fueron introducidos en unos cuartos elegantemente decorados. Un perfume particular, una agradable disposición de los muebles y los objetos, indicaba el aposento habitual de alguna opulenta *lady*; unos amplios tocadores, colocados en el reducto circular de una torrecilla, ofrecían todas las frivolidades de las exigencias femeninas.

Los dos amigos sólo tuvieron que alargar la mano para hacerse con medias, pantuflos, pantalones; advirtieron que el reverendo había puesto a su disposición su propio guardarropa; no pudieron evitar reírse a carcajadas mientras se introducían en amplias calzas negras, con una amplia trabilla que se ataba a la cintura.

Ataviados de tal modo, pero al menos perfectamente cómodos, bajaron a la planta baja de la vivienda.

Un magnífico salón, contiguo por un lado a un gabinete de trabajo y por el otro a un invernadero repleto de flores raras, componía junto con esos dos cuartos una inmensa galería; uno no se imagina la intensidad de luz que obtienen los ingleses mediante esas amplias ventanas cuyo vano sobresale de la fachada para permitir que la vista se extienda hacia todos los lados; esa disposición es además común a todas las casas de Inglaterra, donde las incesantes brumas obligan a extraer del exterior la mayor claridad posible. En esa galería, uno creía estar al aire libre; la lluvia había cesado, y algunos rayos de sol atravesaban las nubes más altas.

En la chimenea, con su amplio y hospitalario hogar, brillaba un chispeante fuego; ante una de las ventanas estaba abierto un piano vertical; asientos de las más variadas formas ornaban las esquinas del salón, y en el invernadero, la caoba, el palisandro y el palo de rosa daban paso a la porcelana decorada; unos valiosos cuadros, magníficas telas de la escuela italiana traídas de Roma por el reverendo en persona, y algunas obras maestras de la escuela flamenca colgaban de la pared; Jacques y Jonathan estaban estupefactos al descubrir semejante lujo en medio de esa campiña medio salvaje.

A juzgar por su interior, el castillo debía adoptar la arquitectura gótica que tanto popularizaron los sajones; era por lo demás absolutamente moderno, con todo el esplendor de su juventud. Dicha forma, particularmente caprichosa, permite dar rienda suelta a la fantasía del arquitecto, y cuando éste es inglés, uno puede estar seguro de que lo sacrificará todo al confort; en efecto, pone una puerta donde más cómoda resulte, abre una ventana en el lugar donde ofrezca los más hermosos panoramas; dispondrá los salones y las habitaciones de la forma más ventajosa; elevará el techo de una sala, rebajará el de un gabinete de trabajo; un cuartito encantador estará situado junto a una alta y amplia galería, y de ese conjunto resultará una fachada irregular, agradable en sus mismas irregularidades, desdeñosa de las líneas arquitectónicas en favor de una improvisación no exenta de cierto estilo. Esos pequeños castillos góticos son numerosos en Escocia, y admirablemente apropiados a los usos y al clima del país.

La cena fue digna de ese lujo principesco. El reverendo

mister S... le hizo honor con una afable exquisitez; según la costumbre, y en honor a sus invitados, les ofreció que trincharan los manjares dispuestos ante ellos. Jacques se las arregló bastante torpemente con un pollo anegado en una salsa peculiar, pero en cambio Jonathan partió maravillosamente una gelatina de naranjas, que tremolaba en la copa de porcelana esmaltada. El *sherry*, el oporto, el clarete de una cosecha extraordinaria, circularon copiosamente, junto con el agua de seltz servida en unas pequeñas botellas con forma de biberones, colocadas junto al plato de cada comensal. Huelga decir que el plato fuerte de la comida consistió en una montaña de carne de buey, acompañada de sus inseparables colinas de verduras hervidas.

Durante la homérica comida, que le recordaba a Jacques la cena de Waverley en casa de Fergus, mister S... inició a sus amigos en las costumbres del país que habían recorrido, y del que iban a visitar.

—Allí se encontrarán en pleno Walter Scott, caballeros; verán con qué fidelidad pintó esos lugares históricos, y juzgarán por sí mismos la veracidad del sentimiento que se desprende de sus obras; el genio del novelista era inmenso, y el país, digno de él.

—¿Pero podremos todavía encontrarnos a esos famosos *highlanders*? —inquirió Jonathan—. ¿Existen todavía huellas de esos clanes tan célebres?

—Sin duda alguna —respondió el reverendo—: si los clanes ya no existen políticamente, siguen existiendo desde el punto de vista histórico. Algunas familias mandan aún por tradición; están los Mac Gregor, los Mac Douglas, los Sutherlands, los Mac Donald, los Campbells, cuya soberanía feudal sigue aún en vigor; sus vasallos, iguales a su amo ante la ley, se reconocen sujetos y tributarios, y cada clan se distingue por el color de su tartán.

—Desgraciadamente —intervino Jacques— no podremos profundizar en esas curiosidades; nos faltará tiempo; tendremos que limitarnos a seguir a vuelo de pájaro esa historia viva aún en los lagos y montañas de los condados de Sterling y de Argyle.

—Con un guía como Walter Scott, *monsieur* Jacques, no lo dude: hará usted más de un estudio serio, pues le habrá hecho entender todas esas bellezas de la Edad Media. Ya han descubierto la vieja Canongate de sus novelas, con su carácter exactamente descrito; en las montañas, a la orilla de los lagos, no le defraudará.

Jacques interrogó al reverendo mister S... sobre las tendencias religiosas de Escocia; se enteró de que el catolicismo progresaba, al igual que en Inglaterra, a pesar de las restricciones que las leyes oponen a su desarrollo; los sacerdotes católicos, con su continua fogosidad, su insinuante cortesía, su hierática afabilidad, terminarán por triunfar sobre la osadía y la rigidez de los ministerios protestantes. Esas observaciones son aún más ciertas en Escocia que en Inglaterra.

Hacia el final de la cena, el intendente vino a avisar al reverendo de que un enfermo le mandaba llamar; pese al tiempo y a la distancia, mister S... lo dejó todo inmediatamente, se despidió de sus invitados —que ya no volvería a ver—, encomendándole al guarda que los guiara por el parque, y tras un último apretón de manos, desapareció.

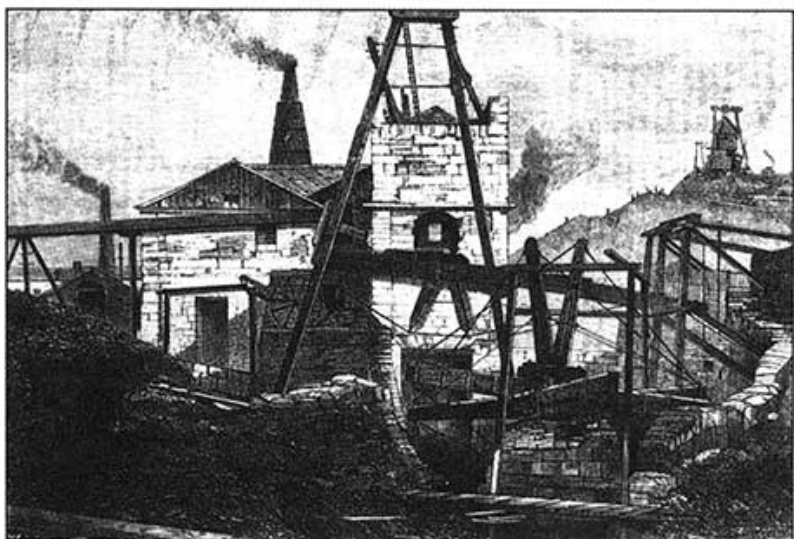
—Abnegación y sacrificio, esa es su divisa —dijo Jacques, levantándose de la mesa.

XXIX En el tren de Glasgow

El guarda de Ockley, con su pantalón de pana, sus polainas de cuero y su gorra escocesa, tenía un porte soberbio; con un gabán al hombro, y un *dirck* en el cinturón, hubiera estado perfecto. Debía ser el descendiente de aquellos fieles arrendatarios antaño entregados en cuerpo y alma a su señor. Se puso a disposición de los dos amigos, y aunque Jonathan experimentaba cierta dificultad en comprender su lenguaje mitad gaélico y mitad sajón, sin embargo, logró indagar que el hijo de ese buen hombre había hecho la guerra de Crimea y había luchado junto a los franceses; parecía muy orgulloso de ello; primero les terminó de enseñar el castillo, del que no escatimó ningún detalle; hubo que verlo todo, incluso la biblioteca severa y tranquila y un gabinete de historia natural en medio del cual se hallaba un enorme tigre disecado. Jonathan, que iba el primero, no se esperaba toparse cara a cara con ese animal, y soltó un grito de espanto. El escocés aprovechó ese incidente para reírse como quizá nadie se ha reído en Escocia.

Encima de una de las plataformas se erguía un potente telescopio, entonces recubierto con su funda de cuero; giraba sobre un eje y podía ser dirigido hacia cualquier punto del horizonte. La vista abarcaba desde esa altura un espacio inmenso, pasando de unos lugares áridos y salvajes a los campos cultivados. Detrás del castillo, a unas dos millas, las chimeneas de una mina de hulla humeaban tranquilamente. Esa explotación pertenece a mister S..., y con un considerable rendimiento en carbón de piedra, le proporciona el gas que ilumina el castillo y el parque, pues las sendas de este último están ornamentadas con pilastras que sostienen unas elegantes linternas. Tanto en Inglaterra como en Escocia, no hay ni pueblo pequeño, ni granja decentemente instalada, que no deban su luz a la destilación de la hulla: en ese terreno tan propicio, se hace un agujero, por así decirlo, y el calor y

la luz salen inagotablemente de él.



La fachada exterior del castillo, ante la cual se extendía un vasto y verde parterre, producía un efecto encantador con su curiosa irregularidad, sus múltiples tejados de diversas formas, sus aguilones y sus torrecillas góticas. Dicha fachada estaba conservada con primoso esmero; parecía una de esas tiernas casitas de niños, recién sacada de su caja; el capricho, que la había colocado un buen día en ese lugar, parecía poder transportarla sin dificultad a cualquier otro sitio, a voluntad de su propietario.

—Amigo Jonathan —dijo Jacques—, ¿no te gustaría habitar una joya así en una comarca tan hermosa? ¡Qué agradable sería trabajar ahí! ¡Y qué dulce la vida!, ¡cuán fácil ser feliz!

—¡Te encuentro muy atrevido, amigo Jacques, para ser un empedernido parisino que odia el campo!

—Odio el campo en las cercanías de París, porque a fin de cuentas, sigue siendo la ciudad con un poco menos de árboles, ya que los talan para construir los bulevares. ¡Pero aquí!, mira esa naturaleza, esos tupidos bosques; aspira el viento, cargado de las salvajes emanaciones de los brezos, que sopla en estos valles profundos; escucha su plañidera melodía en las gaitas del Strathdearie, según la expresión de Walter Scott, y dime si en algo

se parece a ese campo raso, lamido, pelado, del departamento del Sena; allí los aromas están demasiado civilizados, y la tísica atmósfera no tiene fuerzas para soplar como el rudo viento de las tierras altas. Si algún día me sonriera la fortuna, compraría por aquí algún coqueto *cottage*, y vendría a vivir en él como un verdadero *highlander*.

—¡Vana esperanza! —contestó Jonathan—. Busca en otra parte, amigo Jacques: ¡los extranjeros no tienen derecho a poseer una sola pulgada del suelo de la vieja Inglaterra!

—¡Triste, triste!

Después de rodear el castillo y recorrer las largas avenidas de arena del parque, el guarda se dirigió hacia los invernaderos, lindantes con las *lodges* donde se encontraban situadas las cuadras. Los invernaderos, admirablemente dispuestos y expuestos, contenían las más bellas frutas del mundo en su plena madurez; la vid cimbrea ya bajo el peso de unos racimos fenomenales; era el laboratorio natural donde todas las hortalizas se producían en todas las combinaciones posibles, para gran agasajo de los habitantes del lugar.

Al salir de ese palacio de cristal, el guarda propuso a los visitantes acercarse a las minas en explotación; pero la hora avanzaba, y regresaron al castillo; Jacques y Jonathan se despojaron de las prendas de mister S..., no sin añadir algunas risas a sus agradecimientos, y recogieron sus ropas perfectamente secas. El intendente les hizo entrar en el comedor y les ofreció bajo forma de *whisky* el *doch and dorroch*, en escocés, el último trago; aceptaron para no faltar a las leyes más elementales de la cortesía, y luego se dirigieron hacia la estación de Ockley, donde el tren procedente de Dunfermline debía transportarles a Glasgow, pasando por Stirling; agradecieron las atenciones de su complaciente guía con una generosidad más francesa que británica, y dejaron finalmente esa encantadora propiedad en la misma estación del ferrocarril.

Poco después llegaban a Stirling, donde tenían que cambiar de tren. De Stirling no vieron absolutamente nada; les hicieron atravesar la estación por una especie de puente cubierto, bajo el que rugían las locomotoras, y entraron por el lado opuesto en el andén de embarque. Jonathan sacó unos billetes para Glasgow al precio de

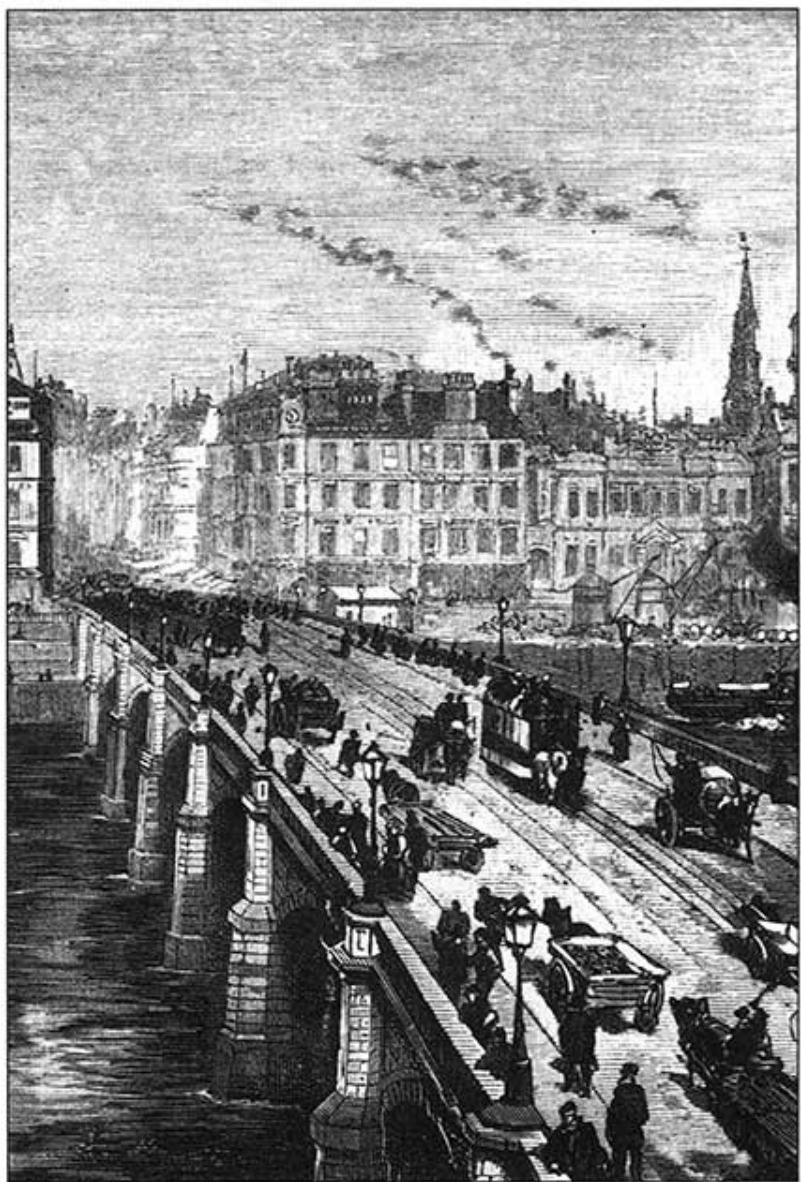
tres *shillings* y tres *pence* en segunda clase, y a causa de la insuficiencia y la mala voluntad de los empleados, tuvo grandes dificultades para reconocer el tren en cuestión. Por fin, seguido de Jacques, montó en un compartimento ya lleno de damas inglesas, que no parecieron apreciar la vecindad de dos varones; por lo que, cuando Jonathan dejó escapar delante de ellas que se dirigían a Glasgow, las ancianas *mistresses* se apresuraron a hacerle entender que se había equivocado de tren. Y en efecto, por esa vía, los viajeros hubiesen retornado a Ockley; bajaron a toda prisa, en el momento en que resonaba el silbato de la locomotora de Glasgow, y se precipitaron hacia un compartimento con un ímpetu muy francés.



Al salir de Stirling, el ferrocarril se aleja del Forth, que separa en ese lugar las tierras bajas de las tierras altas; por esa razón lo llaman la brida de los montañeros. Walter Scott, en *Rob Roy*, le encuentra más aspecto de río inglés que escocés; para su pesar, Jacques no pudo comprobar la veracidad de esa observación. El tren le llevaba hacia el sur, y sin querérselo confesar, experimentaba cierto descontento, ya que sus aspiraciones apuntaban sin cesar hacia el norte; pero se consoló cuando Jonathan le informó de que su excursión a los lagos les haría alcanzar una latitud más elevada.

A unas millas de Stirling, el ferrocarril pasa cerca del pueblo de

Bannockburn, donde Robert Bruce logró una terrible victoria sobre el rey de Inglaterra Eduardo II; luego bordea el canal del Forth, surcado por numerosas balsas cuyos mástiles se confunden con los árboles del campo. Se hacía ya de noche cuando apareció Castlecary, donde aún se ven los restos de la muralla romana que Agrícola hizo construir contra los caledonios independientes del norte; los conquistadores del mundo tuvieron que detenerse ante ese pueblo orgulloso y valiente que sigue lamentándose de la dominación inglesa. Finalmente el tren se sumió bajo un largo túnel, y llegó al mismo centro de la ciudad de Glasgow.



XXXU n olor a chéster

Al salir de la estación, los viajeros se encontraron inmediatamente en una hermosa plaza, adornada con un jardín donde se erguían algunas columnas ornadas de estatuas; pero la oscuridad no permitía distinguir nada, y apenas pudieron leer el nombre de la plaza en que se encontraban, Saint George Square. El hotel Comrie's

Royal se presentó a su vista; entraron y fueron recibidos por unas encantadoras señoritas, muy atractivas. Jacques, usurpando los deberes de su amigo, masculló algunas palabras que tenían la honesta intención de ser inglesas; las jóvenes *misses* pusieron en ello una gran complacencia, entendieron que se trataba de una habitación con dos camas, e hicieron conducir a sus dos huéspedes al primer piso de la casa.

Después de unas concienzudas abluciones, volvieron a bajar al salón, y se sentaron a una gran mesa, tras haber pedido la cena. Durante los preparativos de la misma, Jacques se entretuvo mirando algunas vistas de Edimburgo colgadas en la pared; le complacía volver a encontrarse con esas calles tan recorridas, y se decía con orgullo:

—¡Yo también he estado en Edimburgo!

Mientras proseguía su contemplación de la serie, su olfato fue perturbado por un olor extraño, por no decir nauseabundo.

—¿Qué puede ser eso, amigo Jonathan?

—Lo ignoro —respondió este último—, pero es muy desagradable, parece que estuviese uno a bordo de un buque de vapor, con mar gruesa, cuando el mareo...

El simpático músico hablaba con conocimiento de causa. De repente, al llegar a una esquina de la sala, le señaló a Jacques el anaquel de un aparador.

- ¡Aquí está el origen del mal!
—¿Y cuál es?
—¡Un enorme chéster olvidado!
—¡Querrás decir averiado! —replicó Jacques.

Cuando entró el *waiter*, los dos amigos lograron, no sin dificultad, hacer que se llevara ese espantoso comestible.

Después de una adecuada absorción de cordero frío, de jamón de York y de té, los dos amigos se lanzaron a las calles de esa ciudad desconocida; querían captar su aspecto en esa oscura tarde. Algunas plazas bastante bonitas, calles amplias, casas negras, oscuras como almacenes y tristes como fábricas, un vago parecido con Liverpool, todos los detalles poco poéticos de una ciudad industrial: eso fue lo que observaron.

—Ya no estamos en Escocia —dijo Jacques—, y mañana nos despertaremos con el ruido de los martillos y en la humareda de la industria.

El azar, ese dios adorado por los paseantes, les condujo hasta la orilla del río Clyde, en Glasgow Bridge: numerosos buques mercantes y *steamboats* estaban amarrados junto a ese puente, el último que une las dos orillas del río antes de que desemboque en el canal del Norte. Desde ese lugar advirtieron un vasto resplandor rojo que sólo percibían imperfectamente; toda una parte del cielo, que parecía un arco en llamas, era cruzada por relámpagos y haces luminosos. Jonathan opinaba que era un incendio, Jacques se inclinaba por la reverberación de los altos hornos en plena combustión; ambos se equivocaban, y más tarde reconocieron haber presenciado, sin saberlo, la famosa aurora boreal del 30 de agosto de 1859. Regresaron al hotel

Comrie's

Royal por unas anchas calles, en cuyas casas Jacques logró leer Argyle Street y Buchanan Street; estaban algo cansados de ese día de lluvia, de sol y de viento; también querían levantarse temprano para, antes de salir hacia los lagos, hacerse una ligera idea de lo que era la ciudad industrial.

Unas amplias camas, que la estrechez de las sábanas hacía parecer aún más grandes, les esperaban en una inmensa habitación con vigas pintadas. Su aspecto era un poco fúnebre, y Jonathan no pudo evitar la comparación entre su amigo y él, y los hijos de

Eduardo IV; le vino a la memoria el cuadro de Paul Delaroche, y pensó, no sin un escalofrío, en la sombra del feroz Tyrrel. Pero en fin, ya que no eran de raza lo suficientemente real como para ser asesinados mientras dormían, ni tampoco tenían a ningún Ricardo III entre sus familiares, se despertaron con el alba, como los simples y curiosos viajeros que eran. La cuenta fue saldada, y salieron apresuradamente del hotel

Comrie's

Royal.

Las calles estaban ya atestadas de una activa población, lo cual dejó de sorprender a Jonathan cuando Jacques le informó de que, desde el principio de siglo, dicha población había crecido de setenta y cinco mil, a trescientos cincuenta mil habitantes; volvieron a encontrar allí el verdadero aspecto de Liverpool: unos edificios públicos con visos de monumento, ennegrecidos por la niebla y el humo de la hulla. En medio de George Square se elevaban los monumentos a Walter Scott y a James Watt, dos ilustres hombres asociados en un mismo recuerdo; pero sin la inscripción, se hubiese podido tomar al novelista por el inventor de la máquina de vapor, y al maquinista por el autor de la *Hermosa doncella de Perth*; con esa salvedad, tenían bastante parecido.

El día se anunciaba con malos auspicios; el cielo vertía esa lluvia propia de Inglaterra, que más que mojar, mancha; sin embargo, uno estaba allí para ver, había que caminar, y Jacques se dirigió hacia la catedral, bastante célebre, por Saint George Street.

—Siempre los mismos nombres y las mismas calles —dijo.

En esa hora matutina, los *country-men* de los alrededores hacían avanzar a sus caballos, uncidos a las carretas de hortalizas y frutas, hacia los mercados de la ciudad. Los excitaban con las palabras *whig a more, whig a more*, id más rápido, de las que se ha apropiado el partido liberal en Inglaterra. En cuanto a los *tories*, los monárquicos, el nombre les viene de *tory me*, deme, que equivale a «la bolsa o la vida» de los ladrones franceses.

Cuando algún negro torrente se presentaba ante esos dignos campesinos del oeste de Escocia, no se apuraban en lo más mínimo; se descalzaban y atravesaban valerosamente ese lodo fangoso con los zapatos en la mano.

—Cierto es —dijo Jonathan—, que para atravesar el arroyo, el

calzado es algo superfluo; sin embargo, yo me atenderé a mi manera habitual.

La catedral de Glasgow está consagrada a San Mungo; pertenece a diferentes épocas de la arquitectura gótica, y yergue en el aire un alto campanario de forma bastante tosca; es el único monumento religioso de Escocia que se salvó de los fanáticos de la Reforma, y es curioso desde ese punto de vista. Jacques no pudo, a su gran pesar, visitar su interior; la puerta estaba cerrada, y resistió a todas las llamadas, pues al parecer la religión protestante no practica eso de «llamad, y os abrirán». Tuvo que conformarse con ver la necrópolis que se extendía sobre la colina cercana, y con rememorar las magníficas descripciones del gran novelista. Fue allí donde se dirigieron Osbaldistone y André Fairservice al llegar a Glasgow, donde se había refugiado Rob Roy. Era aquel el cementerio desolado en cuyas tumbas Walter Scott creía leer las palabras del profeta: «¡Lamentaciones, arrepentimientos y desgracias!».

XXXI Salchichas y paraguas

Después de contemplar ese lugar solitario y triste, los turistas emprendieron la búsqueda de un carruaje, pues había que visitar mucho y rápido. Una amplia carroza de terciopelo de Utrecht pronto les ofreció su abrigo bienhechor; Jonathan le hizo entender al cochero que dirigiera su vehículo hacia el puerto, y luego que deambulara por las calles y los parques de la ciudad. El *coachman* accedió a ese deseo, y lanzó a su caballo al trote hacia el puente de Glasgow.

Las calles de la zona comercial de la ciudad son, a decir verdad, muy bonitas; en ellas abundan los bancos, los teatros, los museos, los asilos, los centros de refugio, los *municipal buildings*, los hospitales, Bolsa, ateneo, *assembly rooms*, *Club Houses*. Todos estos edificios consumen gran cantidad de columnas, bastante pesadas y a menudo mal dispuestas; el amor de los ingleses por la columna es tal vez superior a su amor por los caballos, y a veces puede que pongan a éstos en bronce sobre aquéllas de piedra, lo cual no aumenta precisamente el encanto del monumento. El puerto ofrece una gran actividad comercial; inmensos *warfs* se extienden a lo largo de los muelles del Clyde, encerrando millones de mercancías. Pero después de Liverpool, Glasgow les pareció poco digno de observación; así pues, el coche pasó rápidamente.

Y luego, ¿por dónde paseó el inteligente cochero a sus viajeros? ¿Hacia qué barrios de la ciudad dirigió sus investigaciones? ¿A qué arrabales les condujo? Es lo que nunca pudieron saber. Sólo recuerdan haber seguido las hermosas avenidas circulares de un parque bastante accidentado, en cuyos altos se escalonaban unas magníficas construcciones casi nuevas; pero cuando más tarde Jacques consultó un plano de Glasgow, le fue imposible encontrar su parque; lo clasificó, pues, entre las maravillosas comarcas del

país de los sueños, donde la imaginación deambula en las hermosas noches de juventud.



Fuese como fuese, dos horas más tarde se hallaron en la plaza de Saint George; Jonathan pagó espléndidamente al amable automedonte, y preguntó por una *coffee-room* para almorzar; la encontró en Gordon Street, no lejos de la Bolsa; la comida no tuvo nada especial, a no ser que el salmón frío lo sirvieron con vinagre, sin una gota de aceite. Tras ese festín, y hasta la hora de la partida, los viajeros deambularon por las calles vecinas a la estación, sin dejar Jacques de descifrar los rótulos y haciendo compartir sus curiosas reflexiones a su amigo.

—Los ingleses tienen unos nombres magníficos —le decía—, con unas sílabas plenas y sonoras, agradables al ojo y al oído; los encuentro superiores a nuestros nombres franceses.

—Así te lo parece porque eres extranjero —le respondía Jonathan—; pero para ellos el efecto es diferente. Por ejemplo, dime, ¿te gustaría llamarte mister Taylor, mister Bacon, mister Fox?

—Ya lo creo; es de lo más distinguido.

—¡Y sin embargo es como si te llamaras señor Sastre, señor Tocino o señor Zorro! Es probable que un francés con un nombre

ordinario fuese apreciado en Inglaterra, y que *monsieur* Cucheval pareciera muy agradable.

—Eso que me dices me desorienta, amigo Jonathan.

—Sucede lo mismo en todos los idiomas. ¡Mira los Aguado en español, los Buoncompagni en italiano, los Zimmermann, los Schneider, los Schumaker, en alemán! ¡Y hasta el señor Rothschild, cuyo verdadero nombre es Mayer, que para los germanos es sencillamente el señor barón escudo rojo!

—No tengo nada más que decir —respondió Jacques—; tu poliglotismo me confunde.

Hablando así de unas cosas y otras, los viajeros pasaron ante la botica de un chacinero en la que funcionaba una máquina singular accionada por vapor. Era un aparato ingenioso: ¡se metía un cerdo vivo en un extremo, y salía por el otro en forma de apetitosas salchichas!

—¡Qué pueblo! ¡Qué ingeniosa aplicación del vapor a la chacinería! —exclamó Jacques—. ¡Y aún hay quien se extraña de que una nación así sea dueña del mundo! ¡Ya verás que algún día conseguirán fabricar una máquina de quinientos caballos, capaz de convertir a los salvajes de Oceanía!

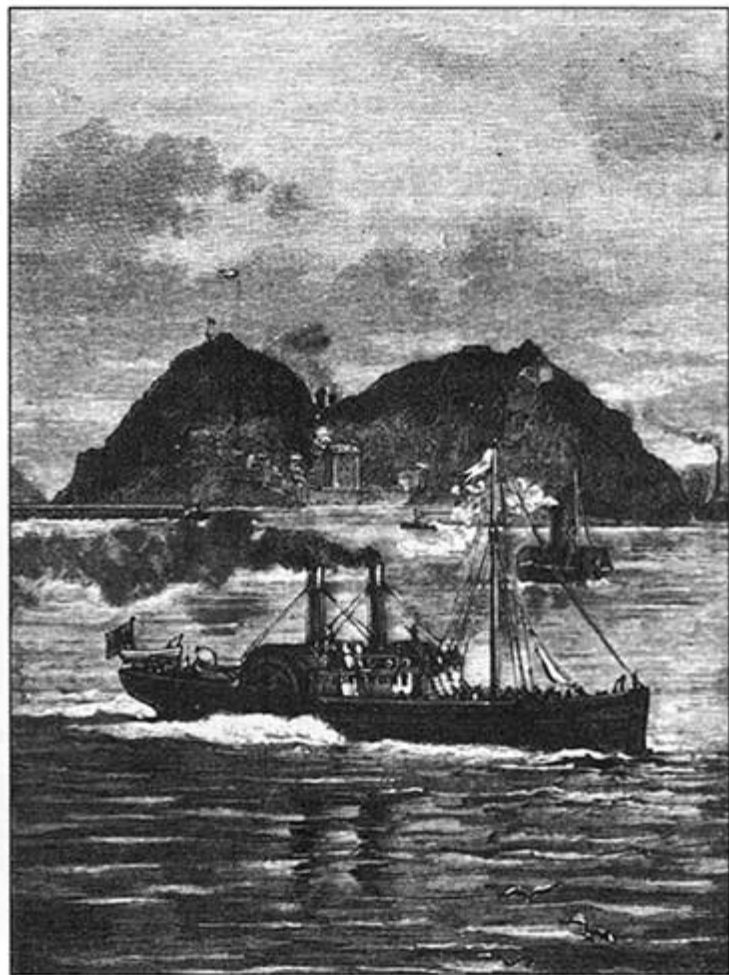
—¡Siempre sería mejor que sus misioneros! —repuso Jonathan.

—Después de un espectáculo así, no nos queda más que partir; ¡quiero dejar Glasgow con esta dulce impresión!

Dicho y hecho: se dirigieron a la estación del Edinburg and Glasgow Railway; una embarcación les conduciría al extremo meridional del lago Lomond, pasando por Dumbarton y Balloch.

Jonathan sacó por once *pence* unos billetes de tercera clase, y subió a un compartimento donde unas bestias poco delicadas se hubiesen encontrado incómodas; no tenía cortinas, y menos aún cristales; de manera que cuando la lluvia arreció, los viajeros tuvieron que cobijarse bajo sus paraguas entreabiertos.

—Por lo demás —dijo Jonathan—, ¡los ingleses están tan poco acostumbrados a gozar de los rayos del sol, que para ellos los paraguas son instrumentos que dan sombra, y los llaman *umbrellas*!



XXXII A bordo del *Prince Albert*

Afortunadamente, el trayecto es de corta duración; sólo se tardan unos veinte minutos entre Glasgow y Balloch. El ferrocarril pasa por Dumbarton, burgo real y cabeza de condado, maravillosamente emplazado en la desembocadura del Clyde y del Leven; su castillo, también fortificado según el tratado de la Unión, está encaramado sobre los dos picos de una roca de basalto. De Dumbarton fue de donde partió María Estuardo para ser coronada reina de Francia. Una particularidad histórica destacaba a ese castillo en la mente de los dos franceses. Fue ahí donde el ministerio inglés consideró encerrar a Napoleón después de 1815: Dumbarton o Santa Elena, no dejaba de ser una roca reservada por el odio británico al enemigo que había confiado en su probidad.

El tren no tardó en detenerse en Balloch, junto a un malecón de madera que bajaba hasta el Loch Lomond.

—¡He aquí el primer lago que he visto en toda mi vida! —exclamó Jacques.

—¡Y la primera montaña! —replicó Jonathan—; ¡pues hasta ahora sólo has visto montañas de juguete, montañas para parisinos, montañas de bolsillo!

Se apresuraron, pues, a salir de la estación, bajaron por el malecón, y tomaron asiento a bordo del vapor *Prince Albert*; los billetes fueron adquiridos para Inversnaid, al otro extremo del lago, al precio de dos *shillings* y seis *pence* cada uno.

—Es caro para una travesía de treinta millas, ¡pero qué travesía! Amigo Jonathan, ¡no olvides que estamos en el país de Mac Gregor!



El comienzo del lago Lomond se anuncia por una gran cantidad de deliciosas islitas, de todas las formas y de diversa naturaleza; el *Prince Albert* costeaba sus escarpadas orillas, y con sus sinuosidades, ofrecía a la vista mil paisajes diferentes: aquí una fértil llanura, allí un valle solitario, allá una agreste garganta erizada de rocas seculares. Cada uno de esos islotes tiene su leyenda histórica, y la historia de esa comarca está verdaderamente escrita con esos gigantescos caracteres de islas y de montañas. El lago puede tener en ese lugar de cuatro a cinco millas de ancho. Esa disposición le recordaba a Jacques las mil islas del lago Ontario, tan bien descritas por el rival de Walter Scott [17]; la naturaleza parecía haber agotado su imaginación variando sus características; una, salvaje, rocallosa, sin apariencia de vegetación, erguía sus agudos picachos junto a la cima verde y redondeada de otra; los alerces y los abedules de ésta protestaban, con su verde ramaje, contra el brezo amarillo y seco de aquélla, y sin embargo, el lago las bañaba a todas tranquilamente y por igual. Junto a Balmaha, que señala la entrada en las Highlands, Jacques advirtió algunas tumbas dispersas; eran las de la antigua familia de los Mac Gregor.

Las orillas del lago, bastante ancho todavía, tendían sin embargo a estrecharse cada vez más, a medida que se acercaban al puertecito

de Luss. Los dos amigos, a pesar de la lluvia bastante violenta, permanecían intrépidamente en cubierta, y no se perdían un detalle de este espectáculo tan variado. Jacques buscaba entre la niebla el pico del Ben Lomond; se sentía totalmente impregnado de una poesía fuerte y salvaje, y reencontraba entre esas orillas escarpadas, sobre esas oscuras y apacibles aguas, el sentimiento de sus lecturas favoritas; los héroes legendarios de Escocia volvían a poblar en su recuerdo ese bello país de las Highlands.

Saliendo del pueblo de Luss, el *Prince Albert* se dirigió directamente hacia el Ben Lomond, situado en la orilla opuesta. Jacques divisó por fin la montaña, que bañaba sus pies en las aguas del lago, y cuya cabeza desaparecía entre las nubes. Primero tuvo alguna dificultad en reconocer que su elevación rebasaba los mil metros; esperaba de esa altura otro efecto, y no estaba aún acostumbrado a esa gran perspectiva. Pero pronto la testa del Ben Lomond se liberó de la nube y apareció en todo su esplendor.

—¡Qué hermoso! —exclamó Jacques, asiendo la mano de su amigo—, ¡qué grandioso, qué salvaje! ¡Mira esa base inmensa! ¡Desde ese pico la vista debe abarcar toda la parte meridional de Escocia!

—Es una lástima que no tengamos tiempo —respondió Jonathan—; ¡siempre nos arrepentiremos de no haber hecho la ascensión del Ben Lomond!

—¡Y pensar —añadió Jacques— que esa montaña pertenece toda ella al duque de Montrose! ¡Si será afortunada Su Merced! Posee una montaña como un burgués de París posee un cuadro de césped en su jardín. Pero mira, Jonathan, ¡mira!



El *Prince Albert* se acercaba al Ben Lomond, y el lago se estrechaba cada vez más; el Ben es el último pico del sistema de los montes Grampianos entre los que circulan largos *glens*[18] solitarios: las palabras *ben*, *glen* y *den* son de origen celta. El clan Mac Gregor tenía su residencia en los *clachans*[19] de la parte oriental del lago, al pie mismo de la montaña, que en noches serenas la luna, llamada la linterna de Mac Farlane, iluminaba con sus pálidos rayos; esos lugares fueron testigo de los relatos de aquellos héroes; no lejos de allí, las querellas entre los jacobitas y los hannoverianos ensangrentaron esas desoladas gargantas, y los ecos salvajes aún repiten el nombre de Rob Roy: ¡Mac Gregor Campbell!

El *Prince Albert* llegó al pueblo de Tarbet, en la orilla opuesta, donde el barco descargó a los viajeros que iban a Inverary; fue ahí donde el Ben Lomond apareció con toda su belleza, desde su verde base hasta su descarnada cima; sus inmensos flancos están estriados por el cauce de los torrentes, que a esa altura aparecen como cintas de plata líquida y centelleante; el efecto producido por esas verdaderas cascadas, que surgían de una invisible grieta para precipitarse en alguna desconocida sima, era algo insólito que provocaba admiración.

El *Prince Albert* bordeaba en ese momento la base del monte, y el paraje se volvía más y más abrupto; las orillas del lago tornábanse áridas y rocallosas; apenas algunos árboles dispersos aquí y allá, y entre ellos los sauces, con cuyas ramillas ahorcaban a la gente para economizar el cáñamo.

—Walter Scott —dijo Jacques— llama al Loch Lomond el más hermoso de los lagos, y al Ben Lomond, el rey de las montañas: tiene razón, y yo comparto sin reservas su patriótica admiración.



XXXIII Los viajeros de la imperial

Por fin apareció la estación de Inversnaid, donde debían desembarcar los dos viajeros; junto al punto mismo de desembarque, un torrente crecido con las lluvias se precipitaba en el lago desde una altura considerable; parecía colocado allí por algún promotor para disfrute de los turistas; un puente flexible y temblequeante oscilaba sobre las espumosas aguas; Jacques apremió a Jonathan; quería contemplar desde ese estrecho paso la tumultuosa caída del torrente: en unos minutos alcanzaron la apertura, de la que se escapaba una nube de polvo húmedo, y oyeron rugir bajo sus pies la masa líquida y desenfrenada. La vista abarcaba desde allí una parte del lago, y el *Prince Albert* parecía como un punto en el espacio.

Pero el tiempo apremiaba; los coches que hacen el trayecto entre el lago Lomond y el lago Katrine estaban enganchados; había que salir inmediatamente hacia el hotel de Inversnaid.

Allí Jacques, más por localismo que por sed, quiso refrescarse con un vaso de *usquebaugh*; el nombre, en plena región de las Highlands, le gustaba, pero el licor no estaba a la altura de su denominación gaélica. Era simplemente *whisky*, sólo que impregnado del amargor del residuo de cebada destilada. Jacques hizo una mueca, al tiempo que alababa el encanto del licor highlander.

Los carruajes habían sido recientemente instalados por el marqués de Breadalbane, cuya familia antaño proveía de agua y leña a Rob Roy fugitivo; están contruidos con la importancia, el carácter y las confortables disposiciones que caracterizan a la carrocería inglesa; el cofre interior, cuyos paneles ostentan el escudo de los Breadalbane, permaneció vacío, a pesar de la lluvia incesante. Los viajeros se encaramaron en la imperial y se instalaron

de manera que no se perdieran el menor detalle del recorrido. Incluso las inglesas, sin preocuparse del viento y de la lluvia, envueltas en grandes chales, tartanes de cachemir raídos, subieron a lo alto del carruaje con ayuda de una escala; el cochero, vestido con una librea de solapas rojas, tomó las riendas de cuatro magníficos caballos, y el coche comenzó a ascender la ladera de la montaña bordeando el cauce sinuoso del torrente.

La carretera es harto escarpada; a medida que uno se eleva, la forma de los montes parece cambiar; Jacques veía elevarse ante él toda la cordillera de la orilla opuesta de los lagos, cuyos picos de Arroquhar dominan el pequeño valle de Inveruglas; el Ben Lomond se erguía a la izquierda, descubriendo la abrupta escarpadura de su cara norte. La región poseía un extraño carácter, impregnado del sentimiento de la vieja Escocia. Era lo que antaño llamaban el país de Rob Roy, territorio montañoso y desértico situado entre el lago Lomond y el lago Katrine; ese valle comunicaba por estrechos desfiladeros con el *glen* de Aberfoil, donde tuvieron lugar los dramas de la novela escocesa, a orillas del pequeño lago Ard; las cimas se asientan sobre rocas calcáreas de aspecto siniestro, salpicadas de piedras que la acción del tiempo y de la atmósfera ha endurecido como cemento. Unas chozas miserables, más parecidas a cuchitriles, conocidas como *bourrochs*, entre unos rediles en ruinas, apenas permitían adivinar si cobijaban a criaturas humanas o a bestias salvajes. Algunos chiquillos, de cabellos descoloridos por la intemperie y el aire, miraban pasar los coches con sus enormes ojos atónitos. Jacques señalaba esos curiosos detalles a Jonathan, mientras le explicaba la historia de aquellos misteriosos valles. Fue ahí donde el excelente magistrado Nicol Jarvie, digno hijo de su padre el diácono, fue apresado por la milicia del condado de Lennox por órdenes del duque de Montrose: en ese preciso lugar permaneció suspendido del fondillo del pantalón, confeccionado afortunadamente con buen paño de Escocia, ¡y no con esas livianas baratijas francesas! No lejos del nacimiento del Forth, que surge del Ben Lomond, se ve aún el vado por el que Rob Roy consiguió escapar de las manos de los soldados del duque de Montrose. No es posible dar un paso en ese país, maravilloso en más de un aspecto, sin topar con los recuerdos del pasado, que inspiraron a Walter Scott cuando parafraseó en magníficas estrofas la llamada a las

armas del clan de los Mac Gregor.

Después de remontar las orillas del torrente, el coche alcanzó un valle inferior, sin un árbol, sin agua, cubierto de brezo rudo y escaso; unos montones de piedras, aquí y allá, aparentaban una forma piramidal.



—Son los *cairns* —dijo Jacques—; cada viandante debía en otros tiempos añadir una piedra para honrar al héroe que yace bajo su apiñamiento; de ahí procede el proverbio gaélico: «¡Maldito aquel que pasa ante un *cairn* sin depositar la piedra del último saludo!». ».

Si los niños hubiesen conservado la fe y la poesía de las piedras, ¡esos amontonamientos serían ahora colinas! ¡Curiosa comarca, en que los accidentes de terreno están dispuestos para inspirar la poesía! Así sucede con todos los países montañosos, que excitan la imaginación, y los griegos, si hubiesen habitado un país llano como Las Landas o Beauce, no hubiesen nunca inventado la mitología.

Pronto el camino se internó en los desfiladeros de un estrecho valle, propicio a los retozos de los duendes familiares de Escocia, los *brownies* de la gran Meg Merrilies; los turistas miraban con frialdad, con indiferencia, sin que el menor signo de admiración o asombro animara su rostro; realizaban esa excursión como un deber, porque formaba parte del programa del viaje.

—¡Qué lástima que no estemos solos! —pensó Jacques—; ¡hace falta soledad para entender la poesía de estos valles y montañas!

El pequeño lago de Artelet quedó atrás a su derecha, y el coche, por una empinada y sinuosa pendiente, llegó a orillas del lago Katrine, al albergue de Stronachlachar. El *Prince Albert* había tardado dos horas y media en atravesar las treinta millas del lago Lomond, y el coche, una hora para cubrir las cinco millas que separan Inversnaid del lago Katrine. Tras abonar la propina imperiosamente reclamada por el cochero del marqués de Breadalbane, los dos amigos se apearon.

XXXIV Del lago Katrine a Stirling

A unos metros del albergue se mecía con gracia el pequeño vapor que hace la travesía del lago. Se llama, naturalmente, el *Rob Roy*.

Los pasajeros del *Prince Albert* se instalaron en él, mezclándose con otros turistas que venían de Aberfoyle; entre ellos, dos viajeros, con macutos y provistos de largos bastones, que denotaban un recorrido pedestre por las montañas, provocaron la envidia de Jacques. El *Rob Roy* se puso en marcha bajo el impulso de su hélice; su máquina, carente de condensador, soltaba el vapor tras cada golpe de pistón, como una locomotora.

El comienzo del lago Katrine, con una longitud de sólo diez millas, es todavía salvaje y poco arbolado, pero la línea de las colinas circundantes está llena de carácter y de poesía; fue en ese lago de tranquilas aguas donde Walter Scott escenificó los principales sucesos de su *Dama del lago*; uno creería ver aún deslizarse sobre sus aguas la leve sombra de la bella Helen Douglas.

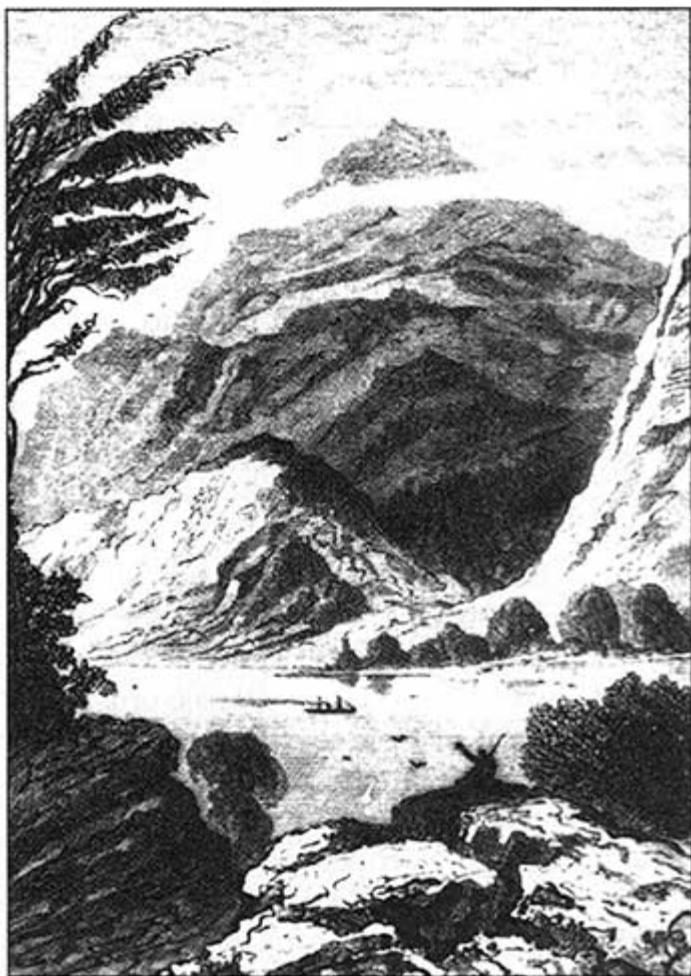
Jacques se dejaba llevar por agradables ensoñaciones, cuando el sonido de una gaita le arrancó de sus contemplaciones. Un escocés en traje de *highlander* preparaba su

bag-pipe

en la popa del *Rob Roy*.

—¡Cuidado! —dijo Jonathan—; nos va a tocar el *Trovatore*.

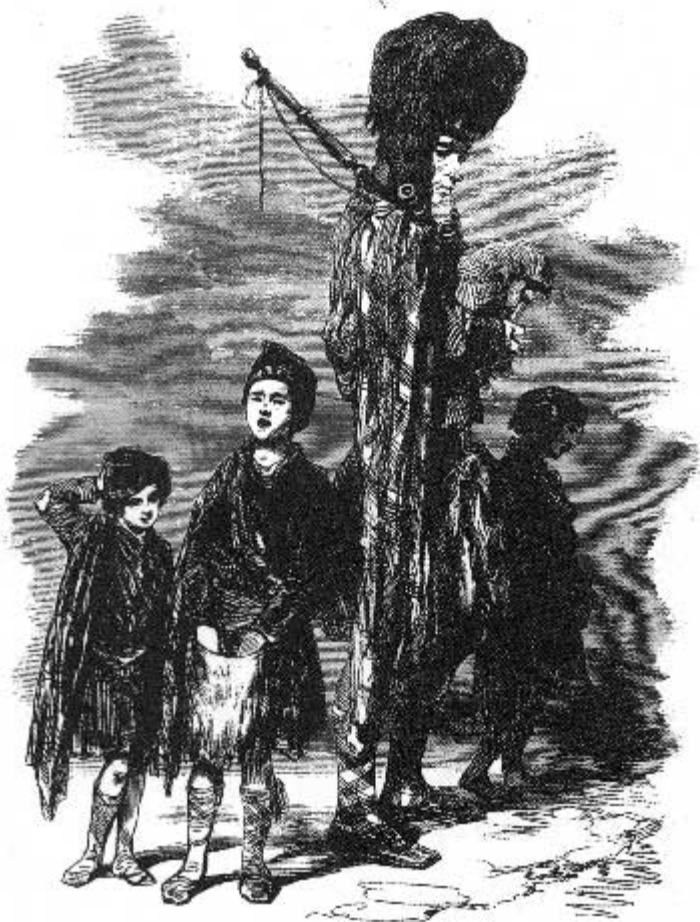
—Sería una infamia —repuso Jacques.



Pero esta vez los parisinos escaparon a esa epidemia, y todo quedó en el susto; el rústico músico hizo oír una melodía dulce y simple, sencilla como esos cantos impregnados del sentimiento de un país, y que parecen no haber sido compuestos por nadie; son el producto natural del soplo de los vientos, del murmullo de los lagos, del susurro de las hojas; Jonathan se acercó al escocés, y anotó en cifras en su diario de viaje la siguiente melodía:

$\frac{3}{4}$ - $\dot{1} \overline{76} | \overline{567} \dot{1} | \overline{335} \overline{42} | \dot{1} \dot{1} \overline{35} | \dot{1} \overline{76} | \overline{567} \dot{1}$
 $\overline{335} \overline{42} | \dot{1} \dot{1} \overline{54} | \overline{31} \overline{55} | \overline{1.76} \overline{71} | \overline{766} \overline{4}$
 $\overline{5567} | \dot{1} \overline{76} | \overline{567} \dot{1} | \overline{335} \overline{42} \dot{1} .$

Jonathan se percató después de cómo era el instrumento nacional; advirtió que la cornamusa escocesa tiene tres bordones de diferentes tamaños, de los cuales el más grande da el sol, el segundo, la tercera, y el más pequeño, la octava del gordo. En cuanto al caramillo, posee ocho orificios que dan una escala de sol mayor en la que el fa sería el natural. El músico anotó esas distintas combinaciones, de las que se prometió sacar provecho algún día.



Las orillas occidentales del lago Katrine son más civilizadas, más verdes, más suavizadas y se encajan entre las dos altas montañas del Ben-An

y del Ben-Venue; unos senderos cubiertos de enramadas circulan por las orillas del lago y se internan en un espeso monte bajo; el aspecto de esa comarca es ya muy diferente; los parisinos habían alcanzado allí el punto más septentrional de su viaje.

El *Rob Roy* los desembarcó en una pequeña cala fresca y tranquila, con senderos tapizados de musgo, de orillas alegres y fértiles; los coches de Callander esperaban ya enganchados; hubo

que correr para conseguir sitio, y enseguida Jacques y Jonathan estuvieron instalados en el asiento superior, junto al cochero. Jacques volvió la vista por última vez y envió su último adiós a esas magníficas comarcas, cuyas sublimes bellezas no acertarían a ser concebidas por la sola imaginación.

La distancia es de unas ocho o nueve millas desde el lago Katrine hasta Callander; la ruta es muy accidentada, y los coches sólo pueden ir al paso durante casi todo el recorrido; a eso de una milla y media, pasa delante del hotel de los Trossachs, especie de castillo moderno de aspecto más bien triste; en la terraza que lo antecede, algunas extranjeras extendían sus exógenas crinolinas y contemplaban el Loch Achray, un lago en miniatura que ocupa una cuenca regular de bonita forma.



Durante el trayecto, el cochero, hombre sin duda asaz erudito, hacía el oficio de cicerone; señalaba en voz alta las ruinas, los valles, las montañas, los clanes que atravesaba la ruta de Callander; hablaba demasiado bien el escocés puro, y apenas captaba Jonathan algunos retazos de sus interesantes narraciones; entendió, sin embargo, que el valle de Glenfilas se adentraba hacia el norte, y que las breñas del lamentable bosque bordeaban las frondosas orillas del lago Venachar. Dichos detalles bien merecían la buena propina que

el sabio cochero reclamó a su llegada. Pronto la ruta siguió un circuito que descubrió nuevos paisajes; franqueó por un puente de piedra un torrente de oscurecidas aguas que borbotaban sobre unas rocas negruzcas y desembocó en la calle principal de Callander.

Un ferrocarril recién construido une este burgo a Stirling. Los dos amigos podían trasladarse directamente a Edimburgo; pero decidieron dormir en Stirling para visitar a la mañana siguiente esa importante ciudad.

Jacques, harto alterado por el viento y la fatiga, se llevó a Jonathan a una especie de taberna, donde se refrescaron con una pinta de esa cerveza común, pero excelente, que llaman la *two penny*.

El tren se disponía a partir; subieron a un compartimento de segunda clase, y una hora más tarde se encontraban en la estación de Stirling.

Ante todo, había que cenar; era lo justo, cuando con el magro desayuno de Glasgow, tras la travesía de los lagos, uno llegaba a las ocho de la noche sin haber tomado nada. Jacques se puso en busca de un hotel; el Golden Lion le pareció cumplir con todos los requisitos deseados, y momentos más tarde, en compañía de unos extranjeros, se sentaban a la mesa ante el jamón, el buey y el té de rigor.

Jacques admiró mucho a uno de los respetables comensales ingleses, quien, una vez terminado el postre, se hizo servir un huevo pasado por agua y lo engulló a modo de conclusión. No pudo resistir el deseo de imitarle, y desde entonces opinó que un huevo fresco representaba la única manera decente de terminar una comida.

Después de la cena, una muchacha bastante risueña condujo a los viajeros a dos habitaciones contiguas del piso superior, y bajo la doble influencia del cansancio y la digestión, se durmieron bajo un dosel ornado de largas cortinas blancas de algodón.



XXXV A qué se parece un *highlander*

Al día siguiente, el mismo sol en persona se tomó la molestia de entrar en la habitación de los parisinos para despertarlos; no resistieron a esa invitación hecha con los más lúcidos rayos. Deliberaron entonces sobre el proyecto de retorno de Edimburgo a Londres; parecía difícil llegar a tiempo para tomar los paquebotes de Granton Pier; además, la travesía era larga, mientras que el ferrocarril podía conducirlos a Londres durante la siguiente noche saliendo sólo a las ocho de la tarde; el regreso quedó, pues, decidido por esa vía rápida.

El burgo real de Stirling está situado más o menos al fondo del estrecho del Forth; su suelo es accidentado, una calle empinada pasa ante el Golden Lion Hotel y conduce a una especie de colina ornada de monumentos, de los que Jacques no llegó a entender exactamente el propósito; aquel lugar podía ser un cementerio, o un sitio de recreo, la diferencia es casi insensible en Escocia. Desde esa eminencia se divisaba el castillo fortaleza de Stirling. Fue allí donde María Estuardo recibió la corona real. Dicha fortaleza tuvo el honor de ser asediada por Cromwell y el general Monk. El aspecto de ese castillo posee cierta gallardía, y parece plantado en posición de firmes como un soldado. Hubo que seguir una pendiente bastante pronunciada para llegar a la poterna custodiada por unos *highlanders* en uniforme de gala, uniforme que es la reproducción exacta del antiguo traje nacional, a excepción del *targe* o escudo de cuero con punta de acero.

Los *highlanders* lucen en la cabeza la toca escocesa adornada con una pluma erguida sujeta a una hebilla de acero; la chaqueta de paño escarlata es corta y descubre los innumerables pliegues del *kilt*, especie de falda hecha de una tela verde a cuadros, que les llega hasta la rodilla; los muslos van totalmente al descubierto, y de

ahí viene el proverbio: «no se le puede quitar el pantalón a un *highlander*»; las piernas van cubiertas de medias a cuadros, y listadas por esas bandas enrolladas que Rob Roy podía, sin inclinarse, atar con sus largos brazos; el *plaid* o manta de tartán se lleva desde la cintura hasta el hombro, sujeto con un *pouch* o broche de metal; y finalmente el *philibey*, especie de bolsa de piel de cabra ornada con borlas, que cuelga de la cintura por delante del *kilt*; el bolsillo de ese *philibey*, suficiente para contener la fortuna de un escocés, se llama *sporrang*, según se enteró Jonathan por el centinela del castillo; el puñal, o *dirk*, va metido en la cintura, y los oficiales de esas magníficas compañías llevan la larga *claymore* [20] de sus antepasados.

Desde la explanada del castillo, la vista puede abarcar las llanuras de la Baja Escocia. Hacia el noroeste, Jacques pudo saludar por última vez al Ben Lomond y al Ben Ledi, que se asomaban sobre el horizonte lejano; el cielo había dignado purificarse, y la testa de las montañas aparecía bastante nítidamente en la niebla matutina. Hacia la parte oriental, a la entrada de la ciudad, corre el Forth bajo un viejo puente del siglo XII.

A la hora precisa, después de haber captado rápidamente el aspecto y la configuración de Stirling, de la que Walter Scott hace un gran elogio en su novela *Waverley*, los visitantes se encontraban en la estación; allí tuvieron la agradable sorpresa de ver a una compañía de *highlanders* bajo las armas; esperaba el paso de Su Graciosa Majestad, que venía de Edimburgo, donde el día anterior había sonado el cañón para celebrar su llegada; los soldados escoceses estaban espléndidos bajo las armas; sus características figuras ofrecían unas líneas más marciales que las de los militares ingleses; el oficial que mandaba el pelotón resplandecía en su relumbrante uniforme, y su brazo izquierdo se apoyaba en la reluciente empuñadura de su *claymore*; ni trompetas, ni tambores, ni pífano alguno regulaban la marcha de la compañía; pero el *bag-piper*, con su cornamusa limpia y lustrosa, dejaba oír unos alegres *pibrochs* [21].

Pronto sonó el silbido de la partida, y el tren no tardó en correr a todo vapor hacia Edimburgo. Jacques acechaba por la ventanilla el paso del tren de la reina. Pero un poco de ruido en un torbellino

más rápido fue todo lo que pudo percibir.

El Scottish Central Railway permite hacer el trayecto en una hora y cuarto, aunque se desvía un poco de la ruta para pasar por Polmont Junction. Desde ahí, por Linlithgow, la pequeña ciudad junto al lago donde nació María Estuardo, tras dejar a su izquierda las ruinas del castillo de Niddire, donde la desventurada reina descansó después de su huida de Loch Leven, después de franquear el Almond *Water* por un viaducto de treinta y seis arcos, y de dejar atrás las Pentland Hills, el convoy se adentró en el túnel de Edimburgo, y se detuvo en la General Railway Station, cerca del monumento a Walter Scott.

—Antes que nada, desayunemos —declaró Jacques—; luego iremos en busca de nuestros baúles; ya que la familia B... se ha ausentado, tenemos que asegurarnos de que la casa no está absolutamente cerrada.

¿Dónde desayunar mejor que en el acostumbrado pequeño reducto de High Street? La carne fría estaba lo bastante buena, el pan, malo como en toda Inglaterra, y la cerveza espumaba alegremente en las pintas de metal. Tras esa comida, resolvieron acercarse a Inverleith Row por un camino nuevo que permitiera visitar Leith; esa ciudad bastante importante forma el puerto de Edimburgo, en la desembocadura del río que lleva su nombre. Es una pequeña ciudad industrial y manufacturera, que al igual que una capital, posee una parte antigua y otra moderna. Los viajeros la alcanzaron tomando por Leith Walk, al otro extremo de la calle del Príncipe; llegaron a la rada que encierra una gran cantidad de navíos; allí, sus ojos se regocijaron con un pabellón tricolor que ondeaba en un palo de mesana; Jacques siguió alzando la vista, y vio una llama tricolor que el viento agitaba en lo alto del mástil.

—He ahí un navío francés —dijo—, un navío de guerra, además.

En efecto, un aviso del Estado, destinado a proteger la pesca, estaba atracado junto a los muelles; los curiosos del lugar admiraban gravemente las maniobras de los marineros que hacían el ejercicio en cubierta. Jacques no pudo resistirse al deseo de pisar ese bonito navío y de estrechar la mano de unos compatriotas; el amable muchacho persistía en creerse a seis mil leguas de su país, en India o en China, y se comportaba en consecuencia; preguntó por el comandante del aviso, que no se encontraba a bordo; pero el

segundo hizo los honores de la cámara de oficiales a los dos franceses, y ahí, entre unos vasos de vino de Sauternes y el humo de los cigarros franceses, se habló de París y de Edimburgo; la cuestión de las mujeres fue tratada bajo diferentes puntos de vista, y como siempre, las parisinas fueron proclamadas reinas del mundo.

Tras una agradable conversación de una hora y una visita al barco, Jacques y Jonathan terminaron de recorrer la ciudad; vieron el lugar donde desembarcó María Estuardo, cuando, tras la muerte de Francisco II, se alejó de esa Francia que nunca más volvería a ver. Siempre y por doquier la encantadora reina, a quien, sin duda, le será todo perdonado.

XXXVI El tren de Londres

Desde el espigón del puerto, que se adentra una milla en el mar, se divisa el estrecho de Forth desde un punto de vista diferente, pero curioso e interesante: el camino, y la costa hasta Newhaven, donde los chismorreos de las pescadoras son proverbiales; allí volvieron a encontrarse con el camino ya recorrido en compañía de *miss* Amelia y de sus padres; la apreciable familia se había ausentado de su villa de Inverleith Row, dejando a la servidumbre al cuidado de los baúles y equipajes depositados en el vestíbulo. Jonathan quedó, pues, aliviado de su serio temor a no poder recuperar sus equipajes; quedó en volver a recoger dichos objetos esa misma noche para llevarlos a la estación. Una vez fijado ese plan, ya sólo faltaba informarse de la hora de salida para Londres; retornaron, pues, a la General Station, a la que conducía el North British Railway, y consiguieron, no sin cierta dificultad, entender que la salida tendría lugar a las ocho de la noche. Con esa confirmación, y tras una cena rápida en High Street, donde Jacques quiso probar un *mock-turtle*, sopa de tortuga, en la que el quelonio era sustituido por una cabeza de ternera bañada en un caldo picante, dedicaron un último adiós a esos hermosos lugares que finalmente tenían que abandonar.

Con el corazón oprimido, los dos amigos volvieron a bajar por la vieja Canongate, saludaron al palacio de Holyrood, pasaron por la calle de North Bridge, le compraron a una bonita vendedora varios objetos de tartán, tales como broches, monederos, pelotas y guardasellos, que se distinguían por los colores de los diferentes clanes Mac Gregor, Mac Donald, Mac Lean, Stuart, Colquham, y regresaron a la estación de coches de

Prince's

Street. Al cabo de una hora llegaban a la estación con sus equipajes y Jacques, bastante emocionado, dirigió una última mirada al

castillo de Edimburgo.

Había gran concurrencia en el North British Railway; las oficinas, literalmente asediadas, no daban abasto para despachar los billetes solicitados; un prolongado bisbiseo, dominado a veces por un gran clamor, inundaba la sala; a Jonathan le costó las mayores dificultades del mundo llegar hasta la ventanilla; pidió dos plazas para Londres, por las que pagó un precio que nunca ha podido dilucidar.

Creía poder llevarse el baúl a su compartimento, como había hecho en Liverpool; pero al echar una ojeada al rincón donde el porteador lo había depositado, ¡ya no vio nada!

—Jacques, ¿qué has hecho con nuestros baúles? ¡Cómo! ¿No los has vigilado mientras yo sacaba los billetes?

Jacques no supo qué contestar; pero al volver los ojos hacia una bóveda oscura, vio que el equipaje desaparecía en un profundo agujero, en un abismo de insondable profundidad.

—Parece ser que aquí se facturan los bultos. ¡No nos preocupemos, y pidamos nuestros resguardos!

Pero a esa demanda, sin duda indiscreta, los empleados respondieron con una negativa absoluta.

—Si alguna vez volvemos a ver nuestros baúles —dijo Jonathan, consternado—, ¡tendremos suerte! ¡Y yo que he dejado mi pasaporte en el fondo del mío!

No sobraba tiempo para dedicarse a esas estériles reflexiones; la muchedumbre atestaba la escalera de piedra que conducía al andén de embarque; parecía un torrente espumoso en el que rodaran cabezas de las más distintas formas.

—Es la cascada de Inversnaid, con más ruido aún, amigo Jonathan, pero no bromeemos, pues no somos más que dos gotas de agua en este torrente.

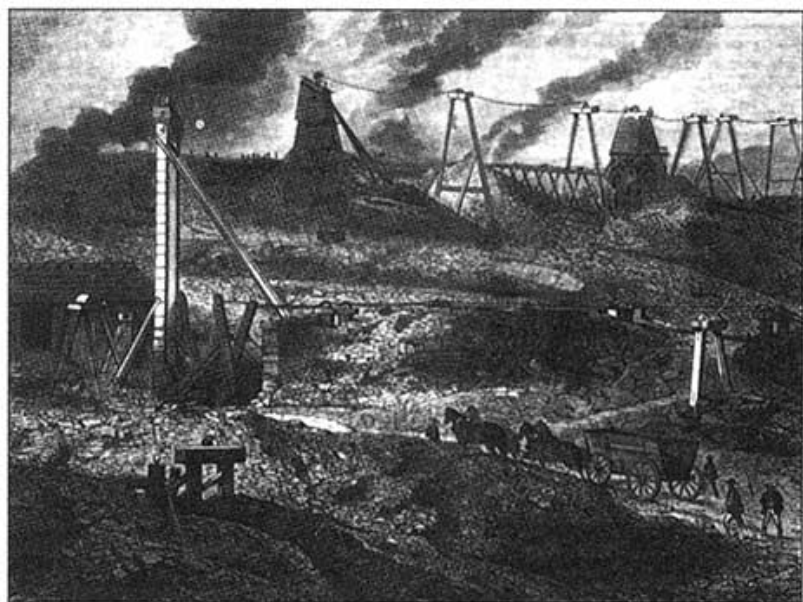
Por fin, tras largos y medio sofocados esfuerzos, los dos amigos llegaron junto al convoy, compuesto de un gran número de coches; Jacques corrió hacia un lado, Jonathan hacia el otro; se asomaban a todas las puertas sin encontrar ningún sitio vacante; el tren parecía estar completo, y a punto de partir; su decepción crecía con la imposibilidad de recuperar sus desaparecidos baúles. Por fin, en el momento en que el agudo silbato de la locomotora atravesaba el aire, Jacques vislumbró en un coche de tercera clase dos plazas

desocupadas; se precipitó hacia ellas, seguido de su amigo, pese a las recriminaciones de los viajeros; hubo incluso que recurrir al lenguaje de los puñetazos, universalmente conocido, pero por fin el convoy se puso en marcha, llevándose a esa inmensa multitud hacia la capital de Inglaterra.

Ese tren monstruoso, ruidoso, infinito, era desgraciadamente un tren de recreo; ¡devolvía a Londres a una multitud de ociosos ingleses! Jacques consideró, aterrado, su situación: ¡Pasar quince horas en semejante compañía, durante una terrible noche!

El vagón entero tenía un solo compartimento, donde cuarenta personas se amontonaban como mercancías; unos bancos de madera que tenían de blandos lo que el corazón del roble, ofrecían a los miembros fatigados un reposo extenuante; las ventanas, altas y estrechas, no permitían que el aire se renovara en condiciones higiénicas, pero dichos inconvenientes eran de poca importancia comparados con esa reunión de ruidosos *cockneys*, de esos hijos dignos de John Bull, de esas macizas y molestas individualidades. Unos hombres gruesos, panzudos, pero panzudos como se puede llegar a ser en Inglaterra, con unas cabezas macizas, sonrosadas, abotargadas, con aires presuntuosamente sardónicos y una grosera jocosidad libada en los ríos de *whisky* o de ginebra; unas mujeres altas y desgarbadas, con ropajes cuya forma y color estaban tan pasados como ellas mismas; niños de todas las edades, desde el de pecho hasta el de la edad del juicio, gritando, llorando, gimoteando: esa era la clase de gente de un tren de recreo en Inglaterra; había allí familias enteras, compuestas por los adustos esposos, las jóvenes *misses* de ojos azules, pero tontas, y muchachos de insuficiente inteligencia; todos ellos comiendo, durmiendo, gritando, sin preocuparse del vecino, con la desfachatez y el descaro de quien se cree en su propia casa: era el arca de Noé con todas sus variedades de bípedos, a pesar de encontrarse tan lejos del monte Ararat.

—¡Si estos son los lores del algodón y los príncipes mercantes —dijo Jacques—, no les doy mi enhorabuena! ¡Cuando a uno le cae la mala suerte de encontrarse en semejante compañía, lo mejor es dormir! ¡Durmamos!



XXXVII En el reino del carbón

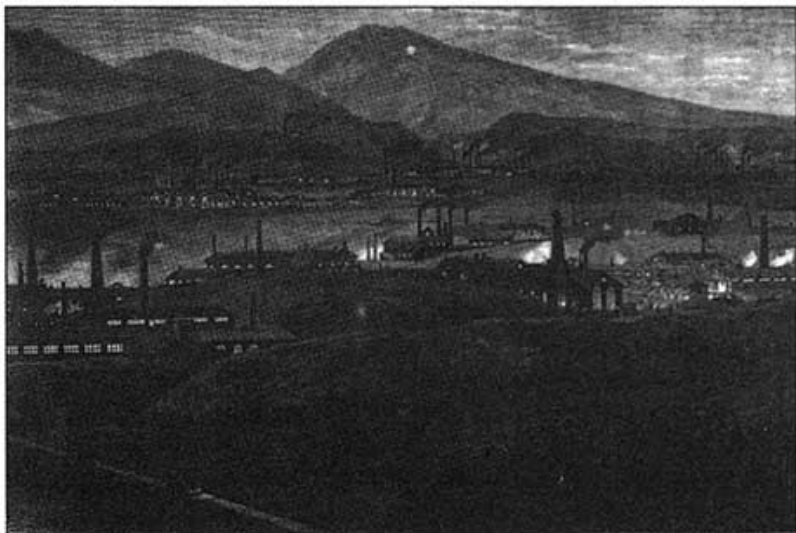
Dormir es difícil cuando el cuerpo no tiene más punto de apoyo que un duro banco, y cuando a uno le estremece la idea de apoyar la cabeza en el hombro de semejantes acompañantes. Jacques, sin embargo, aislándose en medio de ese alboroto ensordecedor, consiguió adormecerse apoyando la cabeza en su sombrerera; de vez en cuando se despertaba con los riñones destrozados, con calambres en las piernas, y apartaba a la mole que le había tocado al lado y le aplastaba con su masa; se sentía llevado a una velocidad espantosa por ese tren que ninguna estación detenía entre Edimburgo y Londres; el ferrocarril se dirigía hacia la costa, y atravesó la frontera escocesa en Berwick para entrar en el condado de Northumberland; en Newcastle, Jonathan, que no dormía, vislumbró por una ventana entreabierta un rincón de la imponente campiña en la noche oscura; ese reino del carbón de piedra está literalmente en llamas; penachos de flamas tremolan sobre las altas chimeneas de las fábricas: son los árboles de esa comarca sucia y negra, y su conjunto forma un bosque inmenso, iluminado por reflejos rojizos; esa tierra minada exhala un gemido sordo y continuo; el trabajo subterráneo se prosigue sin tregua en las entrañas de esas cuencas mineras, y las minas se prolongan hasta bajo el mar, desafiando a sus impotentes olas; Newcastle, la ciudad del carbón, se basta para alimentar al mundo entero con las doscientas mil toneladas de sus barcos mercantes.

El tren prosiguió su fantástica marcha, y pronto esa tierra de fuego desapareció en las tinieblas; las horas de la noche transcurrieron sin aplacar ni adormecer a esos insoportables ingleses.

Jacques intentaba descansar como podía, cuando, al pasar por York, el viajero a su lado lo despertó con un violento golpe, diciéndole:

—*It is York-city.*

Jacques, furioso, se encolerizó terriblemente y acalló con disparates franceses al inoportuno *gentleman*; agotó su vocabulario, mientras que el inglés recibía la avalancha con una sonrisa beatífica; nunca se arrepintió tanto de no saber inglés; quiso incluso obligar a Jonathan a decirle disparates al insular en su lengua materna; pero el músico se negó rotundamente a ello; como verdadero filósofo, aceptaba esa situación desagradable y sólo se preocupaba por su pasaporte, encerrado en el desaparecido baúl.



Unas horas más tarde, el sol salía sobre el ducado de Leicester: algunos restos antiguos, algunas viejas ruinas medio sajonas, medio romanas, fueron encontrados en ese suelo fértil, cubierto de extensas y verdes praderas; aquí y allá yacen, aspirando el rocío matutino, esos grandes bueyes que son la gloria y el consuelo de los estómagos ingleses. La campiña es acogedora, los *cottages* se multiplican, y unas largas hileras de casitas todas iguales, todas parejas, se extienden a lo largo de las carreteras bien cuidadas; una ligera neblina difumina esos paisajes poco variados, dándoles un aspecto particular.

Con el día, el ruido redobló en el compartimento; unos comestibles demasiado aromatizados fueron extraídos de unas

profundidades desconocidas; las botellas de viaje fueron destapadas, y una mezcla de joven aguardiente y de cerdo viejo incensó el recalentado ambiente. Jacques encontraba esas emanaciones tanto más desagradables cuanto que tenía hambre y sed, sin perspectivas de calmar una ni otra; quiso abrir una de las ventanas, pero tuvo que renunciar ante la oposición de los otros viajeros; esas gentes podrían viajar en un baño de vapor, y se sentirían tan cómodos.

El interminable trayecto pareció muy largo en esas molestas circunstancias; hubiese sido insoportable si mil escenas familiares, mil detalles de costumbres no hubiesen captado las observadoras miradas; tras esa noche de ruido y de insomnio, las caras aparecían por fin con sus variadas expresiones; algunos de los viajeros habían visitado Edimburgo por placer; pero la mayoría, aprovechando lo económico del viaje, en realidad emigraban con su familia casi miserable y toda su fortuna, contenida en algunos tartanes agujereados, o en unos paquetes envueltos en pañuelos: ¡unos cuantos desgraciados más para la gran ciudad!

Finalmente, la campiña se transformó poco a poco, los senderos se convirtieron en calles, los pueblos en barrios; la atmósfera, más espesa, se cargó de brumas oscuras; las chimeneas de fábrica se multiplicaron, prodigando al maculado cielo su contingente de humo y de hollín; la vía del ferrocarril ora atravesaba calles enteras, ora se sumía en tenebrosos túneles. Por fin el tren se detuvo. Jonathan se precipitó a la estación y corrió a informarse; necesitaba a toda costa su baúl; un montón de paquetes, una montaña de equipajes se ofreció a su vista; todo estaba revuelto, aplastado, volcado, y en razón de una ley de la gravedad muy particular, los paquetes grandes se encontraban encima de los pequeños, y los objetos pesados encima de los estuches y cajas de cartón. No existe ningún orden para la distribución de los equipajes; quien quiere coge el que le conviene. Por fin, Jonathan consiguió recuperar su pertenencia bastante deformada, y sin pedir más explicaciones, seguido de Jacques, subió a un *cab*, de los que estacionaban en gran número en la misma estación. Al cabo de unos instantes, tras un viaje de trescientas noventa y cinco millas realizado en quince horas, los dos amigos atravesaron New Road, alejándose de la Northern Railway Station.



XXXVIII La llegada a Londres

Siguiendo el consejo que les había dado la familia B..., se hicieron conducir a London Bridge. En el London Bridge and Family Hotel, se hallaban cerca de la estación del ferrocarril de Brighton, que debía conducirles de vuelta a Francia. Les dieron una gran habitación oscura, con dos amplias camas con cortinas blancas; conducía a ella una de esas imposibles escaleras. Mientras procedía a los importantes menesteres del aseo, Jacques dijo:

—Hasta la fecha, las guías Richard y demás se han ingeniado en combinar itinerarios que permitan visitar Londres en poco tiempo; los más audaces exigen por lo menos cinco días. Nosotros sólo tenemos dos a nuestra disposición; ¡veremos, pues, Londres en dos días!

—No perdamos tiempo, y corramos primero a Correos para recoger las cartas que nos hayan podido enviar.

Jacques poseía un plano de la ciudad; lo consultó atentamente, y la excursión comenzó.

El puente de Londres, que tenían que volver a cruzar, tiene a esa hora una animación prodigiosa; cuatro filas de coches de todo tipo y de variados destinos: ómnibus, *cabs*, cupés, simones, carromatos, camiones, volquetes, carretas, atestan la calzada; los caballos parecen magníficos bajo sus relucientes arneses; las aceras están cubiertas de una muchedumbre apresurada, agitada, silenciosa, y resulta totalmente inútil intentar cruzar de una acera a otra; durante varias horas, ello es imposible; London Bridge es el último puente tendido sobre el Támesis antes de su desembocadura; los navíos se detienen ahí, y sólo remontan el río los vapores y las grandes chalanas; es fácilmente comprensible que la muchedumbre sea enorme en un puente que une la City a la parte meridional de la ciudad; Jacques miraba estupefacto la afluencia de coches en la que, sin embargo, no entraba más que una pequeña parte de los tres

mil ómnibus y cuatro mil *cabs* de la ciudad.

A la derecha, el río desaparecía bajo los barcos de vapor con destino al país entero, que no fondean en los atracaderos; hacia la izquierda lo surcaban pequeños barcos de vapor, los *watermen*, que realizan el servicio del Támesis; cuarenta o cincuenta circulaban a la vez, sin chocar, sin estorbarse en el amplio cauce del río. Se apiñaban junto a los embarcaderos, y sus atareados viajeros ni siquiera esperaban a que lanzaran la pasarela del muelle a cubierta: franqueaban la barrera del barco, aún bastante alejado del pontón, y caían en tropel, como los payasos por encima del caballo del circo.

London Bridge atraviesa el Támesis sobre cinco pilares de granito, y desemboca en King William Street; esta calle pasa delante del monumento al fuego, alta columna estriada que soporta una urna en llamas, *of the italo vitruvian doric order*, como dicen y pretenden los ingleses. Esa columna fue edificada en el lugar preciso en que se detuvo el gran incendio de 1666 que redujo a cenizas gran parte de la ciudad, y del que Jacques había leído una magnífica descripción en la novela anónima *Whitefinars*. Ese monumento tuvo como principal cometido el de permitir que los ingleses se precipitaran con su *spleen* desde lo alto de su capitel; pero como se estaba volviendo una moda, rodearon la balaustrada de una jaula de hierro, que permite ver pero no caer. Desde entonces, ya nadie sube al monumento. Cuentan de un inglés, estimable comerciante cuyos negocios se hallaban en aprietos, que subió a la plataforma con una loable intención el mismo día en que enrejaban la copa de la columna; al no poder llevar a cabo su suicidio según sus deseos, regresó a sus oficinas, volvió a intentar los azares de la especulación, y se hizo varias veces millonario; ahora encuentra que la jaula queda muy bien en lo alto del monumento: es el único.



Una serie de largas calles conduce de William Street a Correos; allí se encuentra uno en plena City; las boticas parecen grandes almacenes, y los tenderos, notables negociantes: la actividad es prodigiosa; no hay paseantes por las calles, sólo hombres de negocios, que parecen todos capaces de fundar sociedades en comandita con capital de muchos millones para la explotación de lo que sea: no se encuentran ni jóvenes, ni hombres maduros, ni ancianos, únicamente negociantes, los lores del algodón, los duques de la lana, los marqueses del azúcar terciado, los condes de la candela, en una palabra: los príncipes mercantes; esos *citizen-nababs* llegan misteriosamente a sus pequeñas oficinas, manejan los asuntos del día, y regresan a sus opulentos hoteles de Regent Street o de Belgrave Square. Ciertamente que esos millonarios se codean sin afectación con los «nihilionarios» en esa tumultuosa city; la miseria es allí tan completa como la riqueza, y si el rico no da al pobre de la calle, es porque éste no podría devolverle el cambio del millón que lleva en el bolsillo.



La General Post Office es un templo griego con un pórtico de columnas dóricas; el tiempo ya ha depositado su capa negruzca en las molduras de su entablamento y las esculturas de su frontón. Sin detenerse en los detalles de dicho edificio, Jonathan se presentó en el despacho de la lista de correos, y recibió a su pregunta una respuesta negativa; era cosa entonces de almorzar cuanto antes. Jacques advirtió una especie de taberna de aspecto insignificante; entró y se sentó junto con su acompañante en una sala poco iluminada, entre dos compartimentos de caoba oscura; un camarero muy distinguido ofreció sus servicios, y ambos amigos consumieron en el mismo plato una leve parte de los doscientos cincuenta mil

bueyes y del millón setecientos mil corderos que devora al año la inmensa capital; bebieron igualmente dos pintas de los cuarenta y tres millones de *gallons*[22] de cerveza que apenas alcanzan a saciar su sed.

Mientras tanto, unas gentes apresuradas se sucedían en las mesas vecinas, desayunándose con un artículo del *Times* o del *Morning Chronicle* y unas gotas de té apenas azucarado y servido en microscópicas tazas.

—Si con eso aguantan hasta la cena, los compadezco —dijo Jacques.

Tras una comida algo más seria, los viajeros abandonaron la mesa, y se dirigieron hacia Saint-Paul, cuya cúpula se asomaba por encima de las casas cercanas.



XXXIX Saint-Paul y el Támesis

Saint-Paul es una incompleta imitación de San Pedro de Roma; su masa es más imponente que bella; ese edificio reemplazó a la magnífica catedral gótica de Iñigo Jones, que fue destruida por el incendio de 1666; la superposición del orden compuesto o corintio determina toda la ordenación arquitectónica de la fachada; las columnas abundan y sostienen la cúpula del domo a gran altura; el monumento está negro por el humo, con grandes sombras blancas (pues ahí la sombra la forma el blanco) producidas por la exposición de ciertos salientes al viento del norte; es un efecto extraño: diríanse capas de nieve simétricamente depositadas sobre los perfiles de los entablamentos, las molduras de las columnas y los salientes de los capiteles de hojas de acanto; dos torrecillas bastante graciosas dentro de su macidez se elevan a ambos lados del pórtico; una contiene el reloj, y la otra el campanario. Terminan en una piña dorada, de efecto desacertado; los muros exteriores del edificio tienen treinta y siete metros de alto, y esa altura desaparece ante la importancia del edificio; una elegante galería corona el entablamento sostenido por las columnas del domo, y soporta la cúpula terminada en una linterna rodeada de una galería circular; la bola y la cruz se yerguen aún treinta y siete metros más arriba de la galería.

Jacques se había informado de las dimensiones exactas, y se negaba a admitirlas, por lo que, a pesar del tiempo, de la fatiga y de su acompañante, resolvió subir a la cúpula tan alto como le fuera posible. El monumento está rodeado, como muchas iglesias en Inglaterra, de un cementerio, que antaño era todavía explotado, hablando en términos de negocios. Pero desde hacía algunos años se formaron algunas compañías financieras para la creación de cementerios en Londres: la primera, la Kensal Green Cimentery Company, ha hecho magníficas operaciones; sus acciones se cotizan

sin duda en la Bolsa de Londres; uno debe temblar cuando suben.

Jacques y Jonathan penetraron al interior de la catedral; les sorprendió su claridad fría, su desnudez grandiosa; ni un cuadro, sino algunos monumentos ridículos, y algunas malas estatuas erigidas en memoria de hombres insignes. Jacques echó una insignificante mirada a ese cementerio interior, y se presentó en la puerta de la escalera de la cúpula; solicitó subir a la linterna, y obtuvo ese favor por un chelín y seis peniques; tras un prolongado girar por los escalones de madera, los dos ascensionistas llegaron a una galería interna que rodea la base de la cúpula; la llaman la galería sonora: un hombrecillo que se había hecho viejo en ese honorable oficio fue a suspirar en uno de sus extremos y su suspiro llegó como un huracán a los sorprendidos oídos; finalmente la luz irrumpió por una ventana, y la galería del entablamento se ofreció a la vista.

La vista de Londres sería harto extendida si la eterna niebla no estrechara el horizonte; se puede, en un día ordinario, seguir el cauce del Támesis desde los diques hasta el palacio de Westminster, y aun las torres de este palacio, más que divisarse, se adivinan; al pie de Saint-Paul hay una encantadora aglomeración de edificios entre los que surgen las innumerables agujas de sus trescientas iglesias; toda esa vasta extensión está erizada de ellas, como peones en un inmenso damero; Saint-Paul es el rey, y la torre del Parlamento, la reina de ese inmenso tablero de ajedrez.

Después de contemplar unos instantes ese espectáculo bajo el sol inglés, que parece cubierto de un cristal esmerilado, Jacques llevó a Jonathan hacia el caracol de una estrecha escalera; llegaron a la galería de la linterna; allí entregaron su sombrero a unos empleados *superiores*, como dijo Jonathan, y Jacques se lanzó por una especie de escala para llegar hasta la bola; tuvo que usar pies y manos, aferrarse a las entalladuras y asperezas del bronce; el músico se quedó a mitad de camino, pero su intrépido compañero llegó *in the bowl*, que tiene dos metros de diámetro, y contiene difícilmente a ocho personas.

A horcajadas sobre la barra de hierro que sirve de eje a la bola, Jacques le habló a Jonathan en estos términos:

—Amigo, creo que ahora o nunca es el momento de darte, según Stendhal, la altura de algunos monumentos célebres. San Pedro de

Roma mide cuatrocientos once pies, la catedral de Estrasburgo, cuatrocientos veintiséis pies; la gran pirámide, cuatrocientos treinta y ocho pies; la aguja de los Inválidos de París, trescientos veinticuatro pies, y la bola en la que en estos momentos estoy encaramado está a trescientos diecinueve pies por encima del pavimento de Londres. ¡Y ahora, ya podemos bajar!

Dicha operación se realizó fácilmente, y pronto alcanzaron la orilla del Támesis a la altura del puente de Londres. Las escaleras de piedra que conducen a los embarcaderos de los barcos de vapor están constantemente atestadas de grupos de niños medio desnudos, que piden limosna y venden cerillas o yesca química; los dos amigos se instalaron en uno de esos rápidos barcos que por *one penny* van de London Bridge al puente de Westminster; quedan rápidamente colmados de viajeros, y sus excelentes máquinas oscilantes se ponen en marcha con una extrema celeridad. El *Citizen* se alejó inmediatamente de la orilla, cruzándose con el *Sun* que descendía el río. El patrón del barco, encaramado en el tambor, indica con la mano abierta o cerrada todas sus órdenes, que son transmitidas al mecánico por la voz clara y aguda de un niño. El *go ahead* resonó, y el barco remontó la corriente.

El Támesis no tiene muelles, cosa que le confiere un aspecto extraño; los amplios almacenes, las fábricas, los gasómetros, los *warves*, *factories* y *warehouses* se alinean en las orillas y tienen acceso al mismo río por sus bodegas, donde se cargan y descargan las mercancías; varios de esos depósitos se ornan de torres elevadas, o indican su destinación con grandes letras de variadas formas: las fábricas abundan en la orilla derecha; el *Citizen*, bajando su chimenea articulada al tercio de su altura, pasó bajo los inmensos arcos de fundición de Southwark Bridge y del Blackfriars Bridge; costó los jardines frescos y apetecibles del Templo, con sus monumentos sajones; el gran hotel de Sommerset, que encierra las oficinas del Timbre, de los Dominios, del Sello Real, no tardó en presentar sus hermosas líneas de arquitectura veneciana; visto desde el centro del río, tiene un aspecto imponente y monumental; el tiempo y la humedad han roído los arcos de sus bóvedas inferiores, y los han impregnado de una especie de vetustez artificial. El puente de Waterloo, cuyo tablero derecho descansa sobre nueve arcos magníficos, extiende sus magníficas líneas de mil

doscientos pies de longitud; está revestido de granito de Cornualles, y da idea de una obra indestructible. Más arriba, un puente suspendido muy elegante cruza el Támesis con gran audacia, y finalmente, tras un recodo del río, aparece el viejo puente de Westminster, del que ya se ha sustituido la mitad por un nuevo puente de hierro que será soberbio. El *Citizen* había alcanzado el término de su carrera; se detuvo, y Jacques y Jonathan se lanzaron al muelle para ir a admirar la fachada del nuevo palacio del Parlamento.

XL El Parlamento, Westminster, Whitehall, Trafalgar Square

—Observa qué hermosos detalles —exclamó Jacques, considerando el estilo eflorescente de Parliament House—. ¡Qué profusión de ornamentos, qué multitud de escudos coronados, qué abundancia de relieves cincelados, qué gran número de adornos en los frisos, los arquitrabes, las cornisas! ¡Qué florecimiento de toda la botánica del Renacimiento! Diríase un velo de encaje inglés colocado sobre ese inmenso edificio. ¡Es de estilo millonarios sajones!

El nuevo palacio del Parlamento, cuya inauguración data sólo del año 1847, tiene en efecto un aspecto fantástico; está dominado por varias torres; una de ellas, de agudo aguilón, presenta a todos los barrios de Londres las cuatro esferas de un gigantesco reloj; otra, Victoria Tower, tan elevada como la cúpula de Saint-Paul, tiene a la vez una anchura y un espesor sorprendentes; está cincelada de arriba a abajo con la delicadeza de una pieza de orfebrería, y cubierta de escudos y divisas heráldicas del mejor efecto. La fachada del palacio que da a la plaza es irregular; aquí y allá sobresalen los edificios desplegando las floridas riquezas de sus ventanas góticas; sobre el río, el despliegue de una línea arquitectónica de mil pies de longitud es sublime; es posible que las prodigalidades de la ornamentación le resten algo de majestad a ese magnífico palacio; pero es imposible que la vista y la imaginación no queden impactadas por esa vegetación tropical florecida entre las nieblas de Inglaterra. Es difícil arrancarse a ese espléndido espectáculo; numerosas personas han censurado ese inmenso conjunto de esculturas, pero no han podido permanecer insensibles al efecto producido; si se quiere, no es más que un magnífico relicario o un monumental estuche medieval; pero es un sueño fantástico traducido en piedras, de las que cada una muestra el

trabajo inapreciable del pueblo más industrioso del mundo.

La abadía de Westminster es exteriormente fría comparada con esas maravillas del Renacimiento; la iglesia está construida según el modelo gótico de la segunda época; por lo demás, es de un negro horrendo; el interior es una vasta necrópolis, poblada de tumbas de mal gusto, y de figuras alegóricas que hacen sonreír: uno no puede más que encogerse de hombros ante esos lisonjeros bajorrelieves que cualquier particular puede, a precio de oro, hacer erigir en la abadía de Westminster; no es a los santos de los primeros días del cristianismo a quienes se honra en las iglesias protestantes, sino a las buenas gentes cuya fortuna les ha llevado a la inmortalidad; la parte más curiosa de la iglesia es el rincón de los poetas, donde, entre las estatuas o los bustos de Milton, Addison, Dryden, Gray, Goldsmith, Butler, Spencer, Garrick, se eleva el monumento a Shakespeare; la figura del gran hombre es bella y de feliz inspiración; en las capillas que rodean el coro reposan célebres tumbas: allí María Estuardo e Isabel están reunidas en un sueño reconciliador; la proximidad de las dos tumbas conmueve al menos sensible de los visitantes; en el presbiterio de la iglesia se abre la capilla de Enrique VII, una maravilla escultural indescriptible; entrar en ella es penetrar en una joya de piedra de Benvenuto Cellini; es el último grado de perfección que pueda alcanzar el estilo del Renacimiento.

Al salir de ese amontonamiento de maravillas y de extravagancias arquitectónicas, los visitantes hubieron de enfrentarse a la multitud de mendigos que venden descripciones y vistas de esos distintos monumentos; les costó deshacerse de ellos; pero Jacques no se atrevió a negar unos peniques a unos pobres barrenderos que se pusieron a despejar el camino delante de él; la mendicidad es ingeniosa en Inglaterra; es ya comercio y especulación.



Bajando por la calle del Parlamento se pasa por delante de Whitehall, palacio de oscura memoria, que fue totalmente reconstruido después de la ejecución de Carlos I; es un edificio de mediana importancia, ornado de columnas de orden jónico.

—No es necesario que nos detengamos a discutir sobre la famosa e histórica ventana junto a la cual fue erigido el cadalso del rey; no tenemos tiempo, y no es muy interesante.

—Iba a rogarte que no lo hiciéramos —replicó Jonathan, que ya parecía agotado por esa excursión forzada—. ¿Dónde estamos?

—En Charing Cross, donde anteriormente se celebraba la coronación del rey de Inglaterra; he ahí la plaza de Trafalgar; mi plano indica al fondo la Galería Nacional; quiero creer que se trata del museo; un feo edificio, es todo lo que puedo decir, para ser educado; ahora, querido Jonathan, tenemos aquí una columna dórica cuyo capitel sostiene la estatua de Nelson; advierte que el gran marino está atravesado de lado a lado por un pararrayos; admira la justicia del gran pueblo inglés: le erige una estatua a Nelson por sus victorias de Aboukir y de Trafalgar; pero al mismo tiempo lo empala por sus crímenes particulares. Ahora alejémonos de esta plaza tan monstruosa como carente de interés, y acerquémonos al parque de Saint James; necesito reposar mis ojos con un poco de verdor; pero, al pasar, echemos una rápida ojeada al Pall Mall y a sus clubs.

Esos clubs son unos verdaderos palacios, y ningún otro país puede ofrecer semejantes edificios con la misma distinción; hay buen número de ellos en Londres; pero los de Pall Mall, United Service Club, Conservative Club House, de estilo italiano, y el Athenaeum Club, son de una gran belleza; no es de extrañar que una multitud de monumentos ateste la ciudad; noventa y una corporaciones tienen su *hall* particular, tales como los merceros, los tejedores, los pescaderos, los orfebres, los peleteros, los cabareteros, etc.; esas salas, destinadas a las asambleas, son monumentales, y cada corporación dispone también de centros de beneficencia para sus propios indigentes; además, existen no menos de cuarenta sociedades culturales dotadas de todas las denominaciones posibles, que poseen todas ellas su edificio particular con columnas y entablamento; los clubs son tan numerosos como las sociedades; se extienden, se plantan, se acomodan, proporcionan materia a la imaginación de los arquitectos ingleses, y multiplican los monumentos.

—Ahora —dijo Jacques—, bajemos hasta la plaza de la parada de los Horse Guards por la escalera de Waterloo Place; observa, Jonathan, la columna del duque de York; puedes subir a ella por la suma de seis peniques, e incluso, si no hubieras cumplido aún los tres años, no pagarías nada.

—¿Pero qué iría a hacer yo allí arriba, con dos años y medio?

—No lo sé; es la regla; esto me recuerda el aviso fijado en los ómnibus de Nantes: «Los niños menores de tres años solos no pagan, pero deberán ir sentados sobre las rodillas». Así es como se escribe en el departamento del Bajo Loira.

XLI El Palacio de Buckingham, Hyde Park, Picadilly, el Strand

El espacio situado ante el palacio de los Horse Guards sirve para las maniobras de los diversos regimientos; cada mañana se puede oír allí una música que sería abucheada en los bailes de arrabal parisinos; pero como había pasado la hora, Jonathan no pudo asistir a las variaciones de algún tema del *Trovatore* ejecutado por artistas ingleses. El parque de Saint James ofrece a los paseantes unos hermosos parterres y algunas enramadas; un pequeño río lo atraviesa y pasa bajo un puente colgante tosco y sin gracia alguna; al otro extremo del parque se encuentra el palacio de Buckingham, residencia de la reina Victoria, y en el lado septentrional el palacio de Saint James; este último ofrece escaso interés para el arqueólogo; sirve para las ceremonias, las recepciones y los banquetes de la corte; aquél puede ser bastante bello, sobre todo en la parte que da a los jardines reservados; pero desde fuera no se puede juzgar su ornamentación. Green Park es en realidad la prolongación del parque Saint James; su verde césped cubre una gran extensión; está poblado de lindas ovejas que pastan la hierba urbana, y pueden sentirse como en pleno campo; los carniceros de Londres alquilan allí el derecho de pasturaje para sus vastos rebaños. Por lo general esos diversos parques, tan útiles, frescos y apacibles en medio de la inmensa ciudad, reciben escaso mantenimiento, y todos vagan a su antojo por los parterres que ninguna barrera protege.



La entrada monumental de Hyde Park y el arco de triunfo que la precede están situados en el extremo opuesto del parque.

—Amigo Jonathan, observa bien la estatua ecuestre que remata este arco de triunfo: sobrepasa en ridiculez y fealdad todo lo que puedas imaginar; podemos decir que ha forzado los límites del mal gusto; advierte que el caballo está ebrio y que lleva a costas al duque de Wellington, cuyo hotel tenemos ahí; el viejo héroe podía verse así desde el comedor, y realmente se trataba de un héroe si el espectáculo no le cortaba el apetito. Pero como también tenía que verse desde su dormitorio, las damas de Londres le hicieron montar como un gigantesco Aquiles del lado de Hyde Park: ¿por qué haber elegido a ese eterno fanfarrón de la antigüedad cuyo valor no tenía ningún mérito?, no lo sé; por otra parte, Wellington está desnudo, pero de un desnudo que hace estremecer; además, sus estatuas, bustos y retratos pululan en todas las islas británicas; los ingleses han abusado de ellos, lo mismo que han abusado de Waterloo.

Hyde Park es un jardín inmenso, con avenidas amplias, extensos céspedes, altos árboles, un río respetable y un magnífico puente de piedra; es el lugar de cita de toda la *fashion* inglesa. Aunque queden excluidos los coches burgueses, los carruajes son numerosos y a menudo conducidos por los miembros del club de *four in hand*, que se precian de ser los mejores cocheros del mundo. Allí, en plena temporada, es decir, cuando los calores del verano trasladan a toda la gentilemanería y la nobleza del campo a la ciudad, la afluencia de peatones y de jinetes es sorprendente: familias enteras, padre,

madre, hijas e hijos galopan en caballos de gran valor; los viejos lores vienen a pasear aquí su tedio cotidiano, antes de transportarlo a la Cámara Alta, donde los adormece; por cierto que un ujier los despierta en el momento de las votaciones. Uno se cruza, en Hyde Park, con encantadoras inglesas, y por lo general hay más mujeres que hombres; esa es la proporción general, que ocasionará el fin de Inglaterra en un cercano futuro.

Esa observación de Jonathan le gustó a Jacques.

—Por eso —le dijo este último—, las solteronas son numerosas entre las insulares, y puedes ofrecerte la fantasía de desposar a una rica heredera hastiada de su celibato, no te será difícil; mira los escudos de armas pintados en los paneles de los carruajes: cada vez que veas un diamante, es el distintivo de una chica madura que conquistar.

—Estoy demasiado cansado —respondió Jonathan—, y no tenemos tiempo. Solicito sentarme.

—¡Nada de eso! ¡Camina, camina! Tomaremos un *cab* al salir de Hyde Park, e iremos a cenar a nuestra pequeña taberna.

Estaba lejos, pero a pesar de sus esfuerzos, no habían podido descubrir ni un solo restaurante durante su paseo; sí que había *boarding houses* y *cating houses*; estos establecimientos parecían tan poco animados, tan poco vivos, tan cerrados, que a nadie le venía a la mente la idea de traspasar su puerta.

El *cab*, conducido por un cochero muy distinguido, un verdadero par de Inglaterra, tomó Picadilly, larga calle que discurre entre casas poco regulares, bajas, frecuentemente negras, pero que desprenden riqueza y confort; cada inquilino habita su casa independiente, con un amplio balcón que reposa sobre una plataforma calada; puede tener algún inconveniente con las crinolinas de hoy, pero las inglesas de las ventanas y, todo hay que decirlo, los ingleses de la calle, no reparan en ese detalle. Uno comprende que con ese sistema de hoteles y de viviendas particulares, Londres cuente con doce mil calles y doscientas mil casas; por eso el señor Horace Say tuvo razón en decir: «Londres no es una ciudad, es una provincia cubierta de casas».



En los hermosos barrios de Picadilly, de Regent Street, de Hay Market, se vuelve a ver la animación, aunque con algo menos de ajetreo, de la City; Jonathan se deleitaba sorprendiendo algunos detalles de la vida inglesa al atravesar las calles de Picadilly, y las inmediaciones más comerciales del Strand; el cartero, con su levita roja, llamaba a las pequeñas puertas golpeando dos veces la aldaba; el hombre de bien anunciaba su llegada mediante cinco golpes repetidos lentamente, y la mujer elegante de visita señalaba su presencia con siete golpecitos rápidos; cada quien sabía así de antemano la naturaleza de la visita y la calidad del visitante. Jacques estaba asombrado por la cantidad de zapateros y de casas de modas que contiene la ciudad; los contaba por millares; en cuanto a los vendedores de cigarros, cuyo comercio es totalmente libre, son innumerables, pero sus cigarros no valen nada; atraen al fumador mediante reclamos y carteles seductores, de los que no hay que fiarse.



Después de atravesar la plaza de Trafalgar, el *cab* pasó ante el hotel del duque de Northumberland, viejo edificio sajón de mucho carácter; es probablemente en uno de sus salones donde cuelga, enmarcado, el famoso

bank-note

de quinientos mil francos: ¡y el duque pretende hacer pasar eso por una obra maestra!

El Strand es una amplia vía comercial que une el barrio del Parlamento a la City; la agitación es allí considerable, los muros, las casas, e incluso las aceras están cubiertos de carteles o de reclamos

de mil especies; allí se pasean unos hombres dentro de unos conos o pirámides de anuncios, solicitando la afección del público con su *great attraction*. La fiebre de la publicidad es epidémica en Inglaterra.



XLII Jacques y Jonathan van al teatro

El *cab*, ligero bajo la diestra conducción del *coachman*, circuló sin dificultad en medio de la multitud de coches de vivos colores y de extrañas formas; pasó ante la fachada dórica de Sommerset House, y llegó a Temple Bar, único vestigio de los antiguos límites de la ciudad; es una puerta en forma de arco del triunfo siempre abierta, que sólo se cierra ante una única persona: Su Graciosa Majestad la Reina, cuando va a ese barrio de Londres; necesita para entrar una autorización especial del alcalde de Londres, a quien debe igualmente entregar un recibo cuando quiere adornarse con los diamantes de la corona que están guardados en la Torre de Londres; esas joyas pertenecen al pueblo de Inglaterra, al mendigo que pasa con la mirada perdida y el vientre vacío, al marinero borracho que tropieza a las puertas del *gin house*.

—Antiguamente —dijo Jacques— exponían en la puerta del Temple Bar las cabezas de los supliciados; he oído decir que para las fiestas públicas adornan el monumento con cabezas de cartón perfectamente imitadas, y sanguinolentas como los rosbif apreciados por John Bull.

—Lo creo fácilmente, son capaces de cualquier cosa. Pero mira, Jacques, qué afluencia de gente; estamos en Ludgate Street, y ya asoma la cúpula de Saint-Paul. ¡Y qué tropel de niños!, parece que estemos en Liverpool.

—Es así en toda Inglaterra, Jonathan; por eso me explico que con esta interesante chiquillería delante de los ojos, los novelistas ingleses siempre empiecen la existencia de sus héroes desde la más tierna infancia.



Las iglesias abundan en ese sector de Londres; no alcanzaba el tiempo para visitarlas; además parecen siempre cerradas; un cartel fijado en la puerta bajo una reja indica el nombre del ministro y su dirección, y el tipo de comercio al que se dedica entre su mujer y sus lindos hijos.

Llegaron los dos amigos, por Fleet Street y Old Bayley, cuyos nombres son difíciles de descifrar, como los de todas las calles de Londres, a la prisión de Newgate, de construcción bastante reciente pero de aspecto sombrío y terrible, pues los arquitectos ingleses son diestros en conseguir ese tipo de color local; prosiguieron su camino

hasta el banco y la Bolsa: ambos monumentos son de algún estilo griego o romano y carecen de prestancia. El *Bank of England* parece custodiarse solo, sin esa escolta de soldados y de inválidos que se encuentra uno en París; el *New Royal Exchange* parece una iglesia, y de hecho, ¿no es acaso el primer templo del mundo en este reino de la industria y la especulación?

—Los ingleses —dijo Jacques— tienen una curiosa manera de distinguir a los especuladores, para quien conoce el mundo de los negocios: los llaman *bear* y *bull*, oso y toro; el comprador, el hombre audaz, el que tiene confianza, que produce, que crea, es el toro; por el contrario, el pesimista, el que invariablemente cree que todo está perdido, en una palabra, el vendedor, es el oso huraño, el oso triste, el oso que a menudo y a pesar suyo el comprador hace subir a su árbol. Me parece muy acertado eso del *bear and bull*.

Omitiendo saludar a otra estatua ecuestre de Wellington, y tras considerar durante unos segundos (que les parecieron años) las seis columnas corintias del señor alcalde de Londres, regresaron a su pequeña taberna, donde el distinguido camarero les sirvió una cena más arrebatada que copiosa. Jacques ya tenía el programa de la velada; se proponía ir a ver representar *Macbeth* en el teatro de la Princesa, en Oxford Street. Sin pérdida de tiempo, subió junto con Jonathan a un ómnibus, no sin grandes dificultades para descifrar su destino entre los mil nombres que decoraban sus letreros. Por fin, a las siete y media, se aparearon delante del

Princess's

Theatre. Jonathan sacó dos butacas de patio al precio de seis chelines cada una, y al entrar en la sala recibió un programa con el siguiente contenido:

Princess's Royal Theatre
Oxford street

under the management of Mr. A. Harris, Lubham place, Brumpton.

Last six nights of the season.

On Monday, sept. 2, & During the Week

Shakespeare's tragedy of

Macbeth !

with Locke's music.

<i>Duncan (King of Scotland)</i>	{	<i>Mr. Garden</i>
<i>Malcolm</i>		<i>Mr. J.-G. Shore</i>
<i>Donalbain</i>		<i>Miss Woodward</i>
<i>(his sons)</i>		
<i>Macbeth</i>	{	<i>Mr. James Anderson</i> <i>Mr. Fernandez</i>
<i>Banquo</i>		
<i>Generals of the King's army</i>		
<i>Macduff</i>	{	<i>Mr. Basil Potter</i>
<i>Lennox</i>		<i>Mr. R. Cathart</i>
<i>Ross</i>		<i>Mr. Raymond</i>
<i>Menteith</i>		<i>Mr. Richardson</i>
<i>Angus</i>		<i>Mr. Andrews</i>
<i>Caithness</i>		<i>Mr. Wilson</i>
<i>(noblemen of Scotland)</i>		
<i>Fleance (son to Banquo)</i>		<i>Miss Denvil</i>
<i>Sward (Earl of Northumberland)</i>		<i>Mr. Hastings</i>
<i>Seton (an officer attending on Macbeth)</i>		<i>Mr. Paulo</i>
<i>Physician, Mr. Harcourt</i>		<i>Wounded officer Mr. Dawson</i>
<i>Officers, Mr. J. Collett, Mr. Dady, etc.</i>		
<i>Apparitions, Mr. Johnston, Miss B. Adams, Miss A. Denvil</i>		
<i>Lady Macbeth</i>		<i>Miss Elsworthy</i>
<i>Gentlewoman (attending on Lady Macbeth)</i>		<i>Miss Leclercq</i>
<i>Hecate</i>		<i>Mr. Bartleman</i>
<i>Witches, Mr. Franck Matthews, Mr. F. H. Kiggie, Mr. H. Saker</i>		
<i>Singing Witches, Miss Rebecca Isaac, cond. Mr. Rayner</i>		

Act I

Camp near Fores. Site of Sveno's pillar. A Heath.
A room in Macbeth's castle at Inverness. Exterior of same.

Act II

Court within Macbeth's castle at Inverness.

Act III

Landscape, near Inverness. Chamber in the palace of Fores.

Glen near the palace.

Banqueting hall in the palace.

Act IV

The pit of Acheron

Exterior of an Anglo-saxon city, with Roman Wall

Act V

Chamber within Macbeth's castle at Dunsinane.

Court of the castle

Country near Dunsinane. View near the castle.

Outer Walls of the castle.

to conclude with the farce of

The First Night

Achille Talma Dufard

The Honorable Bertie Fitzdaugh

Hyacinth Parnassus

Theophilus Vamp

Timotheus Flat

Miss Arabella Fitzjames

Emilie Antoinette Rose

(pupil of Mrs Selby) her seventh appearance on any stage.

Mr. A. Harris

Mr. T. H. Riggie

Mr. R. Cathart

Mr. Collett

Mr. Garden

Miss Rose Lederer

Miss Maria Harris

in the course of the Evening,

Waltz, "Cupid's Ladder"

Montgomery

Saturday next; september 14th,

for the Benefit of Mr. James Anderson

and last night of the company's performing the season.

Dress circle, 5s. Boxes, 4s. Pit, 2s. Gallery, 1s.

Orchestra stalls, 6s. Private boxes, £2 s. 6 d. £2 2 s. & £1 11s. 6 d.

Doors open at Half past Six, the performance to commence at Seven.

The accredited agents for the Sale of Boxes and Stalls: Mistissale, Royal Library, and Kookham, Old Bond St.; Sand, Saint-James street; Leader and Cock, Chappelle, and Subb, New Bond street; Ebbers, Old Bond street; Gramer and Beak, and Hammond, Regent street; Carter, 12, Regent street; and Keith, Bowles and Co; Cheapside.

The Box Office Open from 11 until a quarter to 5 o'clock daily.

La sala del Princess's Theatre es de mediana amplitud, pero coqueta y recientemente instalada; los palcos son de un gusto exquisito; Jacques se hallaba situado junto a unas damas con atuendos de baile, flores en el pelo y descotadas como sólo se descotan las inglesas, que pueden llegar lejos impunemente. La asistencia era poco numerosa por el momento; pero después de las nueve aumentaría, ya que entonces el precio de los billetes se reduce a la mitad; en Inglaterra, donde todo es libre, cualquiera puede fundar un teatro, establecer una línea de omnibuses, abrir bailes o cafés cantantes y publicar periódicos a voluntad; respecto a estos últimos, los ingleses han logrado incluso un bonito resultado, ya que poseen ochenta diarios y cuatrocientas ochenta publicaciones y revistas literarias. El resultado de esa libertad ilimitada es, para los teatros, que los caprichos del director no tienen control; puede modificar su género y cambiar el precio de las entradas según le place; es decir, que es el único juez de la manera en que decide atraer a su público.



XLIII Una *lady* Macbeth inolvidable

La representación de *Macbeth* comenzó. Jacques no entendía una sola palabra y le parecía asistir a una ruidosa pantomima; Jonathan captaba algunas palabras al azar, y se perdía la mitad de un parlamento o de una réplica mientras trataba de entenderlos. La actuación de los actores era de un romántico burgués, pero auténtica; pretendían transmitir a los espectadores todas las audacias de la gran tragedia inglesa, y lanzaban gritos terribles; su porte inglés, sus gestos envarados y exagerados, sus dramáticos hipidos parecían del agrado de la mayoría de los espectadores. Empero, los combates entre Macbeth y los nobles de Escocia recordaban sin lugar a dudas los pases de armas de los saltimbanquis; el rey de Escocia se esmeraba en golpear al compás, y su adversario Macduff esperaba pacientemente el quite para atacar.

Miss Elsworthy, que asumía el papel de *lady* Macbeth, parecía más sencilla y moderada; actuaba con naturalidad en medio de las exageraciones románticas de sus compañeros. Los coros operaban con bastante precisión; las tres brujas proferían unos gritos fúnebres en medio de la música de Locke, de la que Jonathan apreciaba el excelente color.

Los decorados, simplemente pintados y montados, se manejaban con rapidez después de cada escena; a Jacques le encantaron algunos parajes de Escocia, de la zona de Inverness; los recuerdos de su viaje conferían a esos cuadros un interés más valioso.

¿Respetaron o no los actores ingleses el texto primitivo de Shakespeare? ¿Adaptaron a las conveniencias inglesas el desenfado realista del poeta, o lo interpretaron con su magnífica rudeza? Cuestión difícil de resolver y por la que Jacques sentía un vivo interés; conocía perfectamente el drama de *Macbeth* por las

traducciones, ya que en los teatros franceses siempre se dio incompleto y mutilado; le señaló, pues, a Jonathan el famoso fragmento del segundo acto, tras el asesinato de Duncan, cuando Macduff le pregunta al portero cuáles son las tres cosas que provoca el beber[23]; pero cuando llegó el momento, por más que Jonathan aguzó todas las fibras de su entendimiento, no pudo captar nada; sin embargo, con la respuesta del buen portero, una risa general se elevó en la sala.

—¡Bravo! —exclamó Jacques—. Representan fielmente a su gran poeta. Ponen el arte por encima del puritanismo. ¡Bravo!

—Lo indecente, amigo Jacques, no es el decir, sino el quitar; tienen razón estos dignos ingleses; o representáis fielmente a Shakespeare, o no os metáis con él.

El gran drama, con su floja interpretación, fue mediocrementemente aplaudido; por cierto, que el público es bastante frío en sus manifestaciones. El vals de Montgomery ocupó el intermedio, sin ser escuchado por nadie; al poco se volvió a levantar el telón para la farsa que concluyó la velada.

A las primeras escenas Jacques reconoció inmediatamente en *The First Night, Le Père de la débutante*, puntualmente traducido; el propio director del teatro interpretaba, con harto brío y locuacidad, a Achille Taima Dufard, permitiéndose mil invenciones y añadidos a su papel; hablaba mitad francés y mitad inglés, e incluso italiano, y hasta llegó a citar, no se sabe por qué, el primer verso de las *Geórgicas*[24] de Virgilio, y a punto estuvieron los dos amigos de desternillarse de risa oyéndole pronunciar así:

Taitair, tiu potiuloe viciubans siub tigmini feidjai.

Jacques nunca había imaginado la forma que podía tomar el latín en una boca inglesa. La obra fue prontamente representada, y la hija del director, *miss* Maria Harris, compartió con su padre los honores del espectáculo.

Agotados, molidos, durmiéndose de pie, los viajeros abandonaron el teatro a las once. ¡Dura jornada, tras una noche de viaje de recreo en tren! Bajaron por Regent Street en busca del indispensable carruaje; las calles ya estaban casi desiertas a la hora en que en París rebosan de gente y de luces; los comercios, cerrados desde las ocho de la tarde, ya no prodigaban su propicia iluminación; apenas atravesaba algún haz de luz los cristales

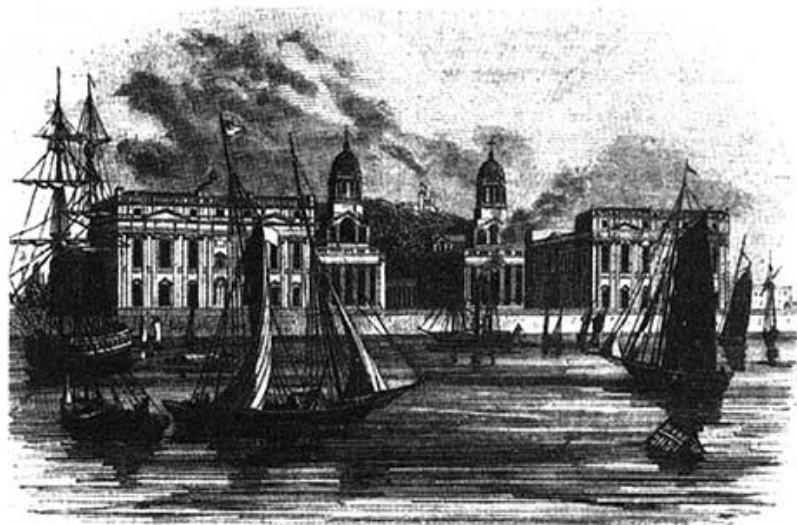
esmerilados de un despacho de *whisky* o de cerveza; los *policemen* se deslizaban misteriosamente por las aceras, rozando los muros, con su pequeña linterna encendida colgada de la cintura; al pasar por delante de cada puerta, la empujaban con el puño para asegurarse de que estuviese cerrada; a veces se cruzaban con algún otro, le decían algo rápido al oído, y se dispersaban en todas las direcciones.

Llegando a Hay Market, la escena cambió, el silencio dio paso al bullicio, la animación reemplazó a la soledad; cientos de mujeres, luciendo indescriptibles atavíos, rondaban por una de las aceras de esa amplia calle; ejercían su temible profesión con una libertad, una insolencia y una provocación que nada tenían que temer de los *policemen*; además, era para ellas la hora del mercado o de la Bolsa, y al parecer le dedican al tráfico de su mercancía el mismo esmero que los negociantes de la City. Aquella noche había gran competencia entre tales criaturas; la oferta era superior a la demanda, y las operaciones debían tratarse a la baja.

Entre esas mujeres, ¡cuántas muchachas jóvenes aún y ya ajadas por el vicio! ¡Cuántas criaturas lozanas y bonitas han perdido su belleza y su lozanía en esas tabernas públicas donde los amores se empapan en ginebra y aguardiente! Dichos establecimientos permanecen abiertos hasta el amanecer, ofreciendo sus divanes y sus licores a los embrutecidos *Laïs* de Hay Market.

Conforme uno se acerca al Támesis por esas callejuelas estrechas y lodosas, aunque permanece la misma cantidad, la calidad se torna inferior, y a las escenas de alcoholismo y de depravación se mezclan escenas de crímenes y de sangre.

Disgustados por ese espectáculo repugnante, Jacques y Jonathan terminaron por encontrar un coche que les condujo al London Bridge Hotel; una vez allí, se durmieron con un sueño superior al que sigue al insomnio: el sueño de la extenuación.



XLIV En barco por el Támesis

Al día siguiente, Jacques despertó a Jonathan.

—¡Este es nuestro último día! ¡Andando! ¡Andando! Somos los judíos errantes del turismo; de ahora en adelante ya no se trata de un placer, sino de un deber. Ver sin cesar, ver y más ver, esa es nuestra divisa.

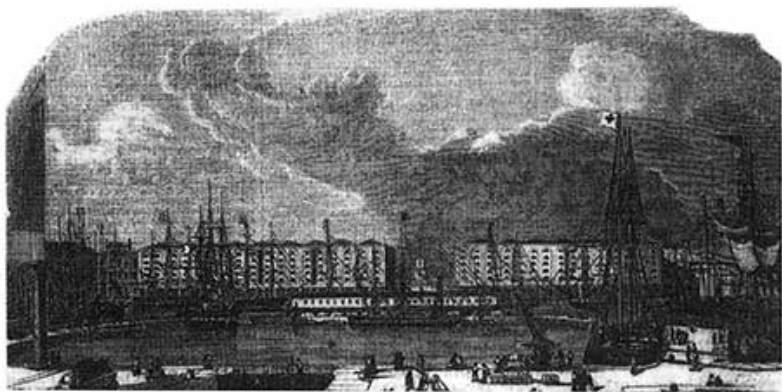
—A propósito, amigo Jacques, ¿te has dado cuenta de que la mayoría de las divisas de las ciudades o de las órdenes inglesas están en francés? «Dieu et mon droit [25]» del escudo de Inglaterra; «Honny soit qui mal y pense [26]» de la orden de la Jarretera.

—Cosa extraña.

—Por supuesto, viene de la conquista de los normandos; ¡durante dos siglos, estos buenos insulares hablaron nuestra lengua!

—Pues no se les ha quedado nada en la pronunciación. Por lo demás, Jonathan, tu observación es muy sagaz, pero ganaría mucho si se hiciera al aire libre; apresurémonos y salgamos; he resumido el programa de hoy, y será completo.

Los dos viajeros terminaron de asearse en unos minutos; salieron del hotel, atravesaron el puente de Londres y embarcaron en uno de los barcos que descienden por el Támesis hasta Greenwich. En las inmediaciones de London Bridge, el río está cubierto de buques y de barcos de cabotaje; la mayoría aprovechaban la bajamar y escapaban a toda vela y a todo vapor. El paquebote de Greenwich se alejó rápidamente del puente.



Dejó a su izquierda Custom House, la aduana, amplia construcción bastante monumental, que consiste en tres vastos pórticos de orden jónico ornados de columnas corroídas ya por la mordiente humedad del Támesis; el agua del río es, no lodosa ni cenagosa, sino semejante a las pútridas deyecciones de una cloaca; en efecto, el Támesis no es más que una inmensa alcantarilla donde la marea hace refluir dos veces al día los inmundicios de la gran ciudad; el mar del Norte se niega rotundamente a recibirlos. Es, pues, un foco permanente de infección; en tales circunstancias, ¿es de extrañar acaso que la peste devastara Londres seis veces, cobrándose cien mil muertos en 1665? Durante los fuertes calores de junio y julio, las emanaciones del río son intolerables, y todos los años el Parlamento, a medio sofocar, se ve obligado a interrumpir sus sesiones.

El vapor surcaba esas corruptas aguas que apenas pueden producir espuma de tan espesas y viscosas. Pronto el horizonte se erizó con los quince mil mástiles que encerraban los muelles; pero después de haber visitado las dársenas de Liverpool, Jacques creyó poderse privar del espectáculo de las dársenas de Londres, que probablemente no despiertan mayor interés. Tras un recodo del río apareció una inmensa construcción: era el *Leviathan*, que los esfuerzos de los ingenieros habían logrado devolver a su elemento natural. Para desilusión de Jacques, ya no se podía visitar ese monstruo de los mares, que puede desplazar veinte mil toneladas de vanidades. Estaba anclado algo más arriba de Greenwich, donde el vapor se detuvo instantes más tarde.



Greenwich está situada a unas cinco millas al sur del puente de Londres. Es una verdadera ciudad; Jacques le dedicó media mirada al magnífico palacio que Inglaterra ha donado como hospital a sus marineros; intentó en vano mostrarle a Jonathan el famoso meridiano inglés que pasa por el Observatorio, y arrastró a su compañero hasta una barca; se trataba de regresar hacia el *Leviathan* y dar una vuelta a su alrededor; la embarcación, movida por dos remos, remontó la corriente, pasó delante de un navío de tres puentes sin arboladura que le sirve de anexo al hospital, y cuyo volumen ponía de relieve la inmensidad del *Leviathan*. Jacques pudo hacerse una idea exacta de su altura al acercarse a los tambores, que forman un monumento en sí mismos; durante esa excursión náutica, Jonathan se mojó un dedo en el Támesis, y dos días más tarde seguía arrepintiéndose de esa funesta idea.

Después de rodear ese mundo flotante, el bote regresó al muelle; los viajeros tomaron otro barco de vapor que remontaba el Támesis, y desembarcaron en la estación del túnel, en la orilla izquierda. Llegados a la entrada de esa inútil maravilla, diseñada y ejecutada por el señor Brunel, ingeniero francés, penetraron, por las espirales de una escalera, en un amplio pozo de paredes adornadas con vistas de distintos países, pintadas con el empeño colorista propio de los artistas ingleses; en el extremo de ese pozo se abren dos galerías de

cuatrocientos metros de longitud; la de la derecha es la única destinada a la circulación de los peatones, que por *one penny* atraviesan el Támesis bajo sus horrorosas aguas; el aspecto de ese largo tubo es triste, fúnebre, sepulcral; la densa atmósfera está horadada por numerosas lámparas de gas; entre ambas galerías, reunidas por arcos, hay comercios de objetos inútiles y caros, ocupados por las vendedoras más bonitas del mundo, que según dicen forman parte del mismo escaparate.

En el momento en que Jacques y Jonathan entraban en la galería, un industrial, provisto de un cornetín, producía en la otra punta, bajo esa larga bóveda, unos extraños efectos sonoros, con gran algazara por parte del público; los sonidos metálicos eran al principio indistintos; pero enseguida Jonathan, que caminaba delante, se detuvo y asió bruscamente el brazo de Jacques.

—¡Escucha! —le dijo—. ¡Escucha!

—¿Qué ocurre?

—¿No lo oyes? ¿No lo reconoces?

El terrible instrumento, entre esos insensatos labios, lanzaba al vuelo *Ah! on*

l'amor, l'amore

d'ardole

, ¡del *Trovatore*!

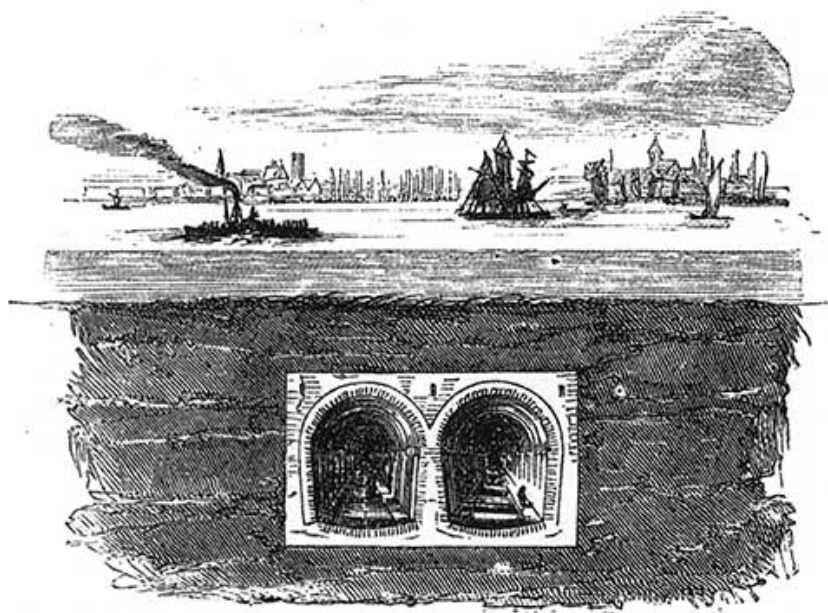
—¡Hasta en el túnel! —dijo Jacques.

—No comprendo cómo resiste —respondió simplemente Jonathan— ¡Vamos, Jacques, huyamos!

Regresaron al orificio inferior del pozo, no sin antes vislumbrar, en uno de los comercios, una pequeña máquina de vapor del tamaño de una mano, alimentada por la llama de una lámpara de gas; ponía en movimiento la manivela de un organillo; afortunadamente, no estaba tocando, pues sabe Dios lo que seguramente hubiese tocado.

Jacques volvió a ver con deleite la luz del día, y siguiendo el programa trazado de antemano, se dirigió hacia la Torre de Londres; el camino era largo aún, y ante la ausencia de coches, hubo de hacerlo a pie. Por fin, tras múltiples rodeos, después de perderse muchas veces en la intrincada red de esas calles comerciales vecinas al puerto, después de divisar los ferrocarriles que franqueaban en línea recta las iglesias y las casas, después de

contemplar los trenes lanzados a toda velocidad por encima de los tejados y de los aguilones, los dos amigos llegaron exhaustos a la Torre de Londres.



XLV La Torre de Londres, Regent's Park

La Torre de Londres fue construida, dicen, por Guillermo el Conquistador; encierra todo el espíritu inglés, con sus tradiciones, su respeto de las antiguas costumbres, su devoción por las cosas de otros tiempos. En sí misma, esta antigua ciudadela no ofrece nada especialmente curioso, pero vale la pena contemplar sus guardias; van vestidos a la antigua usanza, con un escudo en el pecho y guirnaldas en el sombrero. Jonathan estaba admirado de ver funcionar a esas buenas gentes que seguramente son contemporáneas de Ricardo III o de Enrique VIII; es evidente que asistieron a los sangrientos acontecimientos que relatan.



Guiado por uno de esos *valets* armado de pica, el grupo de

visitantes, del que formaban parte los parisinos, penetró en los amplios patios de la fortaleza: el guardia designó al pasar la torre sangrienta donde tuvo lugar el asesinato de los hijos de Eduardo, la Torre de Beauchamp, prisión estatal donde sufrieron Jane Grey y Ana Bolena, la Torre de Wakefield, donde fue asesinado Enrique VII. Los crímenes no faltan en ese edificio: eran el mayor medio político de que disponían los soberanos de Inglaterra, y lo utilizaban con liberalidad respecto a la nobleza y a su propia familia; ¡en verdad puede decirse que la historia de Inglaterra está escrita con sangre!

La sala de las armaduras, donde seguidamente penetró el grupo, muestra una ridícula disposición; todas las armaduras están colocadas en maniqués que representan a los reyes de Inglaterra; las posturas, las actitudes y los gestos son irrisibles: uno maneja una lanza que amenaza al techo, otro alza una maza de armas como para partírla la cabeza a su propia montura; si se abate el hacha de ese otro, ¡le cortará el brazo izquierdo! Toda esa puesta en escena es de mal gusto, y recuerda más bien las curiosidades de una feria que las riquezas arqueológicas de un museo.

En el arsenal de la reina Isabel pueden verse dos hachas sobre dos tajos, la que cercenó la cabeza de Ana Bolena y la que decapitó al conde de Essex: Jacques pasó la mano con un estremecimiento sobre esos históricos filos, y contó en el tajo los cortes producidos por la política de los reyes.



Saliendo del arsenal, sin molestarse en contar los cañones dormidos en los patios, los viajeros abandonaron inmediatamente el recinto de la torre; la hora avanzaba; regresaron hacia London Bridge, después de haber hecho visar sus pasaportes en King William Street; luego corrieron hasta el embarcadero de los *watermen*; remontaron el río al igual que lo habían hecho la víspera, pero, en lugar de detenerse en el puente de Westminster, prosiguieron su camino cruzando un arco erizado de maderos bajo el nuevo puente del Parlamento; ahí apareció en todo su esplendor la fachada del palacio sobre el Támesis, como en el cuadro de Justin Ouvrié. Resulta torpe la pluma e insuficientes las palabras para describir la grave majestad de ese espectáculo; parece estar a mil leguas de Londres; sus líneas arquitectónicas son de gran pureza, y sostienen noblemente los escudos historiados de la fachada, cuya perfecta regularidad refleja el río; la Torre Victoria y la Torre del Reloj dominan ambos extremos de esa masa tranquila y serena; es difícil arrancarse a la sublimidad de ese espectáculo.

Las orillas del río son en ese lugar muy pintorescas, y sobre todo muy variadas; en la orilla opuesta, el palacio de Lambeth es de un efecto muy acertado, con sus jardines irregulares, sus árboles que dan sombra a los verdes céspedes, sus distintos edificios de variados estilos, moda y construcción, pero provenientes todos del tipo anglosajón; es un verdadero paisaje medieval, olvidado a la orilla del Támesis, que le sirve de residencia al arzobispo de Canterbury; en Londres sólo hay un obispado y un obispo. Cuando los presbiterianos y los puritanos escoceses pasan delante de esa residencia real, apartan la mirada con desprecio.

El barco de vapor se detuvo en Vauxhall Bridge a la altura de Lambeth; cuando se apeaban en la estación de Millbank, Jacques hizo observar a su compañero un edificio de forma extraordinaria situado en la orilla izquierda: es el Penitentiary, un presidio de aspecto siniestro; las prisiones de Londres son espantosas, y ésta no es más que una inmensa tumba maciza y pesada, donde los malhechores que antaño eran condenados a ser deportados, están encerrados a perpetuidad.



Desde allí, en una carrera de una hora, un *cab* transportó a los parisinos hasta

Regent's

Park, del que querían entrever el aspecto; buscaban ante todo algunas fugaces impresiones, confiando en que su memoria, su recuerdo, su imaginación, las fijarían de forma más duradera; para alcanzar el parque atravesaron los mejores barrios de Londres; las casas de Pimlico son hermosas, claras, regularmente alineadas, con un aspecto de bienestar y de opulencia que llama la atención; casi todas tienen vistas a sombreados parques donde sólo sus vecinos tienen derecho a pasear. En la plaza de Belgrave Square, los

edificios ostentan una disposición arquitectónica uniforme; son amplios y bellos, sin comercios; parecen inmensos y tranquilos hoteles particulares, a cien leguas del puerto y de la ciudad de Londres.

El *cab* se detuvo en Park Square, a la entrada del parque del Regente, inmenso llano de cuatrocientos cincuenta acres de extensión, constelado de aristocráticos hotelitos, surcado por amplias avenidas arboladas y cubierto de vastos parterres; encierra el Jardín Zoológico y el Jardín Botánico; pero Jonathan se negó a visitarlos, y se desplomó como una masa inerte en uno de los altos bancos verdes que contrastan con el habitual *confort* de los ingleses; ya era hora de que el vuelo de pájaro de los dos viajeros tocara a su fin; las marchas forzadas, una sorprendente fatiga en los ojos, una comprensible contención de espíritu en presencia de tantos objetos nuevos, producían un total agotamiento. No sin numerosos esfuerzos, sosteniéndose y reconfortándose el uno al otro, lograron Jacques y Jonathan regresar a Regent Street; la hermosa calle estaba entonces atestada de carruajes; había sonado la hora del recreo para esa opulenta población; los comercios rebosaban de mujeres con lujosos atavíos, cuyos detalles explican la necesidad de las cuarenta mil casas de moda en la capital de Inglaterra.

A Jacques le espantaba la idea de cenar en la pequeña taberna de la City; la fatiga y el hambre triplicaban aún la distancia; por fortuna, en el Quadrant, consiguió encontrar un restaurante francés; condujo a su amigo al salón, y allí, durante dos horas, combatieron el hambre y la fatiga por todos los medios posibles; la comida era francesa, pero con un pequeño toque inglés.

XLVI Visita al museo Tussaud

—Y bien —dijo Jonathan a los postres—, henos al término de nuestro famoso viaje.

—¡Y cuánto hemos visto! —replicó Jacques—; si nuestros ojos no están satisfechos, es que son difíciles de contentar.

—Amigo Jacques, confieso que estoy deseando estar de vuelta en París; he llegado a un grado de insensibilidad total; ya no veo, no oigo ni percibo nada, y en estos últimos días mis sentidos se han desgastado al máximo.

—Me veo obligado a reconocer que tienes algo de razón; pero un pequeño esfuerzo más.

—¿Qué quieres decir? ¡Hay algo más que visitar!

—Tranquilízate, es ya lo último; estoy llegando a las últimas líneas de mi programa, que me interesa seguir puntualmente. ¡Vamos, pues!

—¿Pero adónde me llevas, santo cielo?

—¡Ya lo verás!

—Es ese «ya lo verás» el que me asusta.

—¡Ven!

—¡Vamos!

Y los dos cansados peregrinos empuñaron de nuevo su bastón de viajeros; una vez más, volvieron a recorrer las calles ya oscuras a las ocho de la tarde; Jacques, que había consultado minuciosamente su plano de Londres, se dirigió sin vacilar hacia Oxford Street, cogiendo a la izquierda de Regent Street; siguió la amplia avenida hasta Baker Street sin responder a las preguntas de su amigo.

Al pasar ante una capilla protestante, no pudo resistirse al deseo de entrar en ella, asegurándole a Jonathan que no era aquel el objetivo de su paseo.

La capilla, apenas iluminada, presentaba un aspecto austero y triste; algunos fieles, diseminados en los bancos de madera,

parecían sumidos en un silencio estático; al fondo, apoyado en un atril iluminado por una pequeña lámpara, el ministro procedía en alta voz a la lectura de la Biblia. Los versículos, repetidos en un tono uniforme y grave, resonaban en esa sala tenebrosa con un lúgubre eco; el frío puritanismo helaba los sentidos y penetraba hasta la médula de los huesos.

—Salgamos —dijo Jacques.

—¡No hubiésemos debido entrar!

A pocos pasos de allí, en Baker Street, un porche brillantemente iluminado llamó la atención de los paseantes. Jacques se dirigió hacia allí, diciendo:

—¡Aquí es! Saca, por favor, dos *shillings* de tu bolsillo.

Jonathan obedeció, y a cambio recibió dos billetes con los que pudo penetrar en un salón deslumbrante de luz.

—¿Dónde estamos?

—En el museo de *Madame* Tussaud, la nieta del célebre Curtius.

—¡Cómo! ¡Un gabinete de figuras de cera!

—¡No! Un museo, pero un museo como nunca lo has visto; por última vez, abre los ojos, y mira.

Una inmensa multitud atestaba los salones, y a no ser por sus brillantes atuendos, más de una vez hubiese sido difícil reconocer a los visitantes y a los visitados.

Se encontraban allí reunidas, en tamaño natural, las ilustraciones antiguas y modernas; la corte de Inglaterra figuraba en traje de gala: reinas, princesas, duquesas, todas las eminencias se encontraban allí en las diferentes actitudes de la conversación; las órdenes, las bandas, las cruces, toda la arqueología de las decoraciones brillaba sobre sus pechos; los diamantes refulgían en los cabellos de las reinas y en las empuñaduras de las espadas de los reyes. La corte de Francia aparecía en pleno; dos inmensos salones apenas bastaban para contener a esa multitud de soberanos y de grandes capitanes; el cuadro de los reyes de Napoleón era poca cosa comparado con esa cohorte de testas coronadas.

Los diversos personajes ocupaban el centro de los salones, mientras que en el hueco de las ventanas y sobre las tarimas, junto a las paredes, reinaban y se exhibían los antepasados de la corte de Inglaterra. Allí se arrellanaba el enorme Enrique VIII rodeado de sus seis mujeres: Catalina de Aragón, Ana Bolena, Juana Seymour, Ana

de Clèves, Catalina Howard y Catalina Parr; el colosal carnicero producía un efecto odioso en medio de sus infortunadas víctimas; más allá aparecía María Estuardo resplandeciente de belleza, y tal era la perfección de esas obras maestras de cera, que la realidad no hubiese sido más impactante; la belleza de la reina de Escocia sobrepasaba los sueños de la más ardiente imaginación.

Jacques y Jonathan circulaban con dificultad entre las dos multitudes, de carne y de cera; se acercaron a un Garibaldi totalmente nuevo, expuesto a la pública admiración; más allá, William Pitt y Sheridan charlaban tranquilamente con la placidez de los grandes señores ingleses.

Jacques quiso saber el nombre de un eclesiástico muy notable sentado en una espléndida butaca, y se dirigió a uno de los visitantes que le miraba fijamente. Pero no obtuvo ninguna respuesta.

—No me ha entendido, Jonathan. Repítele mi pregunta.

Jonathan no tuvo mayor éxito. Jacques estaba a punto de enfadarse, cuando una carcajada junto a él le contuvo. ¡Su interlocutor era de cera!

Hasta tal punto llega la perfección de esas figuras; más de una vez los espectadores fueron inducidos a engaño, pues muchos de esos personajes llevan trajes modernos y reposan directamente en el suelo, mezclándose por así decirlo con la muchedumbre que circula a su alrededor; en cambio, Jonathan se sorprendió mirando de hito en hito y pellizcando en el brazo a un inocente *gentleman* perfectamente vivo, al que había tomado por un héroe del lugar.

Junto a esos dos salones principales se abre un museo especial dedicado a los objetos que pertenecieron a Napoleón; casi todos fueron recogidos en el campo de batalla de Waterloo; allí se encuentra el coche en el que el emperador, vencido por la traición, se alejó del campo de batalla. Todos y cada uno de los espectadores, hombres, mujeres, niños y viejos se creían en la obligación de entrar y sentarse unos instantes en ese coche; luego todos bajaban satisfechos y orgullosos; era una interminable procesión en la que Jacques y Jonathan se abstuvieron de participar.

XLVII Una guillotina al estilo inglés

—Hasta ahora —dijo este último—, es curioso, pero sin más; ya no puedo más, y no hay forma de sentarse. ¡Sólo hay sillas para los monigotes de cera!

—Paciencia, Jonathan; saca doce peniques de tu bolsillo, y sígueme.

—¡Otra vez!

—Sígueme, te digo, y después ya estarás libre.

Un tercer salón se abría al otro extremo de los primeros; la multitud se agolpaba en la puerta de entrada. El salón era una amplia estancia protegida por cortinas oscuras y débilmente iluminada.

Los dos amigos echaron un rápido vistazo, y se estremecieron: doscientas o trescientas cabezas cortadas, colocadas simétricamente en unas estanterías, los miraban fijamente con ojos siniestros. Cada una de ellas, cuidadosamente preparada y etiquetada, acusaba las horribles marcas del crimen y del sufrimiento. La Bocarmi, Lacenaire, Castaing, Papavoine, Peytel, *Madame* Lafarge, Bastide, Jorion, el parricida Benoît, Palmer, Burk, presentaban su espantoso rostro; todas las naciones, América, Francia, Inglaterra, habían aportado su contingente de cabezas cercenadas a la horrenda colección; sus crímenes violentos, expiados por la pena de muerte, surgían en la mente produciendo una extraña impresión.

En medio de la sala, Marat, mortalmente herido por la mano de Charlotte Corday, expiraba en su bañera, mostrando una espantosa herida de la que aún manaba sangre; más allá, Fieschi prendía fuego a su máquina infernal [27]; otros criminales conversaban entre ellos; de pie en la oscuridad, Orsini y Pieri se confundían con el gentío. Uno terminaba por preguntarse si no formaba parte también de esa asamblea de criminales; las manos temblaban y los ojos se

inyectaban en sangre.

—¿Dónde estamos, Jacques?

—En el museo de los horrores.

—Me parece de un gusto dudoso.

—¡Bueno! Es muy inglés; pero mira hacia allá, ¡mira!

—¡La guillotina! —exclamó Jonathan.

En efecto, en un extremo del salón se alzaba el espeluznante instrumento de suplicio, el primero en que la mecánica se encargó de ejecutar la justicia. ¡Y qué guillotina! La del 93, la que sintió palpar tantas víctimas bajo su férreo abrazo. La que cercenó la testa de Luis XVI y de Robespierre, de María Antonieta y de la Dubarry, de Danton y de André Chénier, la de Felipe Egalité y de Saint-Just. Un certificado en regla, indiscutible, provisto de firmas auténticas, estaba allí expuesto, indicando que el mismo Samson[28] había vendido esa guillotina después de la Revolución, después del Terror. ¡Nada más auténtico, y nada más espeluznante!

El cadalso estaba completamente montado; el gentío se agolpaba en los escalones; Jacques, arrastrando a su amigo, siguió a la muchedumbre; llegaron a la plataforma en la que dos postes rojos sostenían la cuchilla en forma de paralelogramo irregular; una varilla de hierro fijada en uno de los postes a la altura de la mano detenía la pesada hoja de acero; sólo que el extremo inferior estaba sujeto por medio de un candado, para que a ningún inglés pudiese darle la fantasía de maniobrar el mecanismo. Delante de los postes se encontraba la báscula, la tabla fatal, erecta y lista para bascular; Jacques no pudo resistirse al deseo de subir al estribo de esa báscula, y admiró con terror la encantadora sencillez del mecanismo. De repente se oyeron unos gritos sofocados, unos sonidos inarticulados; el gentío se inmoviliza; todos dirigen la vista hacia la terrible cuchilla; afortunadamente, estaba en su sitio, pero un corpulento inglés, algo más curioso y aficionado, había tenido la ocurrencia de introducir la cabeza en la abertura de la guillotina, y se estaba asfixiando sin poderse sustraer a la presión de la parte superior del ventanillo; Jacques acudió en su ayuda, y retiró la tablilla taladrada y reforzada con hierro que aplastaba el cuello del insular. Este soltó un gruñido de satisfacción.

—Pues bien —dijo Jacques—, me consuela una idea.

—¿Qué idea, amigo Jacques?

—Que con este aparato, es muy probable que uno muera asfixiado antes de ser guillotinado.

—¡Gracias, Jacques! —repuso Jonathan—, ¡gracias! Eso me tranquiliza.

—Y ahora, ¡vámonos! Una última mirada, una última reflexión, y partamos de Inglaterra con un saludo a la guillotina de Francia.

Los dos visitantes respiraron con deleite el aire nocturno; parecían dos condenados a los que acaban de conceder la gracia en el cadalso.

Un coche les ofreció su abrigo, y una hora más tarde los depositó, medio dormidos, en London Bridge Hotel. Al día siguiente se dirigieron a Brighton Railway Duke Street; gracias a un intérprete realizaron fácilmente sus trámites, y sus baúles fueron puestos a buen recaudo; subieron a un coche de primera clase, y al pasar por encima de las casas vecinas, Jacques dirigió una última mirada hacia el Támesis y la catedral de Saint-Paul. Luego pudo contemplar un instante la fachada del fantástico palacio de Sydenham, pero fue sólo un destello; dos horas más tarde, el tren se detenía en Brighton, esa Parténope[29] del Norte tan alabada por Thackeray; un ramal del ferrocarril comunica Brighton con el pequeño puerto de Newhaven; los viajeros lo alcanzaron en media hora, y divisaron las dos enormes chimeneas del buque *Orléans* preparándose a zarpar rumbo a Francia.

Los dos amigos se precipitaron a cubierta.

—¡Abandonamos Inglaterra! —dijo Jacques.

—*For ever! for ever!* —respondió Jonathan.

El *Orléans* levó inmediatamente anclas poniendo rumbo a Dieppe. La mar estaba calma y la travesía fue rápida. Al cabo de cinco horas, los acantilados franceses se perfilaron en el horizonte.

—¿Sientes algo al volver a ver Francia? —preguntó Jacques.

—Nada en absoluto —respondió Jonathan—. ¿Y tú?

—Pues, no, yo tampoco.

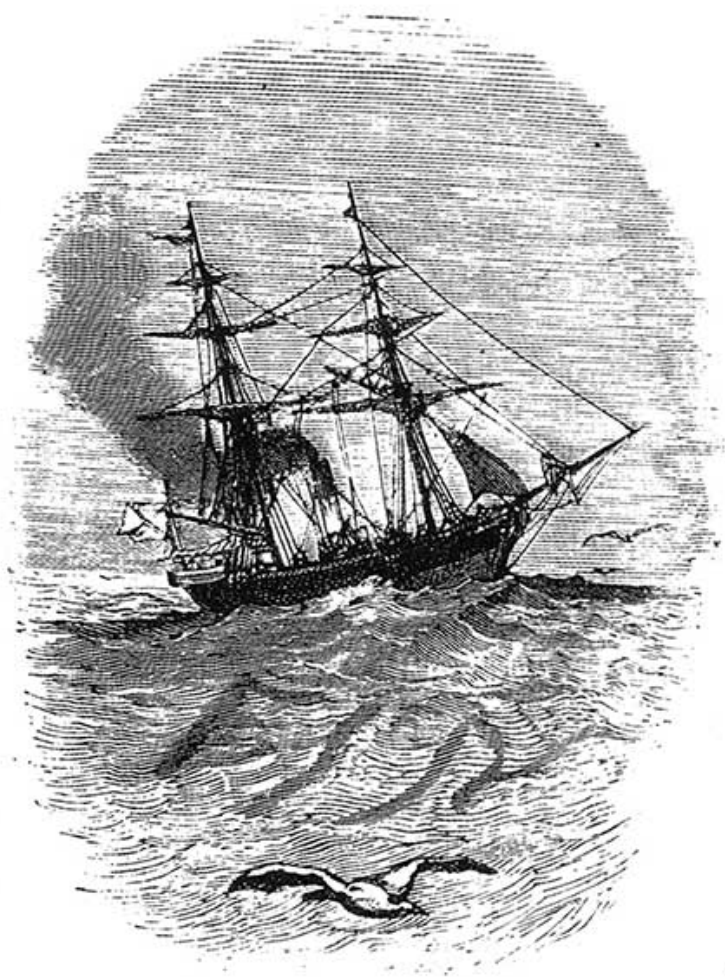
XLVIII En lo sucesivo, la imaginación será su guía

El famoso viaje por Inglaterra y por Escocia ha llegado a su término; a pesar de los obstáculos, las dificultades, los retrasos, las inquietudes, las preocupaciones, las desesperaciones, las chanzas, helo concluido.

Tras diecisiete días perdidos en Burdeos, y cuatro días de travesía, sólo una semana fue dedicada a errar por las curiosas comarcas del Reino Unido. ¿Qué quedará de ese rápido tránsito, de esa desenfrenada carrera, de ese vuelo de pájaro? ¿Habrán al menos conseguido Jacques y Jonathan con qué llenar sus dulces horas de holganza y de ocio?

Han atravesado el océano Atlántico, bordeado Francia y las islas británicas; han presentido Liverpool, entrevisto Edimburgo, vislumbrado Glasgow, adivinado Stirling, barruntado Londres; han tocado montañas y costado lagos; han imaginado, más que conocido, nuevas usanzas, diferencias geográficas, extrañas costumbres, diversidades entre naciones; lo han rozado todo, pero a decir verdad, ¡no han visto nada!

Es ahora, a su regreso, cuando se inicia su verdadera excursión, pues la imaginación será en lo sucesivo su guía, y viajarán en sus recuerdos.



NOTA FINALpor Christian Robín

Universidad de Nantes

En sus reuniones familiares, al tío abuelo de Julio Verne, Prudent Allotte de la Fuÿe, le gustaba contar que uno de sus antepasados, Allott, había llegado de Escocia para servir como arquero en la guardia del rey Luis XI. ¿Acaso había admirado demasiado a *Quentin Durward*, cuya historia era exactamente ésa? Fuese como fuese, no le costó transmitir a su sobrina, Sofía Verne, y luego a los hijos de ésta, su pasión por los escoceses, por su historia, sus costumbres y su literatura.

La gruta de Fingal, las islas Hébridas, las Highlands, Edimburgo, pertenecen ya por lo demás a los itinerarios que, sobre todo a partir de 1827, condujeron a los insulares, y luego a los continentales, hacia unas regiones que el arte y la literatura románticos celebraban sin reserva. El éxito de Walter Scott provocó, creemos que a justo título, el entusiasmo decisivo de los turistas, que encontraban en las guías concebidas para ellos, *in situ*, todos los lugares que el amo del castillo de Abbotsford había descrito en sus obras. Pero Beethoven, que había compuesto melodías escocesas; Mendelshonn, con su famosa *Sinfonía* y la obertura de las *Hébridas*; Chateaubriand, que en las andanzas de su René le hizo dar un rodeo por el país en que el bardo canta a Ossian; Nodier, cuyo *Viaje* constituyó, junto con el de Amedeo Pichot, una referencia inevitable para quienes se embarcaban para el país de los Mac Gregor, todos ellos habían presentado una Escocia idealizada y pintoresca a la élite europea.

Un viaje romántico

Julio Verne compartía esa fascinación cuando emprendió su primer viaje al país de su antepasado en 1859. De hecho, lo confiesa cuarenta años más tarde a Marie A. Belloc que lo interrogaba para *The Stand Magazine*:

«Durante toda mi vida me he deleitado con las obras de Walter Scott, y en uno de mis viajes a las islas británicas, viaje que jamás olvidaré, los días más felices fueron los que pasé en Escocia. Vuelvo a ver como en una visión la hermosa y pintoresca ciudad de Edimburgo, las Highlands-Sona y las agrestes Hébridas. Para alguien familiarizado con las obras de Walter Scott, no existe un solo lugar en Escocia que no pueda identificar con los relatos del célebre escritor»[30].

Al igual que su personaje, el simpático Jacques Lavaret, ha leído, pues, tiempo atrás, casi todas las obras del modelo de Balzac, cuyas referencias salpican el *Viaje maldito por Inglaterra y Escocia*, y se vuelven luego indisociables de las novelas «escocesas» que escribirá posteriormente: *El rayo verde*, *Las Indias negras*. La extraña atmósfera de esta última novela, que se desarrolla en las minas de Aberfoyle, hace suponer que Verne conocía igualmente *Trilby*, el relato fantástico de Nodier que tiene por escenario la región del lago Katrine. Pero curiosamente, es al *Cycle du dériseur sensé* al que se refiere desde las primeras líneas del presente relato. Sea como sea, volver a evocar los lugares con los que soñó durante sus lecturas, para prolongar o renovar su hechizo, esa es una de las principales motivaciones que condujo a su vez al futuro autor de los *Viajes extraordinarios* a tierras escocesas. La representación de *Macbeth* en un teatro londinense, en su viaje de regreso, multiplica por demás el placer de ambos personajes. Es una doble confrontación a la que nuestros románticos viajeros someten sus recuerdos de lectores. Nada más exaltante que recorrer un espacio a sabiendas de que Shakespeare lo eligió como teatro de su tragedia. Los instantes de fervor experimentados, una nueva lectura o una nueva representación de la admirada obra maestra no pueden menos que cultivar y enriquecer esa mezcla apreciada de impresiones complejas.

Por atractiva que sea la peregrinación literaria, no es ella el único motivo que provoca el periplo. Como todos los viajeros de la

generación romántica, Verne encuentra en él cien ocasiones de satisfacer una curiosidad casi humanista. La historia, que tantos vínculos tejió con Francia, antiguos con María Estuardo y más recientes con la corte del futuro Carlos X, refugiado en Holyrood, y los oficiales napoleónicos, prisioneros convertidos en preceptores[31], ofrece el testimonio pintoresco de sus monumentos. La música, si bien permite un contacto fácil con unos anfitriones delicados y cordiales, reserva también sus sorpresas. Jonathan, el compositor que acompaña a Jacques, aprecia particularmente la encantadora tristeza de las melodías escocesas, y se declara cautivado por las delicadezas que le depara un gaitero, pues sus acentos calificados entonces de populares, se granjean la apreciación del esteta romántico. Al igual que los hombres, ¿no son hermanos todos los artistas? ¿Acaso los peor situados en la jerarquía académica no han conservado una primitiva sencillez, apreciada por el aficionado curioso? Por ello, este último cultiva lo que hoy llamamos la etnología. Está convencido de que una concatenación de las causas provoca particularismos dignos de ser admirados o explicados. La geografía, la historia, la descripción de las costumbres, de los vestidos, de las creencias, proporcionan, pues, sucesiva o simultáneamente, sus pruebas pintorescas y complementarias.

Sin duda es ese el fondo de los artículos de divulgación que Verne confiesa sin reparos, por mediación de su personaje, haber consultado antes de embarcarse con Aristide Hignard[32] en el verano de 1859, aprovechando el precio ventajoso que les ofrece el hermano del músico, empleado en una agencia de viajes. Una de esas obras se debe a la pluma de Jean-Baptiste Richard, que se ilustró por los distintos itinerarios cuyo detalle publicó. Personaje digno de interés, Louis Enault había recorrido también Europa entre 1848 y 1851, y acababa de publicar un volumen titulado *Inglaterra, Escocia, Irlanda, viaje pintoresco*, al que se refiere igualmente este inédito. En cuanto a la presentación de la capital de Inglaterra, el escritor se inspira, a veces literalmente, en *Anglais chez eux/ Esquisses de voyage* de Francis Wey, publicado en el *Musée des familles* de noviembre de 1850 a mayo de 1851. Colaborador en aquella época de la célebre revista creada por su compatriota Pitre-Chevalier[33], Verne pensó tal vez, ocho años más tarde, en

publicar el *Viaje maldito por Inglaterra y Escocia* en dicha revista.

Conforme a las ideas de la época, no vacilaba en confrontar a sus personajes con la miseria material y moral reinantes en los grandes centros urbanos. El cuadro sombrío de Liverpool puede ser comparado a las páginas dedicadas a Manchester por Alexis de Tocqueville[34]. La constatación del pauperismo y su explicación pertenecen en efecto al género de la reseña. Pues los artistas no son los únicos en desplazarse. Economistas, políticos y periodistas viajan también y toman la pluma para imponer progresivamente sus observaciones. Y como periodista se comporta con todo su empeño aquel que en su relato trata sin falso rubor el tema de la insalubridad o de la prostitución. Una franqueza que no será nunca adoptada en los *Viajes extraordinarios*. La fugitiva silueta de una pordiosera es lo más miserable con que puede encontrarse Phileas Fogg al penetrar en Charing Cross.

Cercano aún al reportaje, este inédito es un testimonio inesperado, que preserva toda la veracidad de la experiencia vivida por Verne en el primer gran viaje que efectuó a las islas británicas. Al igual que sucederá más tarde en *Una ciudad flotante* y en *Mathias Sandorf*, ambos enriquecidos con una travesía, la primera por el Atlántico y la segunda por el Mediterráneo, el escritor, que partió sin un proyecto particular en mente, le ha imprimido a su diario de viaje la espontaneidad de un carné de apuntes.

Un carné de apuntes

Experimentó otra vez el deseo de volver a ver los lugares y ciudades por los que tenía verdadera predilección. En la primavera de 1867, en compañía de su hermano, volvió a Liverpool para embarcarse hacia los Estados Unidos en el *Great-Eastern*, nuevo nombre del *Leviathan* que había provocado su asombro ocho años antes en el Támesis. Al año siguiente escribía *Veinte mil leguas de viaje submarino*, y Londres recibía al modesto *Saint-Michel I*, donde el escritor encarnaba el papel de Aronnax. Transcurren unos diez años, y Verne posee entonces el célebre yate *Saint-Michel III*, cuyo puerto de matrícula es Nantes. Desde allí efectúa su segundo y muy probablemente último viaje a Escocia. Durante el mes de julio de 1879, le acompaña su hijo Michel y un amigo de éste. Al

adolescente, que plantea serios problemas a sus padres, le propone, con un instinto pedagógico que no le han reconocido sus biógrafos, el mismo itinerario con que antaño él se deleitó. ¿Fue aquella la ocasión para el novelista de volver a visitar la célebre gruta de Fingal, que sirve de escenario a *El rayo verde*, publicado en 1882? La imprecisión de los recuerdos del propio Verne, interrogado al final de su vida, no permite responder afirmativamente a esta pregunta. Aun cuando jamás hubiese desembarcado en el islote de Staffa, las descripciones y grabados de esa curiosidad natural, que abundaban en las revistas ilustradas de la época, hubiesen bastado para atraer a un hombre que viajó también mucho en imaginación.

La visión desenfadada y pintoresca de los paisajes y ciudades que aparecen en el *Viaje maldito por Inglaterra y Escocia* se convirtieron en el marco privilegiado de más de una intriga. En Liverpool embarcaron el capitán Hatteras hacia el Polo Norte, y los héroes de *Una ciudad flotante*, que realiza la travesía hacia los Estados Unidos. En Glasgow, *Los hijos del Capitán Grant* y *Los forzadores del bloqueo*. En Londres, el doctor Fergusson y Phileas Fogg. Este compra la *Henrietta* al capitán Speedy, el mismo —o su homónimo— que dirige el *Hamburg* que conduce a nuestros dos héroes de Burdeos a Liverpool. Allí son recibidos por Joe Kennedy, que será desdoblado en los dos personajes Joe y Dick Kennedy, acompañantes del audaz aeronauta de *Cinco semanas en globo*. Siluetas que, enriquecidas o modificadas, le permitieron igualmente al novelista retomar y adaptar las descripciones conservadas en el álbum que había llegado a ser su manuscrito.

Varias novelas se beneficiaron especialmente de los episodios escoceses del *Viaje*. En *El rayo verde*, el lector también encuentra algunas precisiones, aunque esporádicas, sobre el traje escocés, que ya se hallaban en el texto de 1859. Y el crucero a bordo del *Prince de Galles* que realizan por el Forth Jacques y Jonathan bajo la lluvia, es el del ingeniero Starr en el mismo vapor cuando regresa a la mina de Aberfoyle, al principio de *Las Indias negras* [35]. La excursión propuesta a Nell posteriormente, en la misma novela, para visitar Edimburgo y la región del lago Katrine fue aquella que habían realizado antes nuestros dos amigos.

Jonathan, el músico, tiene ocasión de ejercitar su talento en el

salón de los B... Para amenizar la velada de sus anfitriones, no se hace de rogar para tocar el piano. La gentil Amelia juzga oportuno comunicarle su pasión por las melodías de su país, y para interpretarlas de manera satisfactoria, le recomienda «tocar sólo las teclas negras[36]».

Ahora bien, es exactamente lo que hace Nemo en el órgano del *Nautilus* al meditar sobre su condición de réprobo:

«Los dedos del capitán recorrían el teclado del instrumento, y observé que sólo pulsaban las teclas negras, confirmando a sus melodías un color esencialmente escocés [37]».

Instante poético que el novelista ha hallado, pues, intacto en sus recuerdos y en su manuscrito.

Fácilmente se advierten, aquí y allá, otros esbozos que probablemente nunca abandonaron la imaginación de Julio Verne. Por ejemplo, Jacques lleva un diario de viaje, al igual que Aronnax, presentado como el verdadero autor de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Tal como el célebre prisionero de Nemo cuando visita el *Nautilus*, Jacques advierte, en la mansión de Ockley, la riqueza de la biblioteca, las curiosidades del gabinete de historia natural y la potencia de los instrumentos científicos [38]. Y cuando el *Comte d'Erlon*

encalla en un banco de arena, vienen a la mente de nuestro viajero Vanikoro y sus arrecifes [39] antes de reservar sus sorpresas al paso del submarino. El océano y su perpetuo espectáculo, como el de la fosforescencia [40], ejercen todo su hechizo en los héroes vernianos desde el momento en que Verne elige en el presente texto la forma del viaje.

¿Novela o crónica?

Muy cerca de la novela, el *Viaje maldito por Inglaterra y Escocia* no ha abandonado del todo el tono de la crónica. Escapa, pues, a toda clasificación. Está escrito a imagen de *Un invierno en Mallorca*, de George Sand, que con su narrador masculino, vacila entre la ficción y la reseña. Tanto uno como otro pertenecen más bien al género polimorfo del viaje romántico, que permitía todas las libertades. Unos consisten en los reportajes a que nos han habituado

nuestro siglo y el pasado, otros en las fantasías que proclaman, a veces desde el título, su ausencia de cortapisas, como el *Viaje en zigzag*[41] o el *Viaje adonde os plazca*[42]. Y, naturalmente, nada prohíbe el proceder a una mezcla de tonos. Las *Cartas de un viajero* y su tono ligero son naturalmente el motivo o pretexto para meditar sobre un sinfín de temas que sus autores, que representan el tipo del «Wanderer» filósofo, serán llevados a abordar. En muchos aspectos, son los herederos directos de los eruditos del siglo de las luces que cultivaban libremente el ensayo o el discurso. En todos ellos parece residir cierta indiferencia respecto a una estructura demasiado fija; la sinceridad de la impresión y del testimonio queda voluntariamente preservada, con una libertad total para cambiar de registro.

Por ello coexisten, paradójicamente, dos tipos de poesía del viaje. El primero, ligado al nombre de Verne, gusta de presentar la embriaguez de la velocidad, las variedades de movimiento, la complementariedad de los medios de locomoción. Por ejemplo, en el vagón que lo conduce a Escocia, Jacques utiliza sin saberlo acentos hugolianos[43] para traducir las nuevas impresiones que experimenta. Es primero un delicioso aturdimiento del ojo, que al contemplar los paisajes «percibe sin duda una nueva sensación de color[44]».

Le sucede la exaltación: «el tren circuló a toda velocidad por una vía vertiginosa suspendida al costado de esas viejas rocas; su rapidez tenía algo fantástico, y en cada recodo, el convoy parecía a punto de precipitarse en esos abismos, donde mugía algún torrente de aguas negras[45]».

En el tren que le conduce de regreso a Londres, la misma fantasmagoría se produce para su compañero: «En Newcastle, Jonathan, que no dormía, vislumbró por una ventana entreabierta un rincón de la imponente campiña en la noche oscura; ese reino del carbón de piedra está literalmente en llamas; penachos de flamas tremolan sobre las altas chimeneas de las fábricas: son los árboles de esa comarca sucia y negra, y su conjunto forma un bosque inmenso, iluminado por reflejos rojizos[46]».

Sin duda, tanto uno como otro aceptan con buen humor las malas condiciones de su viaje nocturno en ese tren, pero también aprecian el confort de un camarote o de un salón[47] cuando se

presenta.

Por lo demás, Jacques y Jonathan utilizan los diferentes medios de locomoción ofrecidos por el siglo XIX. El tren, la navegación marítima y fluvial, los desplazamientos en distintos carruajes, sin olvidar la marcha a pie, imprimen sus ritmos particulares a este periplo cuya pintoresca variedad anuncia, a excepción de la precipitación, pero con igual euforia, las proezas de Phileas Fogg.

La mala suerte que reviste un viaje que tarda en concretarse, y las exigencias de horario que a veces no permiten a los dos jóvenes demorarse donde lo desearían, le confieren a esta aventura una dimensión de antiviaje. El novelista, que no oculta en este texto su simpatía hacia Sterne, el autor de *Tristram Shandy* [48], simpatía que no abandonará jamás, había por cierto pensado en ponerle el título de *Voyage à reculons* a dicha historia. Volverá a pensar en esa posibilidad para *César Cascabel* [49], que relata la larga repatriación de una cuadrilla de saltimbanquis presurosos de dejar los Estados Unidos para regresar a Francia, y que el azar rechaza continuamente hacia el oeste. Con frecuencia Verne ha impulsado a sus personajes, como a Paganel, a Uncle Prudent, a Kériban, al viaje involuntario [50], haciéndoles vivir aventuras surgidas de proyectos aplazados. Las contrariedades y los retrasos ya no se producen, en este caso, siguiendo un trayecto rectilíneo, sino que provocan, al multiplicarse, la distorsión de una curva que adquiere inesperadas formas. Por ejemplo, el trazado de los desplazamientos de Jacques y Jonathan se confunde aproximativamente con el trazo del signo & [51];. Para provocar esas divertidas variaciones, Verne no ha vacilado en abandonar las líneas rectas y el lucimiento de su recorrido, favoreciendo las excursiones indolentes, no desprovistas de encanto. «Cuanto más lejos se llega es cuando no se sabe adonde se va [52]», observa atinada y maliciosamente Jacques, mucho antes de que los héroes de *El rayo verde*, los de *Bolsas de viajes*, de *La Agencia Thomson and Co.*, de *Clovis Dardentor* o de *Claudius Bombarnac* repitan la misma experiencia.

Esa disponibilidad que el novelista confiere a sus dos personajes no es el único rasgo que repetirá en sus *Viajes extraordinarios*. Al igual que Hector Servadac, los dos amigos juegan a fantasear sobre el mapa de las islas británicas, que adquiere la forma de una vieja

señorita[53]. Como muchos otros, aprecian las etapas gastronómicas amenizadas por algún dicho gracioso. Multiplican los equívocos provocados por su confrontación con mundos lingüísticos diferentes. Los fenómenos naturales, tales como la aurora boreal o el eco provocan su curiosidad. Adeptos discretos de los progresos de la civilización, no resisten al espectáculo de un puerto de gran actividad, ya sea Nantes, Burdeos, Glasgow o Londres, surcados por el continuo ir y venir de embarcaciones y máquinas de vapor.

Fascinación que, por otra parte, no tiene nada de convencional. Expresa la admiración espontánea de unos pasajeros para quienes el movimiento de las bielas conservaba aún su carácter novedoso[54]. Y lo jocoso se añade muchas veces a la evocación desenfadada. Por ejemplo, en los muelles de Liverpool, donde las grúas y las cabrias forman «el circo completo de la mecánica[55]».

Quién mejor que esos autómatas observados por los dos franceses durante una comida que degenera en trifulca[56], o los valets armados de picas que ante la Torre de Londres «funcionan» desde el siglo XVI como personajes de un reloj animado[57], para dar vida a ese universo tan bien ordenado. No es de extrañar que la máquina imponga sus ritmos a los hombres en el país del que parte el implacable Phileas Fogg. Incluso en sus aspectos más temibles, magnetiza al visitante británico, que no vacila en introducir la cabeza en la abertura de la guillotina expuesta en un salón de la Galería de *Madame Tussaud*[58]. Al parecer, la máquina no ha menoscabado la imaginación de los ingleses, a quienes Verne reconoce la supremacía en el ámbito de la mecánica. Sólo ellos podían concebir —se apresura a puntualizar en modo burlesco— la utópica creación de un artefacto para apoderarse de la sitiada Sebastopol. Igual de fantástica es la máquina observada en una chacinería de Glasgow: «Accionado por vapor, era un aparato muy ingenioso: ¡se metía un cerdo vivo en un extremo, y salía por el otro en forma de apetitosas salchichas!»[59].

Cierto automatismo parece incluso afectar a la producción de los alimentos del espíritu. En este texto, como será también frecuente en los *Viajes extraordinarios*, la música ocupa un primer plano. Pero sus apariciones están impregnadas de cierto sarcasmo. Por ejemplo, las referencias al *Trovatore*, simplemente por sus estrafalarias repeticiones, se convierten en una sierra musical. La

más burlesca de todas es, sin duda, el alboroto nocturno provocado por el personaje que toca el cornetín «cubierto de una espesa capa de... cobre carbonatado[60]». Modesto instrumento productor de notas que no tiene nada que envidiar, en cuanto a pintoresco, al «órgano de vapor» que descubren los dos estetas en la tribuna de Saint Georges Hall[61]. Esa es la tónica marcada desde la partida de Jacques, que en el puente de Austerlitz oye las notas de la ópera de Verdi mecánicamente producidas por un organillo. Ya sean musicales o más utilitarias, las máquinas no sirven, pues, sólo para amenizar o facilitar este primer viaje verniano, sino que les permiten a los dos protagonistas demostrar su buen humor.

Con su tono de fantasía, el *Viaje maldito por Inglaterra y Escocia* no excluye por consiguiente ninguna de las orientaciones seguidas simultánea o sucesivamente por el escritor después de su encuentro con Hetzel. Asume los pasos de la relación sin renunciar a los recursos del humor. Pero, sobre todo, dispensa a los lectores esos instantes de asombro sin restricciones ante el mundo, y el placer experimentado al recorrerlo, cualidades apasionantes y complementarias que han consagrado a Verne como el poeta del Viaje.

La vida y la obra de Julio Verne

1828. Nace Julio Verne en Nantes el 8 de febrero, primogénito de una familia de cinco hijos: Paul (1829), Anna (1837), Mathilde (1839), Marie (1842).

1837. Julio y Paul Verne asisten al colegio de Saint-Stanislas. El futuro escritor destaca en geografía y en música.

1839. Fuga de Julio Verne, que embarca clandestinamente a bordo de *La Coralie* rumbo a las Indias. La expedición finaliza en Paimboeuf.

1840. Los dos hermanos están ahora inscritos en el Pequeño Seminario de Nantes.

1844. Retórica en el Colegio Real de Nantes.

1847. Año de estudios para el escritor, que prepara sus exámenes de derecho, al tiempo que escribe los poemas del *Premier Carnet*.

1848. El poeta prosigue y concluye su *Premier Carnet de Poésies* e inicia el segundo. Inicios de una vida parisina que le llevará a conocer las amistades pintorescas de la bohemia.

1850. Verne sueña con los escenarios. Frecuenta a los Alejandro Dumas, padre e hijo.

1852. Jules Seveste, director del Teatro Lírico, contrata a Julio Verne como secretario. El *Musée des familles* publica una novela «histórica»: *Martin Paz*.

1853. El Teatro Lírico incluye en su programa la opereta *Colin-Maillard* de Julio Verne, cuya música fue compuesta por un amigo oriundo de Nantes: Aristide Hignard.

1854. Pierre Verne desea que su hijo mayor se instale y sea su sucesor en su estudio de procurador. Este rechaza tanto las propuestas de matrimonio como la sucesión de su padre. Rehusa igualmente ocupar el puesto que Seveste, fulminado por el cólera, ha dejado vacante.

1857. 10 de enero: Julio Verne se casa en París con Honorine Dufraysse Deviane.

1859. Agosto: gracias al hermano de Aristide Hignard, el músico y el escritor consiguen unas condiciones ventajosas para efectuar un viaje a Inglaterra y Escocia. Este periplo al país de los antepasados maternos da origen a una narración en la que se mezclan la ficción y el reportaje: el *Viaje maldito por Inglaterra y Escocia*.

1861. 3 de agosto: nace el único hijo del escritor, Michel.

1862. Gracias a Dumas y a Brichet, Julio Verne conoce a Pierre-Jules Hetzel, que había vuelto dos años antes del exilio. Le propone varios manuscritos. El editor se fija en el más cercano a la actualidad: *Cinco semanas en globo*, eco directo en efecto de las pruebas de Nadar con el *Géant*, aclamadas por Victor Hugo y George Sand.

1864. Marzo: sale el primer número del *Magasin et de récréation d'éducation*

. Hetzel y Jean Macé dirigen este bimensual que publicará unas cuarenta novelas de Julio Verne.

1865. Se publica por entregas *De la tierra a la luna*. Nadar ha servido de modelo a Michel Ardan.

Los hijos del Capitán Grant suceden a los *Viajes y aventuras del Capitán Hatteras* en el *Magasin et de récréation d'éducation*

.

1867. Marzo-abril: viaja en el *Great-Eastern* con Paul Verne. El novelista visita Nueva York y las cataratas del Niágara durante su breve estancia en Norteamérica. Un relato novelesco de esa travesía aparecerá bajo el título de *Una ciudad flotante*.

1869. *Veinte mil leguas de viaje submarino* y *Alrededor de la luna* aparecen por entregas respectivamente en el *Magasin et de récréation d'éducation* y el *Journal des Débats*.

1870. Los Verne fijan su domicilio en Amiens. El escritor inicia su *Historia de los grandes viajes y los grandes viajeros*.

1872. Con su elección a la Academia de las Ciencias, las Artes y las Letras de Amiens, Verne inaugura su vida de notable de provincia.

Aparece *La vuelta al mundo en ochenta días* en *Le Temps*.

1874. Publicación de *La isla misteriosa* en el *Magasin et de récréation d'éducation*.

En noviembre, estreno de *La vuelta al mundo en ochenta días* en el teatro de la Porte Saint-Martin.

1876. Publicación de *Miguel Strogoff* en el *Magasin et de récréation d'éducation*.

1877. Marzo-abril: *Las Indias negras* por entregas en *Le Temps*. Los Verne se instalan provisionalmente en Nantes para vigilar a su hijo. Compra del *Saint-Michel III*, un yate de vapor.

1878. Para las fiestas de fin de año, en cartel en el teatro de la Porte Saint-Martin: *Los hijos del Capitán Grant*.

1880. A partir de noviembre, en cartel en el teatro del Châtelet, la obra de gran espectáculo *Miguel Strogoff*.

1881. Crucero del *Saint-Michel III* por el Mar del Norte y el Báltico.

1882. *Le Temps* publica *El rayo verde*, donde reviven los recuerdos de las dos estancias de Julio Verne en Escocia.

1884. El *Saint-Michel III* efectúa su último gran crucero en la bahía

de Vigo y en el Mediterráneo. Este viaje da origen a *Mathias Sandorf*, publicado el siguiente año.

1885. En marzo, el novelista recibe un disparo de su sobrino Gaston, que se ha vuelto loco. La herida le impide asistir a los funerales de Hetzel el 17 del mismo mes. El *Journal des Débats* publica *Robur el Conquistador*.

1888. En marzo, elección de Julio Verne con la lista republicana. Se encargará principalmente de los «Asuntos culturales» durante sus cuatro mandatos.

1892. *Le Château des Carpathes* en el *Magasin et de récréation d'éducation*

.

1896. El ingeniero Turpin entabla infructuosamente un proceso contra el escritor, que le ha tomado como modelo del científico loco de *Face au drapeau*.

1897. El escritor, diabético, sufre trastornos de salud. Muerte de su hermano Paul Verne.

1900. *Seconde Partie* recoge un tema grato al autor: el de la «robinsonada».

1901. Raymond Roussel, que cumple su servicio militar en Amiens, visita a Julio Verne.

1905. Muere Julio Verne el 24 de marzo. Deja varios manuscritos que serán publicados a título póstumo por su hijo Michel hasta 1914.



JULES VERNE. (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras y ficción científica, llegando a ser uno de los grandes autores escritores del siglo XIX.

Según datos de la UNESCO es el segundo autor más traducido del mundo después de Agatha Christie.

Licenciado en Derecho y establecido en París en su juventud, Verne se dedicó a la literatura pese a no contar con apoyo económico alguno, lo que minó gravemente su salud. Verne era un auténtico adicto al trabajo y pasaba días y días escribiendo y revisando textos. En su juventud escribió sobre todo poesía, teatro y cuentos.

En 1863, se erige en el creador de la novela científica al comenzar su ciclo de los *Viajes extraordinarios*, ciclo de novelas a través de las que describe el universo acercando a sus lectores a la ciencia y el conocimiento. Unido al apoyo de su editor Jules Hetzel, quien hizo que el éxito y las ventas de sus historias fueran en continuo aumento, publicó más de sesenta novelas entre las que destacan *Cinco semanas en globo* (1863), *Viaje al centro de la tierra* (1864), *De la tierra a la Luna* (1865), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870), *La vuelta al mundo en 80 días* (1872) y *La isla misteriosa* (1874).

Para documentarse pasaba días enteros en las bibliotecas estudiando geología, ingeniería y astronomía, conocimientos que luego vertía en sus fantásticas aventuras y se adelantó con asombrosa exactitud a muchos de los logros científicos del siglo xx. Habló de cohetes espaciales, submarinos, helicópteros, misiles dirigidos e imágenes en movimiento. Esa capacidad de anticipación tecnológica y social le ha llevado a ser considerado como uno de los padres del género de la ciencia ficción, aunque los expertos en Verne afirman que más bien escribía ficción científica.

Notas a pie de página

[1] «Fantasías del sensato burlón» (*dériseur* es una palabra inventada a partir de *dérisoire*, irrisorio). (N. del T.). < <

[2] Alusión al visir Giafar de *Las mil y una noches*. (N. del T.).

< <

[3] *Bougre: pequeño barco de cabotaje o de pesca. (N. del T.).*

< <

[4] Alusión al archipiélago donde se perdieron las naves de La Perouse, la Boussole y l'Astrolabe, que también menciona Verne en Veinte mil leguas de viaje submarino. (N. del T.). < <

[5] Juego de naipes en que se deben reunir parejas o cuatro cartas del mismo valor. (N. del T.). < <

[6] Royan: sardina grande del Atlántico. (N. del T.). < <

[7] Esquire: señor, tratamiento inglés. Se coloca detrás del nombre y el apellido. (N. del E.). < <

[8] Verne juega con el doble sentido de las palabras grue (grúa y grulla) y chèvre (cabria y cabra), lo que le permite hablar de un circo, cual si de animales se tratase. (N. del T.). < <

[9] Attendance: el servicio. (N. del T.). < <

[10] Coroner: juez de primera instancia. (N. del T.). < <

[11] El cervecero de Preston, opereta en tres actos de Adolphe Adam, compositor del célebre *ballet* Giselle. (N. del T.). < <

[12] Juego de palabras basado en el inglés fly, que significa a la vez «mosca» y «calesa». (N. del T.). < <

[13] Libros impresos por los impresores holandeses Elzevier en los siglos XVI y XVII. (N. del T.). < <

[14] A la coque: pasados por agua, refiriéndose a los huevos. (N. del T.). < <

[15] Verne juega con el doble sentido de la expresión «ne ressembler à rien», que significa, literalmente, no parecerse a nada, y figuradamente, no valer nada. (N. del T.). < <

[16] Jaime Boe, llamado Jasmin. Poeta provenzal
(1798-1866),
que fue también barbero. (N. del T.). < <

[17] Lord Byron. (N. del T.). < <

[18] Valles estrechos. (N. del T.). < <

[19] Pueblecitos que servían de residencia a los miembros de los clanes escoceses de Highlands. (N. del T.). < <

[20] Espada ancha de dos filos de los antiguos montañeses de Escocia. (N. del T.). < <

[21] Pibrochs: voz gaélica que designa a la vez a la gaita escocesa y a la música para la misma. (N. del T.). < <

[22] Gallon (galón) = 4,546 litros. (N. del T.). < <

[23] «... Primero enrojece la nariz, luego os hace dormir, y más tarde mear. Y por lo que a las mujeres se refiere, te las recuerda y te las hace olvidar; pues si bien enciende los deseos, no deja que los sacies...». (*Shakespeare, Macbeth*, trad. castellana de Jaime Navarra Farré). (N. del T.). < <

[24] Se trata en realidad del primer verso de las Bucólicas de Virgilio. (N. del T.). < <

[25] «Dios y mi derecho». (N. del T.). < <

[26] «Desdichado sea el que piense mal». (N. del T.). < <

[27] Fieschi: Autor de un atentado contra Luis Felipe de Francia, disparando desde el tejado de una casa un aparato compuesto de veinte cañones de fusil. Fue guillotinado en París en 1836. (N. del T.). < <

[28] Enrique Samson, célèbre verdugo de París que ejecutó a María Antonieta. (N. del T.). < <

[29] Antiguo nombre de Nápoles. (N. del T.). < <

[30] Verne, Textes oubliés, París, Union générale
d'édition,
1979, pág. 361. < <

[31] De este último período ha realizado una valiosa descripción Margaret I. Bain en *Les Voyageurs français en Ecosse (1770-1830)*

, París, Champion, 1931, págs. 69-101. < <

[32] Aristide Hignard, cuyo padre era armador, y que poseía un sólido talento musical, estuvo mucho tiempo relacionado con los primeros ensayos dramáticos de Verne. Compuso la música de varias de sus poesías, recogidas en ediciones sucesivas de *Rimes et mélodies*. En el segundo volumen, publicado en 1863, se encuentra además la canción *Recuerdos de Escocia*, que será citada en el capítulo XVIII de *Las Indias negras* (1877). < <

[33] Oriundo de Nantes, Pierre Chevalier, llamado Pitre-Chevalier, 1812-1863,

periodista, redactor del *Figaro* y posteriormente propietario del *Musée des familles*, conservó numerosos vínculos literarios con su ciudad natal. Su esposa animaba en Marly-le-Roy, un salón que Verne frecuentó en su época parisina. Gracias a esa relación pudo editar Verne sus primeras publicaciones: en 1851, *Castillos en California*, obra teatral escrita en colaboración con Pitre-Chevalier, y dos relatos: *Un drama en Méjico* y *Un viaje en globo*; en 1852, *Martin Paz*; en 1854, *Maître Zacharius* (según Luce Courville, «Pitre-Chevalier», *Cahiers du Centre verniennes et du Musée Jules Verne d'études*

, núm. 6, Nantes, 1986, págs. 34-47). < <

[34] *Voyage en Angleterre et en Irlande*

(1833-1835),

París, ediciones Idées Gallimard, 1982, págs. 184-192. < <

[35] Páginas 14-16 en la edición de bolsillo, París, 1967. El trayecto del ingeniero es ligeramente más largo que el efectuado por Jonathan y Jacques. < <

[36] Capítulo XXIV, pág. 129. < <

[37] *Veinte mil leguas de viaje submarino*, primera parte,
capítulo XXII. < <

[38] Capítulo XXIX, pág. 147. < <

[39] Capítulo IV, pág. 28. < <

[40] Capítulo IX, pág. 53, y *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

< <

[41] Del suizo alemán Rodolphe Töpffer (1844). < <

[42] De Musset y de P.-J. Hetzel, el futuro editor de Verne; a este título, que data de 1846, ha sido recientemente consagrado un estudio por P.-C. Taittinger en *Métamorphoses du récit de Voyage*, textos compilados por F. Moureau con prefacio de Pierre Brunel, Champion-Slatkine, París-Ginebra, 1986, págs. 110-115. Contiene un episodio en que se hace añicos un reloj fantástico, que muy posiblemente le impactó al autor de *Maître Zacharius*. El viaje es realizado por dos jóvenes, Frantz y Walter, como Jacques y Jonathan. Comprende, naturalmente, un episodio en Escocia e Inglaterra. < <

[43] Los del *Viaje a Bélgica* de 1837, que Verne no podía conocer en 1859, ya que las cartas de Victor Hugo sólo se publicaron en 1892.

< <

[44] Capítulo XVIII, pág. 94. < <

[45] *Ibid.*, págs. 97-98. < <

[46] Capítulo XXXVII, pág. 185. < <

[47] Principio del capítulo XI, pág. 59. < <

[48] «Sterne, a quien leo mucho y de quien también soy un gran admirador», Julio Verne a Robert H. Sherard, *Textes oubliés*, *op. cit.*, pág. 391. < <

[49] Primera página del manuscrito de *César Cascabel*, conservado en la Biblioteca Municipal de Nantes. < <

[50] El «Viaje involuntario» es entonces una variedad del relato de aventuras; bajo ese título publica Lucien Biart el primero de una serie en el *Magasin et de récréation d'éducation*

en

1878-1879.

< <

[51] A dicho signo tipográfico se parece la entrada de la primera gruta habitada por los náufragos del aire en *La isla misteriosa*, primera parte, capítulo IV. Respecto a esa confusión entre la tipografía y la topografía, véase C. Robin, *Un monde connu et inconnu: Jules Verne*, Nantes, Vanden Brugge, 1978, pág. 232.

< <

[52] Capítulo XIV, pág. 76. < <

[53] Capítulo XXI, págs. 115-116; véase también *Hector Servadac*, segunda parte, capítulo XIX:

«Sí, era efectivamente Europa la que se extendía visiblemente ante sus ojos. Veían sus diversas naciones con la extraña configuración que les han atribuido la naturaleza o las convenciones.

Inglaterra, una dama que camina hacia el este, con su traje de complicados pliegues y su tocado de islotes e islas».

Respecto a esas fantasías aplicadas a los mapas, véase C. Robin, *loc. cit.* < <

[54] Capítulo IV, pág. 25, y cap. XXXIX, 197; cfr. *Una ciudad flotante*, capítulo VII. < <

[55] Capítulo XV, pág. 81. < <

[56] Capítulo XVI, págs. 84-86. < <

[57] Capítulo XLV, pág. 225. < <

[58] Capítulo XLVII, págs. 236-237. < <

[59] Fin del capítulo xxxi, pág. 158. < <

[60] Capítulo XVII, pág. 89. < <

[61] *Ibid.*, pág. 91. < <